

TONOMETER
BY
J. H. ...

CK
100

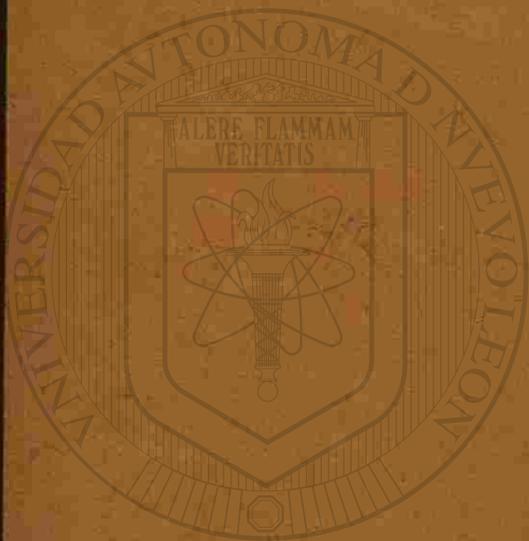
D. FEUILLET

LA MUERTA

PC2242
M88



1020026427



PONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

Núm. Clas	N
Núm. Auto	F 426m
Núm. Adj	30153
Procedencia	-8-
Fecha	
Clasificación	
Catálogo	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA
MUERTA

POR

OCTAVIO FEUILLET

VERSIÓN CASTELLANA DE

D. CARLOS DE OCHOA

Y

D. CARLOS FRONTAURA

SEGUNDA EDICIÓN.



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

1887

30153

098880



FONDO
CARLOS DE OCHOA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

1888

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1887.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

LA MUERTA.

DIARIO DE BERNARDO.

LA SAVINIERE, Setiembre, 187...

Estoy en el campo, en casa de mi tío. La conversación de mi tío es abundante y encantadora. Sin embargo, cesa algunas veces, y me deja intervalos de reposo. Me ha ocurrido la idea de emplear este tiempo en algún trabajo literario. Se escribe hoy tan mal, generalmente, que creo poder manejar la péñola, poco más ó menos como todo el mundo, aunque hasta el presente no haya escrito más que telegramas. Existe en un castillo de las inmediaciones, en casa de amigos de mi tío, una biblioteca bastante rica y escogida, de la que puedo disponer; como

contiene gran copia de documentos relativos al siglo xvii, mi primera idea ha sido utilizarlos para reconstruir la historia de Luis XIV, que no completó Voltaire. Pero, bien reflexionado, prefiero escribir la mía, que me interesa más que la de aquel Monarca. El lector, si tengo alguno, convendrá conmigo en que es más agradable mirarse uno mismo en el espejo, que ver la fisonomía de otro individuo. Este es mi caso.

Tengo treinta años. Soy alto, flexible, elegante, y mi pelo, rubio, casi se confunde con el rojo. Bailo bien, y monto bien á caballo. Respecto de mi personalidad física, la posteridad no sabrá más que lo que he dicho. Relativamente á mis cualidades intelectuales, puedo decir que tengo alguna instrucción; y bajo el punto de vista de la moral, aseguro que no soy de mala índole. No me conozco, para decir verdad, más que un defecto: el de no tomar nada en serio, ni

en la tierra ni en el cielo. Hace algunos años, cuando vi desaparecer en el horizonte aquella hermosa cabeza de viejo á quien tenía costumbre de llamar el buen Dios, recuerdo que lloré. Desde entonces, una jovialidad serena é imperturbable ha constituido el fondo de mi venturoso carácter. Se cree, entre las clases subalternas de la sociedad, que la aristocracia francesa es un conservatorio de supersticiones añejas. El error, por lo menos en lo que á mí concierne, es completo. Hago, sin duda, á las conveniencias los sacrificios necesarios; pero, por lo demás, declaro que el positivista más radical, el francmasón más endurecido, el más intransigente afiliado de la Mariana, no son más que vejezuelas llenas de preocupaciones, si se comparan con el caballero que escribe estas líneas.

Mi tío, sin embargo, ha emprendido la obra de casarme con una joven que, no solamente es religiosa y piadosa ella

misma de una manera excepcional, sino que toda su familia parece estar enteramente consagrada á la devoción. Este singular y picante episodio de mi vida, pareceme que merece ser estudiado y grabado á la luz del día por un observador bien informado. Este es el punto único de mi modesta biografía que me propongo tratar en estas páginas, no tomando de lo pasado más que lo preciso para inteligencia de lo presente, y dejando el porvenir á los dioses inmortales.

Mi nombre es Bernardo Mauricio Hugon de Montaret, vizconde de Vaudricourt. Tenemos en nuestras armas las roelas de las Cruzadas, lo que siempre es agradable. Mi tío es el conde de Montaret de Vaudricourt, jefe de nuestra familia. Ha perdido, hace años, su hijo único, y yo he venido á ser por esa circunstancia el solo heredero de su nombre. Deseamos igualmente el uno y el otro que este nombre no se extinga; pero

largo tiempo hemos estado en desacuerdo sobre la manera de perpetuarlo. Mi tío pretendía encomendarme este cuidado, y yo quería que fuese él quien se encargase de tan meritoria empresa. Era viudo, y yo le estimulaba vivamente á volver á casarse; le hacía observar que aún estaba joven, y que tenía toda la apariencia de un hombre que puede todavía, durante mucho tiempo, pensar en el porvenir; pero no he podido nunca vencer su resistencia, fundada aparentemente en razones cuya fuerza sólo él puede juzgar con acierto.

Impresionó y conmovió á mi tío — sin fundamento — el desinterés de que yo parecía dar testimonio estimulándole á volver á casarse. La verdad es que entre dos males, elegía yo el menor, y que prefería sacrificar mi herencia á comprometer mi persona, mi libertad y mi honor en la temible aventura del matrimonio. Aunque, como ya he dado á en-

tender, no sean muchas mis creencias, no desconozco cierto número de deberes. Uno de los míos es, sin duda, salvar del abismo de la nada nuestro antiguo nombre de familia, así como nuestras roelas de oro sobre campo de gules; y como no existe desgraciadamente otro medio para llegar á este fin que legítimas nupcias, se convino en principio, después de cerca de cuatro horas de discusión, que yo eligiera esposa y tuviera muchos hijos.

Convenido esto, mi tío, animado de una impaciencia senil, me dió prisa para que inmediatamente se realizara el proyecto. Entonces fué cuando empecé á estudiar con sumo interés una variedad de jóvenes mundanas, á las que antes había visto con la mayor indiferencia; hablo, bien entendido, de señoritas. Creía conocer bastante á las mujeres, habiéndome consagrado con el más vivo placer á conocerlas. En cuanto á las señoritas, las desconocía, ó creía desconocer-

las. Con gran sorpresa, y debo añadir que con gran sentimiento, tuve que reconocer que había — en París á lo menos — muy leve diferencia entre una y otra variedad, y que ahora mismo muchas mujeres podrían tomar de las jovencitas lecciones sobre todas las materias.

Recuerdo que un día mi excelente amiga la anciana duquesa de Castel-Moret, dió, en su hotel de la calle Saint-Dominique, un baile blanco, compuesto exclusivamente de jovencitas de quince á veintidos años. Había comunicado á la Duquesa confidencialmente mis disposiciones matrimoniales, y quiso poner ante mis ojos un número de jóvenes casaderas, asegurándome que no tendría más que alargar una mano para ponerla sobre una perla. Efectivamente: todas aquellas graciosas jovencitas, blancas y sonrosadas, bailando candorosamente unas con otras, ofrecían un espectáculo que respiraba inocencia en tan alto grado, que mi única duda en aque-

lla circunstancia, parecía deber ser la duda de cuál elegiría de entre ellas.

Era una hermosa tarde de Junio. Después de bailar, aquellas señoritas se esparcieron por el jardín del hotel, donde se servía el te. Habíame sentado sólo detrás de un gran tiesto que me ocultaba muy bien, y allí procuraba poner un poco de orden en mi pobre corazón, cuando uno de aquellos encantadores grupos vino á pasar por el otro lado. Eran tres, y las tres hablaban á media voz, con risas frescas como la aurora, y grandes ojos inocentemente abiertos como flores. Escuché; no repetiré los conceptos que oí con estupor salir de aquellos labios virginales, y sólo diré que hubieran ruborizado á un mono.

La buenísima Duquesa, que es mujer de otros tiempos, me aseguró, cuando le referí mi aventura y lo que las niñas hablaban, que en sus días no había jamás oído cosas semejantes, y que realmente no sa-

bía lo que aquellas señoritas habían querido decir. Pero hoy es corriente en el mundo decir ciertas cosas de que nuestras madres, y menos nuestras abuelas, jamás oyeron hablar.

No creo que la precocidad de las jóvenes en este tiempo debe atribuirse al abandono moral de las madres. Hago de buen grado esta justicia á las madres, que todas, sin excepción, sea la que quiera su moralidad personal, desean hacer de sus hijas mujeres honradas. Lo que les falta para conseguir este tan noble fin, es una pequeña dosis del más vulgar buen sentido. No hay, en efecto, otra ceguedad, á no ser la de los maridos respecto de sus mujeres, comparable con la de las madres respecto de sus hijas. Parecen persuadidas de que todo en la naturaleza es susceptible de corrupción, excepto sus hijas. Sus hijas pueden arrostrar los más peligrosos contactos, los más perturbadores espectáculos, las con-

versaciones más equívocas; poco importa; todo lo que pasa por los ojos, por los oídos y por la inteligencia de sus hijas, se purifica instantáneamente. Sus hijas son salamandras, que pueden impunemente atravesar el fuego, aunque sea el fuego del infierno. Penetrada de esta agradable convicción, una madre no vacila en entregar su hija á todas las excitaciones depravadas de lo que se llama el movimiento parisiense, que no es otra cosa, en realidad, que el ejercicio de los siete pecados capitales.

Por lo demás, esas pobres madres, como esas pobres hijas, merecen toda la indulgencia del pensador. Son arrastradas por la ola que nos arrastra á todos, la ola de una civilización en decadencia. Un pueblo en decadencia, es, si yo no me engaño, un pueblo que no tiene más que apetitos, y me parece claro como la luz que de arriba abajo todos estamos en ese caso. Arriba y abajo, el goce es hoy

la única ley y la fe única. Toda otra religión no es más que una conveniencia. Es preciso tomar cada cual su partido, y el mío lo he tomado ya perfectamente.

Confieso que me sentí algo perturbado en mis proyectos de matrimonio por el incidente del baile en casa de la Duquesa. Algunas reflexiones de sana filosofía me devolvieron la calma y me afirmaron en mis propósitos.

—¿En virtud de qué, me pregunté, tendría yo la pretensión de casarme con una mujer que valga más que yo? Es evidente, á juzgar por lo que la casualidad me ha hecho oír de la conversación de esas jovencitas, que el ideal no ocupa mucho espacio en su pensamiento; pero ¿ocupa más en el mío?—Es evidente que no son cristianas más que en el nombre, y que flotan cuerpo y alma en pleno materialismo pagano....; pero otro tanto es lo que yo les ofrezco: —en resumen: un

hombre debe contentarse con la mujer que merece, y reciprocamente. Además, es bueno que sea así. De otra manera, no habría ni armonía ni equilibrio en el hogar. ¿Es que me voy á casar con propósitos quiméricos? ¿Es que espero hallar una novela en el matrimonio? No llevándola yo, no sé por qué pretendería encontrarla. No; lo que yo pido al matrimonio, conveniencia, comodidad de la vida, respetabilidad, descendencia legítima, buena cocina casera, no hay una de esas amables señoritas que no sea capaz de proporcionármelo. Esto basta. Mi mujer me molestaría infinitamente si me quisiera llevar á los bosques, al resplandor de la luna, para hablarme de la inmortalidad del alma.

Por consecuencia de esta deliberación íntima, resolví casarme, como todo el mundo, con la primera que encontrase, siempre que reuniese algunas conveniencias elementales. Sin embargo, un poco

desilusionado á pesar de todo, me propuse no apresurarme.

Mi tío, precisamente en aquella época, es decir, hace dos años, salió de París para ir á vivir en el campo, y, por consiguiente, me dejó respirar un poco. Se alejaba de París por motivos misteriosos. Había adorado el *boulevard*, y le adoraba siempre. Adoraba aún otras muchas cosas esencialmente parisienses; pero no le procuraban más placeres que antes, y esto le enojaba y aburría. Partió, pues, para su castillo de la Saviniere, situado entre Normandía y Bretaña, y se ocupó en hacer alguna edificación. Desde aquel tiempo he venido, como sobrino fiel y cariñoso, á verle una vez cada tres meses, pasando una noche en el vagón para venir, otra para volver, y nunca más de un día en el castillo. No soy extraño á los sentimientos de familia, y conozco los deberes que imponen; pero estos deberes tienen un límite, y le

habría traspasado si hubiese estado más de doce horas en el campo, cuyo ambiente sólo me incomoda.

Mi tío, que tiene la debilidad de gustar de mi compañía como yo de la suya, ha encontrado, sin embargo, manera de detenerme hace algunas semanas en su castillo de la Saviniere, en el seno de este campo que detesto. Hace cuatro meses recibí esta carta suya:

«He descubierto en mi propiedad, mi querido Bernardo, un terreno admirablemente dispuesto para carreras; vasto hipódromo, praderas y matorrales, barreras, trincheras, fosos, anfiteatro de colinas para los espectadores, todo lo más á propósito del mundo, y á mitad de camino entre el castillo y la ciudad de S...., cabeza del departamento, á tres kilómetros de distancia del uno y de la otra. La ciudad podrá proporcionar algunos de los elementos de una solemnidad de ese género, música, autoridades y público. He

hablado al Prefecto, al Tesorero general, al Alcalde; estos tres dignatarios, todos tres de un republicanismo discreto, sobre todo el Tesorero general, han aplaudido calurosamente mi idea. El Prefecto promete que el Consejo general votará los fondos necesarios, el Alcalde promete la banda municipal y los bomberos, y el Tesorero general los cohetes. A mí, Bernardo, y á ti, nos corresponde el resto. Yo sé cuán aficionado eres á este género de *sport*, y cuánto sientes que haya en Francia tan pocas ocasiones de satisfacer esta afición. Supongo que no tendrás más que decir una palabra á Soulaville, á Verviers y á Cadieres, para que no nos falte su cooperación entusiasta. Yo mismo escribo al Duque, á Dawson, á Gardiner y á Couranveaux. Ofrezco á tus amigos, como á los míos, la más franca y holgada hospitalidad en mis dominios. Para su comodidad y la tuya, fijaremos la fecha en la semana que seguirá á la de las carre-

ras en Caen. De esta manera el viaje será corto, y podremos utilizar en parte el brillante público de Caen y Deauville.— No te niegues á mi deseo; esta fiesta, que espero se celebre todos los años, es la última alegría que tu tío puede disfrutar en este mundo, y no me la negarás.»

Tengo la inocencia de un niño, y caí de lleno en el lazo que mi tío me había hábilmente preparado, apelando á una de mis más nobles pasiones, la pasión de las carreras de caballos. Sin sospechar el pensamiento maquiavélico que se ocultaba bajo su aparente inocencia, me puse enteramente á su disposición. Le recluté algunos cooperadores entre mis amigos, y él reunió también los suyos. Y el 8 de Agosto último llegamos en masa al castillo de mi tío, Verviers, Gardiner, Dawson, Cadieres y yo: otros, procedentes de Deauville y de Caen, se alojaron en la ciudad vecina, á la que llevaron la consiguiente animación. Mi tío, muy

experto en estas materias, había trazado tan bien la pista y combinado con tal arte los obstáculos, que nada tuvimos que reformar ó cambiar. La carrera se verificó el 10 de Agosto, que era domingo.

Fué un hermoso espectáculo. Había grande animación. Desde el amanecer recorría la música las calles. Los *gentlemen* de las inmediaciones habían sacado de los armarios sus botas de montar y sus calzones ceñidos, que les daban un aire de superioridad evidente. La aristocracia local ostentaba sus galas en una ancha tribuna de lienzo empavesada, dirigida por mi tío. El resto de la población, con el traje de los días de fiesta, ocupaba el hemiciclo, las colinas y se divertía grandemente. La banda tocaba la *Marsellesa*.... (nunca hay placer completo), y los bomberos contenían á la invasora multitud.

Éramos ocho á correr. Yo montaba el caballo del Duque, *Talbot II*. Gardiner

y Verviers se quedaron en el foso. Gardiner se rozó el hombro en la trinchera. Yo, en tanto, me escurrí derecho como un dardo, y llegué el primero, dejando atrás á Carillon por siete ú ocho cuerpos de caballo. Cuando paseaba mi triunfante *Talbot* y mi casaquilla violeta por delante de la tribuna, no pude menos de notar en una de las gradas, en medio de los pañuelos con que me saludaban las damas, una personita de cabellos rubios, que no saludaba como las demás, pero cuya fisonomía demostraba un interés y una curiosidad extraordinarios. Era, en verdad, la única en cuya fisonomía se notaba una expresión que no era sencillamente la de la admiración banal que puede inspirar el vencedor en una carrera. No; evidentemente para aquellas señoras y señoritas, y en particular para la niña rubia, de un rubio ceniza, era yo algo más, sin duda un ser anunciado, esperado, precedido de cierta reputación

de *boulevard*, de *club* y de *sport*; una reputación semiescandalosa, de un vago perfume de galantería, de elegancia y de espíritu aventurero. Sentiría que se me culpase de poca modestia; pero, ¿cómo no reconocer que la aparición de un elegante de París debía producir graves desórdenes en aquellas imaginaciones de provincia?

Para coronar la fiesta, mi tío daba por la noche un baile, al que la ciudad y sus arrabales estaban invitados, habiéndose prestado la mujer y la hija del Tesorero general á hacer los honores de la casa. Valsaba yo con una de aquellas señoras, cuando mis ojos encontraron la mirada de la jovencita rubia que había visto por la tarde en la tribuna; su mirada me seguía en el torbellino con la curiosidad un poco tímida, pero incesante y fija, que tanto me había llamado la atención. Mi impetuosa manera de valsar, que se parece á un raptó, parecía

sorprenderla y encantarla. Fui adonde estaba mi tío.

—Tío (le dije): veo allí una señorita que está deseando valsar conmigo, y quiere darle ese gusto; hágame V. el favor de presentarme.

Una sonrisita que me dió que pensar iluminó la fisonomía de mi tío, y se apresuró á llevarme ante el grupo de familia que formaba el severo marco en medio del cual se destacaba mi joven adoradora.

—Señorita (dijo): permítame V., con la autorización de su señora mamá, que le presente un entusiasta del vals, mi sobrino el vizconde de Vaudricourt..., mi sobrino, señorita Alieta de Courteheuse.

La señorita Alieta se ruborizó.

—Muy agradecida (murmuró); pero no bailo vals.

¡Se negaba, se negaba! Quedé mudo algunos segundos, en la peñosa situación de un hombre que ve rechazar sus beneficios de la manera más inesperada y

casi la más impertinente. En fin, me repuse de la sorpresa.

—¿Y mazurka tampoco, señorita?

—Tampoco.

—¿Me atreveré á contentarme con un rigodón?....

Sonrió levemente, y luego casi irónicamente, y me contestó:

—Si V. quiere....

Y al terminar felizmente esta laboriosa negociación, el grupo de familia, compuesto de una madre, una tía, un tío y un hermano, se esponjó simultáneamente con un suspiro de satisfacción.

El rigodón se formaba en el mismo instante, y ocupé mi lugar con la señorita Alieta. Sus cabellos, de ese extraño color de ceniza finísima, estaban un poco desordenados sobre su cabeza. Estaba encantadora. No era alta. Los pies menuditos de una hada que baila sobre un matorral. Bien formada; en su pequeña

estatura, naturalmente elegante, perfectamente distinguida. Un no sé qué transparente en su persona. En el rostro y en los ojos, una expresión singular, mezcla de timidez y resolución, de candor y de ardimiento. Estos mismos rasgos se hallan en su lenguaje, con un poquito de jovialidad maliciosa de cuando en cuando. Y en medio de todo esto una apariencia de pureza y de honradez intachables. Este es su aspecto. Por lo demás, me acuerdo muy bien de mis sorpresas el día del baile de la Duquesa para formar una opinión decisiva. Sea como quiera, mi pareja es una persona muy interesante. Durante el rigodón, estuvo un poco tímida y naturalmente poco expansiva. Yo procuré lo mejor que supe inspirarle confianza. A propósito de la solemnidad del día, hablamos de caballos; monta á caballo, habitualmente acompañada de su anciano tío, el Almirante, y algunas veces de su hermano, alférez de navío.

—Los dos montan como marinos (me dijo riendo). Yo soy quien les da lecciones. Mi padre (añadió con gravedad) fué quien me enseñó á montar.

Condújela á su sitio después del rigodón, y dirigí algunas frases de cortesía á la madre, á la tía, al Almirante y al joven Alférez, y luego, dejando á aquella respetable familia con la boca abierta bajo la impresión de mi galantería, me confundí entre la multitud.

Tal fué mi primer encuentro con la señorita Alieta de Courteheuse, quien desde luego sospeché que era la novia que mi tío me destinaba. La segunda entrevista fué dos días después, en el castillo de Varaville, residencia de los Courteheuse, donde mi tío me había llevado, bajo el pretexto de una visita de vecindad. Es un gran caserón, con techos puntiagudos y abovedados, y cuyo adorno y mobiliario huelen á la legua á provin-

cia. Los muebles, bellos y sólidos, están colocados con ese orden severo, con ese gusto de lo incómodo que caracterizaba eminentemente á nuestros padres. No es el nido que cualquiera imaginaria para un pajarito azul como la señorita Alieta. La encontramos muy viva y avispada, y visiblemente satisfecha de nuestra visita. Aunque mi tío me lo quiso negar, era evidente que habia comunicado á los parientes de Alieta sus secretas esperanzas, y que ella misma habia cogido alguna cosa al vuelo. Todas aquellas excelentes personas me examinaban, me estudiaban y me escudriñaban con una intensidad hipnótica, que debía fatigarles extraordinariamente.

El mismo día, volviendo de la Saviniere, al paso de nuestros caballos, mi tío me abrió al fin su corazón.

—Es (me dijo) una de las ocasiones que no se encuentran dos veces en la vida de un hombre.... Una niña de gran fa-

milia, un físico delicioso, una educación superior, un hermoso nombre, una fortuna ya grande al presente, y magnífica en el porvenir.... Una tía soltera, un tío Almirante y soltero, otro tío Obispo, y soltero también.... naturalmente....; en suma, la perfección.

Mi tío añadió algunas cifras y algunos otros detalles. Según lo que él me dijo y lo que yo mismo he podido observar, estos Courteheuse, que proceden de una familia muy antigua en el país, componen efectivamente una colección bastante original. Aparte de su afición á los caballos, que en la familia es proverbial, no pertenecen por ningún concepto á nuestro mundo moderno. Son creyentes observantes de otra edad, que el huracán del siglo no ha rozado siquiera. Una de sus ramas floreció en Inglaterra con Guillermo el *Conquistador*, y figura aún hoy en la más pura aristocracia del Reino Unido. Las relaciones de los Courteheuse

de Francia con sus parientes de Inglaterra son frecuentes, y han podido contribuir á imprimírles los rasgos particulares que los distinguen.

Aunque católicos, sus costumbres tienen, en efecto, un tinte de formalismo puritano. Parecen haber tomado por ejemplo, de su familia del otro lado del mar, la antigua costumbre inglesa de rezar la oración de la noche en familia con los criados. Este rasgo basta para definirlos. El difunto barón de Courtehouse, hermano del Almirante y del Obispo, y padre de Alieta, era, según dicen, un carácter grave y cultivado; no quiso para su hija ni institutriz, ni colegio, ni pensión, ni convento; con el auxilio de algunos profesores, cuidadosamente elegidos y severamente vigilados, él mismo había hecho la educación de Alieta, en cuanto á la parte intelectual, dejando á la madre el cuidado de la parte moral y religiosa.

Ciertamente, parece á primera vista que no es en una familia de este modelo en la que un hombre como soy yo, de costumbres frívolas y de ninguna fe, había de venir á elegir esposa. Hay en esto una especie de disonancia chocante. Pero razonemos un poco. Si antes me había resignado, como he dicho, á casarme con cualquiera de las jóvenes paganas de la nueva generación, no tenía tampoco verdadero empeño en efectuarlo. Confieso, además, que no temería un poco de cristianismo en mi mujer; y no se crea por esto que me exagero las garantías morales que puede ofrecer la piedad femenina, y que la estimo sinónimo de la virtud. Pero es cierto que para las mujeres la idea del deber va unida con la idea religiosa, y es un error creer que si la religión no las preserva á todas, no preserva á alguna, y bueno es contar con esta probabilidad. Es verdad que esta familia de Courtehouse y la mis-

ma señorita Alieta, parecían llegar hasta el fanatismo en sus creencias y en sus prácticas religiosas; pero, en cuanto á la familia, no pretendía incrustarme en ella, y en cuanto á la señorita de Courteheuse, creía que no pasaría una temporada en París sin abandonar lo que pudiera haber de excesivo y anguloso en su devoción. En todos los demás conceptos, las ventajas de esta alianza eran indiscutibles. Conveníame, pues, y se lo dije francamenté á mi tío.

Una cosa, sin embargo, me preocupaba un poco; que un escéptico como yo se casara con una devota, nada más natural; ya he dicho las razones. Pero que una familia de una ortodoxia tan rígida no hubiese rechazado de plano la alianza de un hombre cuya reputación, honrada sin duda, no es la de un santo ni mucho menos, me sorprendía no poco.

Desde aquel día, por un convenio tácito, y con las debidas reservas, fuí re-

cibido en casa de los Courteheuse en calidad de pretendiente no admitido todavía, pero admisible. Me habí a ofrecido á dar algunas lecciones de equitación al joven marino Gerardo, hermano de la señorita Alieta. Llegó el momento en que ésta, bajo la vigilancia y guarda del Almirante, se dignó tomar parte en nuestras cabalgatas. Me suplicó jovialmente que no la privara de mis consejos sobre su manera de montar. Pero no tenía necesidad de lecciones. Esta encantadora devota rubia, es una centaura; como este ejercicio es el único que se le ha permitido, ha llegado en él á la perfección. Ha sido muy bien enseñada por su padre, y tiene una mano asombrosa. Me satisface mucho, dicho sea de paso, que una mujer tenga afición á montar á caballo. Las Amazonas son generalmente castas.

Al regresar de nuestros paseos matutinos, sucedió más de una vez que se me obligó á quedarme á almorzar en Vara-

ville. En esta intimidad, todos los Courteheuse continuaban estudiando con la misma aplicación mi persona física, intelectual y moral, y claramente se mostraban cada vez más satisfechos. Por mi parte, con menos satisfacción acaso, pero con igual interés, penetraba cada día más adelante en el estudio de aquel grupo prehistórico. Comprendía que el barón de Courteheuse, hoy difunto, debió ser, si no una inteligencia superior, á lo menos un carácter de una fuerte originalidad, que había impreso sus rasgos característicos en todos los suyos. El régimen que estableció en su familia le ha sobrevivido, y su espíritu puede decirse que reina en su casa bajo la forma graciosa de su hija Alieta. Ella misma fué la que me confirmó en este pensamiento, revelándome la especie de manía que distinguía á su padre, y que ella ha heredado positivamente.

Me enseñaba un día la biblioteca, la

cual, como he dicho al principio de este diario, era muy rica en obras del siglo xvii y en memorias relativas á aquella época. Examinaba yo una curiosa colección de grabados de aquel tiempo:

—Su señor padre de V., señorita (le dije), mostraba gran predilección por el siglo de Luis XIV.

—Mi padre (me respondió gravemente) vivía en él.

Y como la mirase yo con sorpresa, añadió:

—Y me hacia vivir con él en ese siglo.

Al mismo tiempo, los ojos de esta joven singular se llenaron de lágrimas.

Movió un poco la cabeza, y dió algunos pasos para dominar su emoción; y volviendo después, me señaló una silla, se sentó ella misma sobre un saliente de la estantería, y me dijo:

—Es preciso que explique á V. lo que era mi padre.

Recogióse un medio minuto, y hablando después con una expansión que no le es habitual, vacilando y dudando visiblemente cada vez que iba á pronunciar una palabra que podía parecer demasiado grave para una boquita tan juvenil, continuó :

—Mi padre murió á consecuencia de una herida que había recibido en Patay. Con esto digo á V. que amaba á su patria, pero no amaba su tiempo. Sentía en el más alto grado el amor al orden, y no veía el orden en ninguna parte. Le horrorizaba el desorden, y le veía en todas partes; en estos últimos años especialmente, todas sus creencias, todos sus respetos, todos sus gustos, estaban contrariados por todo lo que se hacía, por todo lo que se decía, por todo lo que se escribía, y esto le hacía sufrir mucho. Profundamente entristecido de las cosas del presente, se habituó á refugiarse en el pasado; el siglo xvii le ofrecía más

particularmente la clase de sociedad en que hubiera querido vivir : una sociedad cortés, bien educada, creyente é ilustrada. Se apasionó de estos recuerdos, y puso todo su empeño en hacer reinar en su casa la disciplina moral y los gustos literarios de su siglo favorito. Habrá V. notado que esta predilección se advierte hasta en el decorado.... Por esta ventana puede V. ver las calles de árboles rectilíneas, la colocación de los bojés, los tejos y las plantas cortadas de nuestro jardín.... Vea V. que no tenemos más que flores del tiempo : lirios, rosas, claveles y tulipanes.... Vea V. nuestro mobiliario; desde los armarios y aparadores hasta las cómodas y sillones, todo es del estilo Luís XIV más severo. Mi padre no estimaba los refinamientos del lujo moderno. Creía que este confortable excesivo entumece y emperza las almas como los cuerpos. Por esto (añadía sonriendo) se sienta V. tan incómodamente en nuestra casa. ¡Oh!

Naturalmente, va V. á decirme que encuentra otras compensaciones.... ¿no es eso?... Muy bien.

Y después seguía en el tono grave:

— Así, pues, mi señor padre procuraba, por la apariencia y el orden material de su casa, conservar la ilusión de la época en que se complacía su imaginación.... ¿Necesito decir á V. que yo era la confidente de mi queridísimo padre, la confidente enternecida de ver sus tristezas, la confidente indignada de sus pesares, la confidente encantada de sus horas de consuelo y de esperanza?....

Aquí mismo, entre estos libros que leíamos juntos, que él me enseñaba á amar, es donde he pasado las más dulces horas de mi juventud; nos exaltábamos los dos pensando en aquellos tiempos de fe y de vida apacible, de feliz reposo y dulce seguridad, en el puro y bello idioma francés, el gusto delicado, la urbanidad noble que eran entonces el carácter y el

honor de nuestro país...., y que ya no existen.

Calló, como un poco confusa de haberse expresado con alguna viveza al pronunciar las últimas palabras.

Y aprovechando su silencio, le dije, únicamente por decirle algo:

— Me comunica V., señorita, una impresión que yo he experimentado frecuentemente en esta casa, y que adquiriría por momentos la intensidad de una verdadera alucinación, por lo demás muy agradable. El aspecto de este hogar, el estilo, el tono y el decorado de la casa, me transportaban de tal suerte á una distancia de doscientos años, que no me hubiera sorprendido gran cosa oír anunciar desde la puerta del salón: — Monseñor el Príncipe...., la señora de la Fayette...., ó la misma señora de Sevigné.

— ¡Pluguiera al cielo! (exclamó la señorita de Courteheuse.) ¡Dios mío!

¡Cuánto amo á esas personas! ¡Qué excelente compañía! ¡Cómo se complacían en cosas dignas y elevadas! ¡Cuánto más valían que nuestro mundo de ahora!

Quise calmar un poco este entusiasmo retrospectivo, tan perjudicial á nuestros contemporáneos y á mí mismo.

—Señorita (le dije): el tiempo que echa V. de menos tenía seguramente sobresalientes méritos, que no desconozco y aprecio como es justo; pero hay que convenir en que aquella sociedad tan regular, tan bien equilibrada, tan selecta en apariencia, tenía en el fondo, como la nuestra, sus tristezas y sus desórdenes.... Veo aquí muchas memorias de aquella época; no puedo saber cuáles son las que V. ha leído y las que no ha leído, y experimento por consiguiente cierta duda....

Alieta me interrumpió:

—¡Oh! Comprendo á V. muy bien, amigo mío.... No he leído todo lo que hay aquí, pero he leído lo bastante para no

ignorar que mis amigos de aquel tiempo, como las personas que viven ahora, tenían sus pasiones, sus flaquezas, sus extravíos.... Pero, como decía mi padre, todo esto, en medio de un fondo de gravedad y solidez que daba un encantador carácter á aquella sociedad.... Había grandes faltas, pero también grandes arrepentimientos. Había una región superior, donde todo se engrandecía, aun el mal....

Alieta había enrojecido un poco, expresándose con el calor de la convicción, y se levantó de pronto de su asiento.

—¡Jesús lo que he hablado! (exclamó.) Y, sin embargo, crea V. que no soy yo muy habladora.... Pero se trataba de mi padre, cuya memoria quisiera yo que para todos fuera tan querida y venerada como lo es para mí.

Era la primera vez que la señorita Alieta usaba conmigo un lenguaje, con el que parecía tratar con un amigo y no con un indiferente. Me presentaría á los ojos

30153

del lector más duro que soy, si no confesara que me sentí conmovido, aunque un poco asustado al mismo tiempo, porque había, sin duda, en las ideas y en los sentimientos que esta dulce señorita me expresaba, así como una ráfaga de suave locura hereditaria.

Algunos días después, ayer, esperábame, y también á mi tío, una prueba más difícil. Habíamos comido en Varaville, proponiéndonos mi tío y yo retirarnos inmediatamente después de comer, con objeto de respetar las costumbres patriarcales de la casa. Pero la noche era hermosísima y estaba delicioso el jardín, donde nos entretuvimos largo tiempo; eran las diez y media cuando entramos en las habitaciones de la piadosa familia para despedirnos del Almirante, que, por sentirse un poco molesto de la gota, no nos había acompañado en el jardín. Al mismo tiempo se oyó el vibrante sonido de una campana, é instantáneamente

todos los dependientes de la casa y de la huerta entraron silenciosa y procesionalmente en el salón. Mi tío me miraba con terror, cuando se acercó á nosotros la señora de Courteheuse.

—¿Querrán Vds. (nos dijo) acompañarnos en nuestra oración de la noche?

Mi tío se inclinó asintiendo, y yo hice lo propio. Cada uno de nosotros tomó una de aquellas pesadas sillas Luis XIV, y nos arrodillamos á medias, mientras que el Almirante se ponía sus antiparras y empezaba á leer gravemente, como si estuviera oficiando á bordo de su buque, algunas páginas de un libro pequeño y grueso, con sus broches y cantoneras de plata. Yo había tomado mi partido valientemente. Hubiera sido de muy mal gusto y de notoria inconveniencia aprovechar aquella circunstancia para hacer profesión de ateísmo. Tengo costumbre de acomodar mi conducta á las costumbres de las naciones donde me encuentro y

de las familias que me favorecen con su hospitalidad. Así como no vacilo en quitarme el calzado para entrar en una mezquita y conservo puesto el sombrero en una sinagoga, así en esta delicada ocasión en que me hallé, tuve cuidado de que mi actitud estuviese en conformidad completa con la de la respetable familia. Sin embargo, lo hice con la mayor sencillez y sin asomo de exageración. Mi tío, por su parte, creyó deber demostrar exceso de celo, y estuve á punto de perder mi gravedad viendo su fisonomía de antiguo pecador, afectando apariencias de contrición, con acompañamiento de suspiros en bemol.

Esto sucedía anoche. Admitido á tomar parte en tan íntima ceremonia de familia, me creo, por este hecho, autorizado y hasta invitado á declarar francamente mis pretensiones. Estoy completamente decidido; la señorita Alieta es un poco original; pero, una vez fuera de

su absurdo interior Luís XIV, me prometo que no conservará más que la substancia moral de su educación, y que pronto abandonará toda excentricidad; será sencillamente una mujercita un poco más honrada y un poco más hermosa que otras. No pido más.... Realmente, es muy agradable verla, sobre todo cuando anda; tiene un pasito menudo y gracioso, que no he visto en otra. Parece que va á levantar el vuelo. Quizá es un ángel.

He resuelto, por consiguiente, presentar hoy mi petición yo mismo. Sé precisamente que las señoras van á ir de día á la ciudad, y que el Almirante estará sólo; á él es á quien voy á dirigirme, en primer término, solicitando su intercesión.

Pero ¿qué es lo que puede pasar hoy en el venerable cerebro de mi tío? Cuando le he anunciado esta mañana mi determinación, que yo creí le iba á volver loco de alegría, parecía sofocado y como si le

fuera á dar una congestión.... El exceso de la emoción sin duda. Pero, á la verdad, hoy no me preocupa poco ni mucho el lenguaje y la actitud de mi tío. En vez de aparecer contento y satisfecho por lo viento en popa que van mis asuntos, que son los suyos, puesto que se trata de la realización de sus deseos, parece constantemente inquieto y preocupado. Cuando me ha acompañado á casa de los Courteheuse, eran evidentes su agitación y su inquietud. Cuando iba yo solo, á mi regreso me preguntaba con visible ansiedad: «¿Qué ha pasado? ¿De qué habéis hablado?» Me figuro que la violencia de su deseo y el temor de un fracaso son los motivos de que se halle en ese estado de angustia permanente. Porque no puedo sospechar que mi tío se haya convertido secretamente en mi rival, y que la serpiente de los celes le esté devorando el corazón.

24 Setiembre por la noche.

Conozco ya el secreto de mi tío.

He montado á caballo después de almorzar para ir á Varaville. Mi tío me ha acompañado hasta la verja de su jardín, y después de haberme deseado buena suerte, me ha dicho:

—Mira, hijo: creo que no tienes necesidad de decirles que no crees en Dios ni en el diablo, ¿eh?....

Le he contestado con un ligero movimiento de cabeza y de hombros, que significaba: «¡Qué tontería!», y he salido á galope.

La señorita de Courteheuse y la tía no estaban en casa; pero he sufrido la contrariedad de encontrar al Almirante en compañía del cura de Varaville; estaban jugando una partida de *trictac*.

—¡Hola, amiguito! (ha exclamado el Almirante.) Mucho gusto tengo en ver

á V....; pero hoy no ha sido V. afortunado. Las señoras han salido.

—Lo sabía, señor Almirante.... La visita es hoy para V. solo.

—¡Ah!

Me miró fijamente, miró luego al Cura, y ambos apresuraron la partida, jugando con el mayor descuido para concluir pronto.

—Dígame V., amable vecino (repuso el Almirante, agitando los dados en su cubilete); parece que cada día le toma V. más el gusto á la vida del campo. ¡Bravo! Pero supongo que no será su intención romper por completo con París.... No se lo aconsejaría á V. Ya lo he dicho al tío; yo, en lugar de V., conservaría siempre en París un *piéd-à-terre*. Cuando hay que cambiar de vida y de costumbres, es cuerdo proceder poquito á poco, por etapas.... Por lo demás, excuso decir á V. que apruebo completamente una afición que es la misma que yo tengo.... Pero V.

no es más que un neófito, y un neófito no debe apresurar sus votos, ¿no es verdad, señor Cura?....

En otra persona, estas alusiones á mi afición á la vida del campo, ni me hubieran llamado la atención; pero en persona tan seria y circunspecta como el Almirante me llenaron de estupor. No volvía de mi asombro, y todavía había de asombrarme más.

—Sin duda, Almirante, sin duda,—le he contestado vagamente, como si soñara.

—Es raro (repuso) que el cansancio de la vida de París y la necesidad de goces más verdaderos y más sanos se manifiesten en un hombre tan joven como V. Esto le honra á V. mucho, ciertamente, mi querido Vizconde; pero lo que le honra á V. más, con satisfacción lo digo delante del señor Cura, es que en plena juventud haya V. vuelto á esas bienhechoras creencias un momento al-

teradas en V., como en otros muchos, por las pasiones de los veinte años....

No he podido contener una ligera exclamación.

—No, no (ha proseguido el Almirante, cortándome la palabra con el gesto): no se defienda V., mi querido vecino.... Yo he sido también en mis tiempos un mozo muy disipado, y si he vuelto, como V., á las ideas y á los principios que jamás debí abandonar, á la fe religiosa, en fin, confieso que no volví tan pronto como V.... Ha sido preciso que la edad me haya hecho sentir sus primeras preocupaciones, sus primeras amarguras; en fin, mi conversión ha sido mucho más tardía, y menos meritoria, por consiguiente, que la de V.

En este momento terminó la partida de juego. El Cura se levantó, murmuró algunas palabras de excusa, y se retiró discretamente. Yo me levanté también para saludarle. En cuanto salió el Cura,

el Almirante me invitó á sentarme, y con su aire jovial y confidencial, parecía estimularme á exponerle claramente el objeto de mi visita. Pero con gran sorpresa suya, le alargué la mano bastante torpemente, le encargué ofreciera mis respetos á las señoras, y salí.

He mandado al criado que se traiga el caballo, y he tomado á pie el camino de la Saviniere. Tenía necesidad de reunir mis impresiones y reflexionar un poco, y, sobre todo, tenía necesidad de no ver en seguida á mi tío, porque es muy probable que le hubiera faltado al respeto.

Á juzgar por los extravagantes conceptos que había oído al Almirante, no podía tener duda de que mi tío, con objeto de asegurar un matrimonio que tenía empeño en que se verificase, había comprometido gravemente su lealtad y la mía, presentándose á la familia de Courtheuse bajo las más falsas apariencias.

No podía dudar que desde mi llegada, y probablemente antes de mi llegada, me había presentado á estas buenas gentes como una especie de Don Juan convertido, que había resuelto renunciar á Sata-nás y las pompas y vanidades del mundo, abandonando el teatro de sus desórdenes para refugiarse en la paz de los campos. Mi tío habría completado este verídico retrato decorándome con una ortodoxia y un fervor religioso, que las tormentas de la juventud habían podido nublar un instante, pero que habían al fin salido triunfantes de estos pasajeros nubarrones. De esta suerte, sin duda, había creído deber prevenir ó aplazar las susceptibilidades y las sombras que mi reputación de libre vividor y libre pensador habrían levantado acaso la conciencia de los Courteheuse.

Que no me hubiera hecho confidente de sus planes, era muy natural, porque sabía que en manera alguna me hubiese

prestado á semejante superchería. Que se propusiera llevar hasta el momento del matrimonio la mala inteligencia que establecía sordamente entre los Courteheuse y yo, todavía se podía concebir, porque, por una parte, los Courteheuse eran personas demasiado bien educadas y demasiado reservadas para hacerme antes de tiempo preguntas directas acerca de mis principios y de mis proyectos de porvenir; por otra parte, yo soy también lo bastante bien educado para contrariar sus ideas y para presentarme en esta casa ni en ninguna como un fanfarrón de impiedad. Á pesar de todo, hubiera bastado la más pequeña é imprevista cosa para reducir á la nada la deplorable diplomacia de mi tío. Ya me explicaba las inquietudes y la agitación que notaba en él.

He reprendido á mi tío, pero le he reprendido con dulzura. Es hermano de mi padre. Además, siempre es penoso para

un joven sorprender á un viejo en una falta y verle confundido. Mi tío se ha excusado como ha podido respecto de su violenta pasión por este matrimonio. Ha procurado también persuadirme de que podía honradamente utilizar sus buenos servicios, puesto que yo no era su cómplice.... En fin, me ha ofrecido ir él mismo á confesar su culpa á los Courteheuse.... No he querido que lo haga, temiendo que no hiciera esta confesión con toda la franqueza necesaria.

He determinado escribir yo mismo al Almirante. He aquí mi carta, que he hecho conocer á mi tío:

«Mi querido Almirante:

»Me he separado de V. hace pocas horas de una manera tan brusca y tan poco correcta, que acaso ha podido V. creer que estoy loco; yo mismo he creído perder la razón. Debo, pues, pedirle perdón

por mi conducta, y debo á V. también una explicación, que le voy á dar con entera franqueza.

»No diré á V. nada nuevo, me parece, diciendo á V. cuál era el motivo de mi visita. Á medida que he tenido ocasiones de conocer á la señorita de Courteheuse, he comprendido que dispone á su voluntad de la ventura ó de la desgracia de toda mi vida. Este es el secreto que deseaba confiar á V., suplicándole que fuera cerca de la señora madre de Alieta y de ésta el intérprete de mis sentimientos y de mis deseos.

»Pero esta confidencia no ha podido salir de mis labios desde que el lenguaje de V. me ha revelado la mala inteligencia que existía entre nosotros, bien á pesar mío. He comprendido, con profunda sorpresa, que mi excelente tío, en la parcialidad del cariño que me profesa, y en su natural deseo de una alianza tan honrosa, me ha adornado, para

presentarme á Vds., de gustos que no son los míos, y de virtudes que no poseo. Si pudiera uno mismo ser dueño de adquirir los méritos que se desean, procuraría tener, seguramente, todos los que más dignos pudieran hacerme de la señorita de Courteheuse. Pero no es así desgraciadamente. La fe, por ejemplo, no es un acto de nuestra voluntad. En este punto capital, como en otros más accesorios, mi tío ha confundido sus deseos con realidades. Debo decir á V. francamente que, en materia de creencias, la influencia del siglo y de la ciencia ha pesado sobre mí como sobre mis contemporáneos, y he hecho tabla rasa de ellas. En cuanto á mi afición al campo y á mi proyecto de alejarme de París, es todo una invención ingeniosa, debida á la imaginación y al afecto de mi tío.

»Siento verdadera amargura pensando que esta confesión va á destruir para siempre esperanzas que me costará mu-

cho desprenderme de ellas. Pero jamás deberé mi felicidad á una mentira. Si tengo grandes defectos, no es uno de ellos la hipocresía.

»Juzgo conveniente decir á V. que, si debo alejarme de estos sitios, V. fijará el momento en que deba partir. Será mañana, si V. entiende que debe ser mañana. Espero las órdenes de V. con profunda ansiedad, y también con la más respetuosa sumisión.

»B. DE MONTAURET DE VAUDRICOURT.»

Un criado ha ido esta tarde á llevar esta carta á Varaville; ha vuelto sin respuesta.

30 Setiembre.

Un propio me ha traído esta mañana la contestación del Almirante. Dice así:

«Mi querido Vizconde :

»La carta de V. me ha causado personalmente la más penosa sorpresa. Sin conocer, y sin querer prejuzgar las disposiciones de mi hermana política, y aun menos las de mi sobrina, profesaba yo á V. verdadera estimación, y no estaba muy lejos de soñar lo mismo que soñaba su señor tío, mi excelente amigo. No necesito asegurar á V., mi querido Vizconde, que mi estimación la tiene V.; pero respecto del sueño, para ser tan franco y sincero como V. lo ha sido, debo confesar á V. que ya no puede ser más que un recuerdo. Mi convicción es que las peores alianzas son las malas alianzas morales; y, en mi concepto, constituyendo la creencia religiosa el fondo mismo de la vida moral, el completo disentimiento en que se hallan V. y mi sobrina en punto tan esencial,

abre entre V. y ella un abismo insondable.

»Sin insistir más en este punto, debo añadir que tengo la persuasión de ser en esta circunstancia el intérprete de los sentimientos de mi hermana política y de mi sobrina, como de los míos propios.

»Dicho esto, querido Vizconde, no veo razón para que emprenda V. de repente la fuga como un culpable, que no lo es V., ó como un pretendiente despedido, que tampoco se halla V. en este caso. Porque, en realidad, ni V. nos ha hecho ninguna petición, ni nosotros le hemos dado una respuesta negativa. Supondremos, si á V. le parece, que pertenece V. á la comunión protestante ó al culto israelita; aunque hecho semejante impide que se piense más en alianza alguna entre nuestras dos familias, no será obstáculo que rompa las relaciones que siempre tendremos mucho gusto en continuar con un amable vecino, mien-

tras éste quiera prolongar su permanencia en este país.

»Reciba V., mi querido Vizconde, con la seguridad de mi estimación, un cordial apretón de manos.



«EL BARÓN DE COURTEHEUSE.»

Por lo que dice el Almirante, creo comprender que en Varaville se desea que no dé yo, con mi alejamiento precipitado, ocasión que pueda utilizar la malicia provincial. Se quiere que no parezca que nuestras relaciones se rompen, sino que se desatan naturalmente. Sea. Voy á anunciar á todos que me propongo volver á París dentro de quince días, y en este espacio me dejaré ver de cuando en cuando en casa de los Courteheuse, como de ordinario. Los rumores vagos de un proyecto de matrimonio se disiparán suavemente, sin que nadie se preocupe más del asunto.

Acaso se me quiere probar, demostrando que les es indiferente mi permanencia aquí, que no se teme absolutamente que mi presencia pueda turbar la tranquilidad de la señorita de Courteheuse, y que su corazón está intacto. Ya veremos.»

7 Octubre.

Llego de Varaville. Había entrado sencillamente, al regresar de caza. El Almirante ha estado muy afectuoso; pero las mujeres, menos dueñas de sus pasiones, no han sabido disimular; la señora de Courteheuse estaba muy estirada, grave, glacial; su hermana, la señora de Varaville, francamente áspera é impertinente; la señorita Alieta triste y silenciosa. Su tía afectaba ridículamente estar colocada entre los dos para preservar, sin duda, del contacto impuro á su sobrina.—El hermanito alferez ha regresado á Cherburgo.

He salido de allí exasperado.— ¡Me casaré con ella! ¡La robaré, si es preciso, y me casaré con ella! Y será dichosa, y le probaré que un hombre que no cree en nada, puede ser un hombre de corazón y de honor, y tan buen marido como otro cualquiera.

Alieta me gusta. Puedo decir,— todo lo que yo soy capaz de un sentimiento de este género,— que estoy enamorado de Alieta. Adoro su aire distinguido, sus finísimos cabellos cenicientos, sus trenzas que parecen coronar una cabeza de hada.... Pero aunque no la amase, me casaría con ella para procurarme el gusto de mortificar á su madre y consternar á su tía. La madre, majestuosa y tiesa, se parece á la insoportable Mad. de Maintenon. La tía se parece á una imbécil. Jamás ideas más absurdas y necias y devoción más estrecha se han reunido en una solterona como ella.

¿Qué medios emplearé para satisfacer

á la vez mi amor y mis rencores? No sé absolutamente nada. Pero debo triunfar, porque mi olfato, bastante sutil en estas materias, me dice que cuento con inteligencias en la plaza, que hay un traidor en la guarnición.... Es Alieta. Su tristeza es significativa. A pesar de todo lo que nos separa, no le soy indiferente. Y no me sorprende esto. Ella es piadosa, es honrada, es perfecta, pero es mujer, y ¿quién sabe si todo lo malo que se le ha dicho de mí para que me olvide, no habrá producido el efecto contrario? Las mujeres aman á los que somos malos, y tienen muchísima razón, porque los que somos malos somos mucho más agradables que los buenos.

Lo indispensable es ver á Alieta sola; tal es evidentemente el objetivo hacia que deben dirigirse en lo sucesivo mis notables facultades. Mi primera idea ha sido naturalmente escribirle una carta; pero pronto he renunciado á una idea

semejante. En las circunstancias difíciles, cuando un hombre escribe en vez de obrar, es un erudito que pierde el tiempo, y nada más.

12 Octubre.

He vuelto dos veces á casa de los Courteheuse. La primera vez fuí recibido con frialdad, la segunda con horror. La señora de Courteheuse y su hermana me han hecho igual recibimiento que harían el Antecristo, si éste tuviera el aplomo de ir á visitarlas. La señorita Alieta no se ha presentado; supongo que está confinada en su habitación, y que no se presentará en el salón mientras yo continúe en el país.

Está muy bien.

No vacilo en declarar que desde este momento me considero como en estado de guerra con la familia de Courteheuse, que me propongo usar todos los

derechos que son propios del estado de guerra. Mis razones no son ruines. No pretendo seducir á la señorita Alieta, sino casarme con ella, y si el matrimonio me ofrece, bajo el punto de vista del interés, algunas ventajas, estas no pasan los límites de las que mi nombre y mi posición me permiten esperar. Lucho, pues, solamente por mi amor, por la justicia y el buen sentido, contra el fanatismo de tres viejas (porque el Almirante mismo no merece otra calificación). Para semejante lucha, todas las armas, todas las sorpresas, todas las astucias del amor militante, incluso el escalamiento, me parecen perfectamente legítimas.

16 Octubre.

He dedicado algunos días á observar lo que hace habitualmente la señorita Alieta; á pretexto de cazar, no he cesado

de recorrer el campo y los bosques que rodean el castillo lleno de torrecillas donde está prisionera esa desgraciada joven. Si sale, si va á la iglesia ó al pueblo, siempre va con su madre ó con su tía. Si monta á caballo, su tío la acompaña y un criado la sigue. Pretender acercarme á ella en estas condiciones, sería inútil. Me contento con saludarla de lejos; disparo, sin embargo, en el llano y el monte una serie innumerable de tiros sobre una caza imaginaria. Así mantengo en casa de la señorita de Courteheuse la idea perturbadora de mi perseverancia y la de mi proximidad. Es algo, pero no es todo. Cuento hacer algo mejor.

17 Octubre.

El único sitio en este mundo en que puedo esperar encontrarla sola es el jardín del castillo. Allí, á lo menos, está

poco vigilada. No temen dejarla sola, porque realmente el jardín es como una prisión. Es preciso, para penetrar en el jardín, atravesar el patio principal y pasar por debajo de las ventanas de las habitaciones que ocupan el Almirante y las dos viejas. Es grande, pero rodeado á derecha é izquierda de altos muros; en el jardín se encuentra una especie de laberinto de hojaranzos á la antigua moda, cuyos complicados senderos conducen á una terraza, rodeada igualmente de las mismas plantas. En el centro de la terraza se levanta, en forma de cúpula, uno de esos grandes pabellones que todavía se llaman en provincias estufa. El conjunto está separado de los arbustos contiguos por una zanja de una anchura de cuatro metros, y llena de agua.

Por allí es únicamente por donde hay alguna manera de introducirse en los jardines sin ser visto. Este es el camino que he elegido.... Ayer mañana dejé mi

perro en casa y mi fusil en el bosque, y auxiliándome con un resalvo que corté expresamente, he saltado la zanja, porque soy ligero y no me acoquino fácilmente. Sabía que el pabellon de la terraza es para la señorita de Courteheuse el sitio favorito de paseo y de retiro. Va allí frecuentemente á leer, á trabajar, á pensar, porque es una jovencita muy impresionable y reflexiva. Yo lo soy menos que ella, y, sin embargo, me hubiera sido muy agradable entrever su cabecita rubia á través de la hojarasca en la penumbra del bosquecillo. Pero no tuve esta satisfacción. Allí no había nadie.

No me había expuesto á romperme la columna vertebral para retirarme sin intentar mi propósito. Me deslicé de arbusto en arbusto, siguiendo aquellas encrucijadas con la prudencia de un mohicano. Pronto divisé la parte descubierta del jardín; este jardín no es, en realidad, más que una especie de huerta inmensa,

donde los árboles frutales están mezclados con las flores y los bojés. En el instante vi por encima de los arbustos, detrás de los que me ocultaba, á la misma señorita de Courteheuse, que la reconocí por el color de sus cabellos y la ligera y graciosa *toilette* de mañana; porque, por lo demás, su actitud era tan singular, que me hubiera sido difícil identificar su persona si no hubiese visto su encantadora cabecita. Estaba como prostrada, de rodillas en el ángulo de una calle de árboles, inclinado el cuerpo y la cabeza casi tocando en la tierra. Mi primera idea fué que se había puesto mala súbitamente, y que había caído allí en medio de su paseo, sucumbiendo á las emociones demasiado vivas de un amor contrariado. Hasta me pareció, observando ciertos movimientos en su cabeza, que sollozaba. Pero una observación más atenta y prolongada me demostró que la señorita de Courteheuse estaba haciendo

sencillamente su primer desayuno. Arrojada delante de una plantación de fresas, cogía las últimas, medio almibaradas por el otoño, y se regalaba con ellas, mordiendo alternativamente un pedazo de pan.

Era aquel, acaso, un precioso cuadro, un cuadro muy lindo y tierno; pero contrastaba tan violentamente con las ideas que me preocupaban, y que yo creía que también á ella le preocuparían, que me quedé profundamente sorprendido.... ¡Cómo! ¡En el momento en que yo la suponía dominada por la pasión y fatigada por el insomnio, se desayunaba tranquilamente con sus fresas y su pan!.... ¡No tendría corazón?

El caso es que era tan fuerte la transición entre la escena que presenciaba en aquel momento y la que me había forjado en la mente, que renuncié á aprovechar la ocasión que tanto había deseado y que tan oportunamente encontraba. —

Volví á emprender, no sin melancolía, el camino de la zanja, y la volví á saltar de nuevo, pero con menos ligereza y ardor que la primera vez. La zanja me pareció más ancha y más peligrosa.

No volveré otra vez á hacer estas habilidades gimnásticas. Además de que no me gusta ponerme en ridículo, aunque nadie lo sepa más que yo, siento que no me encuentro bien caminando por vías oblicuas. He nacido indudablemente para los caminos rectos y las armas leales. Y me felicito de ello.

La situación es comprometida, pero no está perdida. Tengo mi proyecto, y voy á arrostrar francamente el obstáculo.

18 Octubre.

Mi proyecto era partir esta mañana para Saint-Meen, que está á unas quince leguas de aquí. Es la capital de la dió-

cesis y la residencia de Mons. de Courteheuse, hermano del Almirante y tío de Alieta. Dicen que es un buen Prelado, de un carácter conciliador y tolerante, aunque ardentemente religioso. Se asegura, y esto es natural, que ejerce una influencia preponderante en su piadosa familia. Es indudable que se le habrá puesto al corriente de mis pretensiones á la mano de su sobrina y de todos los incidentes sobrevenidos en nuestras relaciones. Mi tío dice que ama á Alieta el Obispo con ternura paternal. Ganar la simpatía de este Prelado sería, según todos los indicios, triunfar completamente. La empresa no debe ser muy fácil; pero cuando se procede lealmente y con propósito firme de conseguir, he visto muchas veces que se logran imposibles.

En el momento en que iba á montar en el coche para dirigirme á la estación, ha venido mi tío, y con ese aire de atur-

dimiento que no le abandona desde que nuestro asunto se ha torcido, me ha dicho que Mons. de Courteheuse acaba de llegar á Varaville. Ha observado que sin duda le han llamado para algo urgente, porque nunca acostumbra venir en esta época del año. Después de dos minutos de reflexión, he dicho á mi tío que consideraba la llegada del Obispo como una de esas circunstancias que nuestros padres llamaban providenciales; en primer lugar, porque me evitaba hacer el viaje, y luego, porque me parecía un excelente síntoma, favorable á nuestro asunto.

— Mi tío se ha apresurado á decir:

— Pues á mí me parece todo lo contrario, y que el señor Obispo viene á dar el último golpe á nuestras esperanzas.

— Deseche V., tío (le he contestado), ese sombrío pesimismo. No se hubiera hecho venir al Obispo si hubiera perfecto acuerdo en la familia respecto de la cuestión en que estamos interesados. Porque hay

disentimiento es por lo que se siente la necesidad de un árbitro, y siendo así, la partida no está definitivamente perdida para nosotros, como podíamos temerantes. ¿Quiere V. que le diga con franqueza lo que pienso? Pues pienso que es Alieta misma la que ha llamado al Obispo.

—¿Y qué deduces de eso?

—Deduzco que la señorita de Courtheuse no está tan indiferente ni tan resignada como me pareció ayer cuando la vi comiendo fresas.

Había referido á mi tío la escena del día anterior.

Volví á subir á mi cuarto, y escribí esta carta:

«Monseñor:

»He sabido la llegada de V. Ilma. cuando me disponía á partir para Saint-Meen con objeto de solicitar una audiencia. ¿Puedo esperar que el digno Prelado tendrá

la bondad de concedérmela durante su estancia en Varaville? En vísperas de alejarme de este país, probablemente para siempre, sería para mí un eterno pesar no haber podido comunicar á V. Ilma. los sentimientos de mi corazón.

»Son inseparables de la profunda veneración con que soy de V. Ilma. su afectísimo servidor,

»BERNARDO DE VAUDRICOURT.»

Una hora después recibía la siguiente tarjeta:

«EL OBISPO DE SAINT-MEEN

recibirá esta tarde á las cuatro al señor vizconde de Vaudricourt.»

Á las tres y media entraba yo en Varaville por la puerta principal. Me dijeron que el Obispo estaba en el jardín con la señorita Alieta, y que se le avisaría

mi visita. Esperé bastante tiempo; luego vi, saliendo del laberinto, la sotana morada y el sombrero de borlas de oro del Prelado. Alieta iba á su lado. No me vieron, porque venían entretenidos continuando su conversación, y pude entender confusamente algunas palabras.

—Dios mío, es eso muy delicado, muy terrible, mi querida niña,—decía el Obispo con un tono vivo y áspero....

—¡Oh, tío! ¿No retira V. nada, nada?....

—No, no retiro nada....; pero somos tan exaltados, tan impresionables los dos, mi pobre niña....

—Yo tengo confianza, tío.

—Sí, sin duda....; pero si te equivocases, serías tan desgraciada...., y yo también....

La interrupción repentina del diálogo me hizo conocer que me habían visto. Di algunos pasos hacia ellos, y saludé profundamente. Conocí que Alieta había llorado mucho, y no me sorprendió poco

ver también la huella de las lágrimas en los ojos del Prelado. Habían rezado y llorado juntos. Viendo su emoción, y recordando las palabras que acababa de sorprender involuntariamente, no pude menos de hacerme algunas penosas reflexiones, mortificantes para mi delicadeza, y cuya impresión se hallará ahora en mi conferencia con el tío de Alieta.

Andando cambiamos algunas frases de cortesía, y luego, al entrar en el patio, Alieta se ha separado de nosotros con un ligero saludo, y el Obispo me ha hecho entrar en las habitaciones que ocupa en el piso bajo.

Mons. de Courteheuse no parece tener más de cincuenta años; es bastante alto y delgado; los ojos, negros y muy vivos, están rodeados de un círculo violado. Al pronto, su actitud es la de un hombre enérgico; pero tranquiliza al que le oye su apacible sonrisa. Tiene cabellos abundantes, plateados, que caen sobre su fren-

te y delicadas manos de Obispo. Cuando habla en calma, tiene una manera imponente de revestirse de su dignidad sacerdotal. En suma, se ve en él el hombre apasionado del cielo de su augusto ministerio, pero franco y sincero.

Sentóse, me hizo sentar, y me invitó á hablar.

—Monseñor (le dije); acudo á V. Ilma., como á un recurso supremo. Este paso que doy es consecuencia de mi desesperación..., porque seguramente ninguna persona en la familia de la señorita de Courteheuse será menos transigente que V. Ilma. con las faltas de que se me culpa. V. Ilma. es un apóstol, y yo soy un incrédulo. Y, sin embargo, Monseñor, entre los santos como el ilustre Prelado que me escucha, es donde los culpables suelen hallar más indulgencia..., y yo no soy un culpable, soy un extraviado.... Se me niega la mano de la señorita de Courteheuse porque no comulgo en su

fe..., en la de V. Ilma. Pero la incredulidad, Monseñor, no es crimen, es desgracia. ¡Oh! Bien sé lo que se dice. «Un hombre niega á Dios cuando su conducta, sus hábitos, sus vicios le han puesto en el caso de desear que Dios no exista....» Se le hace así culpable, y responsable en cierto modo de su incredulidad...: En cuanto á mí, Monseñor, he consultado mi conciencia con la mayor sinceridad, y aunque mi juventud haya sido borrascosa, estoy seguro de que mi ateísmo no procede de ningún sentimiento de interés personal. Muy al contrario: puedo decir con verdad, que el día en que he sentido que perdía la fe, el día que he perdido la esperanza en Dios, he vertido las más amargas lágrimas de mi vida.... No soy, á pesar de las apariencias, un carácter tan ligero como se cree. No soy de aquellos que, perdiendo la fe en Dios, no sienten un vacío en su corazón. Se puede ser, seguramente, un hombre de

mundo, de club, de *sport*, un hombre de costumbres mundanas, y tener, sin embargo, sus horas de reflexión y de recogimiento. En estas horas, Monseñor, se siente el terrible malestar de una existencia sin base moral, sin principios, sin esperanzas más allá de la tierra. Y, sin embargo, ¿qué hacer, señor Obispo? V. Ilma. me dirá, con la bondad, con la compasión que estoy leyendo en esos ojos: «Confíame V. sus objeciones contra la religión, y yo procuraré resolverlas y contestarlas.» No sabría qué decir, señor. Mis objeciones se llaman legión.... son innumerables como las estrellas del cielo.... nos llegan de todas partes, de los cuatro puntos cardinales, como en alas de los vientos, y no dejan en nosotros, al pasar, más que ruínas y tinieblas.... Esto es lo que yo, como otros muchos, he experimentado, y esto ha sido tan involuntario como es irreparable.

—Y yo, caballero (me ha dicho ás-

peramente el Obispo, mirándome furioso): ¿cree V. que hago una comedia en mi catedral?

—Monseñor....

—No.... es que cualquiera que le oiga á V., creerá que hemos llegado en el mundo á un período en que es necesario de toda necesidad ser un ateo ó un hipócrita. Yo tengo la evidencia de no ser lo uno ni lo otro.

—¿Necesito defenderme de este cargo, Monseñor? ¿Necesito decir que no he venido aquí para ofender á V. Ilma.?

—Lo creo, lo creo.... Pues bien, caballero: admito, no sin grandes reservas, nótele V. bien....; porque siempre se es más ó menos responsable del medio en que se vive, de las corrientes en que uno se agita, del giro habitual que da cada uno á sus ideas....; pero, en fin, admito que sea V. víctima de la incredulidad del siglo, y que sea V. inocente de su escepticismo, de su ateísmo, pues-

to que no le asusta la palabra; no por eso es menos cierto que la unión de una fervorosa creyente como mi sobrina con un hombre como V., sería un desorden moral, cuyas consecuencias habrían de ser desastrosas. ¿Cree V. que mi deber como pariente de la señorita de Courteheuse, como su padre espiritual, como Obispo, sea contribuir á semejante desorden, presidir la unión tenebrosa de dos almas que la extensión de los cielos separa? ¿Cree V. que este es mi deber? Respóndame V. ingenuamente.

El Prelado, al dirigirme esta pregunta, tenía sus ojos fijos en los míos.

— Monseñor (he contestado, después de un momento de duda): V. Ilma. conoce tan bien como yo, y mejor que yo, el estado del mundo y de nuestro país en estos tiempos.... Sabe el señor Obispo que yo no soy, desgraciadamente, una excepción....; los hombres con fe son pocos, y permítaseme decir todo mi pensamiento,

Monseñor: si hubiera de sufrir la inconsolable amargura de renunciar á la felicidad que había esperado, ¿está seguro V. Ilma. que el hombre á quien un día ú otro dé su mano la señorita Alieta no será algo peor que un escéptico, algo peor que un ateo?

— ¿Qué?....

— Un hipócrita, Monseñor. La señorita de Courteheuse es bastante bella y bastante rica para despertar ambiciones que podrían ser menos escrupulosas que la mía.... De mí sabe V. Ilma. que soy un escéptico; pero también sabe que soy un hombre de honor. Y esto es algo, es alguna garantía.

— Un hombre de honor, caballero; un hombre de honor.... (ha murmurado el Obispo en tono de duda): sí, sí lo creo.

— Tiene V. Ilma. la evidencia (he re-
puesto vivamente); porque, permítame el señor Obispo que se lo recuerde, si yo

no fuera un hombre sincero y leal, hoy sería el prometido de Alieta.

El Obispo ha hecho un movimiento en su sillón, y ha pronunciado con sencillez y dignidad estas palabras:

—Eso es verdad.

Y luego me ha mirado profundamente por espacio de algunos segundos.

—Pues bien, caballero: por ese honor de que está V. tan orgulloso, ¿sería V. capaz de garantizarme que las creencias de mi sobrina no sufrirían, por sugestión de V., ninguna alteración; que el lenguaje de V., sus burlas maliciosas ó sus ironías involuntarias, no envolverían el alma inocente de Alieta en las tristezas de la duda?... ¿Cree V. que ella querrá exponerse, y yo exponerla, á semejantes peligros?

—Monseñor, á esa pregunta contestaré que me consideraría un rufián si no respetase escrupulosamente las creencias de mi mujer. Jamás ha salido de mis la-

bios una frase irónica relativamente á asuntos religiosos. Soy un incrédulo, pero no soy un impío. Jamás he insultado ni insultaré lo que he adorado. Comprendo muy bien que se puede perder la fe; pero lo que no comprendo es que un hombre que en su infancia se ha arrodillado ante la cruz al lado de su madre, no respete toda su vida en esa cruz el recuerdo adorado de su madre y la grata memoria de su infancia.

Hábame expresado con algún calor. Humedeciéronse los ojos del bondadoso Obispo, y confieso que también me sentí emocionado como él.

—Vamos, caballero (me dijo con dulzura); no está V. tan desesperado como V. cree. Mi querida Alieta es una de esas jóvenes entusiastas, por medio de las cuales Dios hace algunas veces milagros.

—Monseñor, aunque me sea duro, en el momento en que adivino que es

noble corazón se interesa en mi dicha, diré la verdad hasta el fin.... No quiero, lo repito, deber mi felicidad á una mentira. Quiero confesar ahora que he oído, antes de entrar aquí, involuntariamente, algunas palabras de la conversación de V. Ilma. con su sobrina; he creído comprender, y creo comprender ahora mejor, que la esperanza de atraerme á la fe, de convertirme, en una palabra, sería la razón que podría determinar el consentimiento de V. Ilma. y de Alieta.... Pues bien, Monseñor; ya he dicho lo que V. Ilma. no tiene que temer de mí; ahora voy á decir lo que de ningún modo puede esperar. Siento que las creencias sobrenaturales están destruídas en mí para siempre, que han perecido hasta las mismas raíces...., que no hay, en fin, una roca en el Mar Rojo que sea tan rebelde á toda vegetación, como mi alma á todo germen de fe.

— Puesto que así lo piensa V. (con-

testó el Obispo con cierta amargura), es honrado el confesarlo. Pero Dios tiene sus medios.

Y se puso en pie.

— Hijo mío (exclamó con voz grave y solemne); voy á terminar con una frase de un santo Pontífice: — «La bendición de un viejo nunca puede hacer mal....»
¿Quiere V. recibir la mía?

Me he inclinado respetuosa y profundamente.

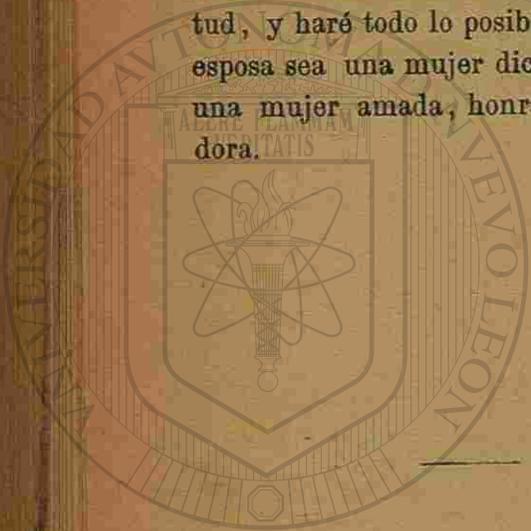
El Obispo ha trazado en el aire los signos místicos. He saludado de nuevo, y me he retirado.

Cuando iba á salir, me ha dicho:

— Señor de Vaudricourt, no se vaya V. todavía. Espérenos V. en el jardín.

Aquí termina este diario, con la crisis particular de mi vida que me había sugerido la fantasía.—La señorita de Courtheuse, con el consentimiento de su familia, tiene la bondad de concederme

su mano. La recibo con profunda gratitud, y haré todo lo posible para que mi esposa sea una mujer dichosa, como es una mujer amada, honrada y encantadora.



NARRACIÓN.

El diario del Vizconde no estaba terminado, como él suponía. Estaba suspendido. El señor de Vaudricourt debía continuarlo un día bajo la impresión de una crisis, por lo menos igual á la que le había puesto en la mano la pluma por la primera vez.

Un intervalo de bastantes años separa estas dos partes, ó, para decirlo mejor, estos dos fragmentos del diario de Bernardo. Llenaremos lo mejor que podamos este intervalo, con el auxilio de algunos

su mano. La recibo con profunda gratitud, y haré todo lo posible para que mi esposa sea una mujer dichosa, como es una mujer amada, honrada y encantadora.

NARRACIÓN.

El diario del Vizconde no estaba terminado, como él suponía. Estaba suspendido. El señor de Vaudricourt debía continuarlo un día bajo la impresión de una crisis, por lo menos igual á la que le había puesto en la mano la pluma por la primera vez.

Un intervalo de bastantes años separa estas dos partes, ó, para decirlo mejor, estos dos fragmentos del diario de Bernardo. Llenaremos lo mejor que podamos este intervalo, con el auxilio de algunos

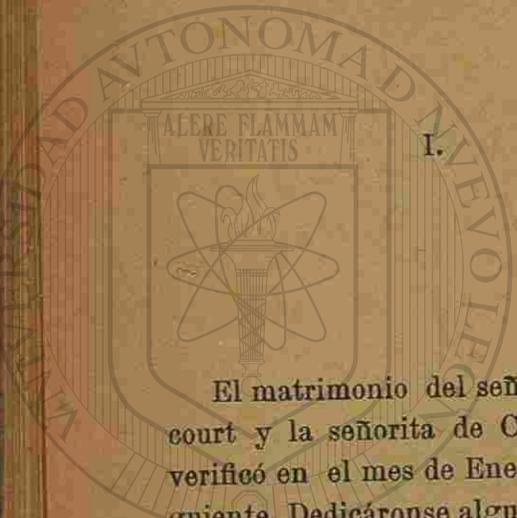
documentos de familia y de nuestros personales recuerdos.

Sería favorecer muy poco al vizconde de Vaudricourt tomar al pie de la letra el retrato que de sí mismo trazaba en las páginas que acaban de leerse. Pero, en medio de las exageraciones voluntarias y de la afectación visible del pintor, el lector habrá distinguido suficientemente la semejanza. Habrá comprendido que el vizconde de Vaudricourt, en la época en que entró en relaciones con la familia de Courteheuse, no era únicamente la especie de fatuo y presumido que él mismo confiesa ser. Eran precisos otros méritos para explicar la influencia que ejerció sobre una persona del carácter de la señorita Alieta. Nadie duda seguramente que á la señorita Alieta, en su calidad de mujer, y aunque perteneciendo á lo más selecto de su sexo, deslumbraron las exterioridades brillantes del Vizconde, y como á otra cualquiera, le impresiona-

ron la elegancia, la bizzarria de su personalidad mundana. Pero nadie puede dudar tampoco que, si á estas cualidades exteriores no hubiese unido el joven Vizconde un fondo de seriedad, la curiosidad primera de la mujer se hubiera convertido muy pronto en indiferencia y desdén. Había visto con sorpresa, y le había interesado singularmente, la sencillez que se advertía en todas las acciones de aquel conquistador; porque este joven y temible Bernardo, bastante impertinente en su vida íntima, aparecía en el mundo, por una especie de coquetería inconsciente, en una actitud y con un lenguaje tan correctos y tan modestos, con esa flexibilidad natural que se amolda á los gustos y á las costumbres de cada cual y de todos, y con esa dulzura cariñosa que tanto agrada entre las personas dignas. Era, además, un entendimiento cultivado el suyo, al que nada le era extraño, y cuando le

convenía, facilísimamente demostraba, sin alardes de suficiencia, la variedad de sus conocimientos. En fin, hallábase en el Vizconde un alma altiva, generosa y leal, enemiga hasta la exageración de todas las cosas oblicuas, un alma verdaderamente superior. Salvar esta alma, volverla á Dios, era una tentación que debía pesar mucho en el ánimo de una joven cristiana, apasionadísima creyente. Esta fué la excusa que la señorita de Courteheuse dió á un afecto que su corazón aprobaba quizá más que su razón. Esta fué también, como lo había comprendido bien el señor Vaudricourt, la excusa que el digno Prelado, tío de Alieta, se dió á sí mismo para justificar su debilidad con una sobrina á quien tanto amaba. Los dos eran, como decía el buen Obispo, dos exaltados, dos entusiastas. ¿Quién de nosotros no ha conocido entre los Prelados de nuestro tiempo, — entre los mejores — alguno de esos corazones ar-

dorosos, alguna de esas almas altamente románticas?... Vitupéreles quien quiera; nosotros amamos y saludamos respetuosamente el entusiasmo, aun en los momentos en que parece extraviarse. No es esa la tendencia del mundo.



El matrimonio del señor de Vaudricourt y la señorita de Courtheuse se verificó en el mes de Enero del año siguiente. Dedicáronse algunas semanas á la instalación de los recién casados en un bonito hotel del barrio Monceau, y después partieron para Italia. Una circunstancia particular, que no era, por cierto, imprevista, abrevió un poco su viaje y les trajo á París á fin de Abril. Entonces solamente, hablando con propiedad, empezó para ellos la prueba de la vida del hogar.

Á menos de ser su marido un monstruo, lo que siempre es una excepción, es raro que una mujer no sea casi dichosa el primer año de su matrimonio. Cuando tiene, como la señora de Vaudricourt, la preciosa ventaja de encontrarse en estado interesante al cabo de algunos meses, las dificultades y los sinsabores se aplazan por algún tiempo; este nuevo lazo, que la costumbre aflojará luego, pero que entonces está en toda su fuerza, compromete la delicadeza del marido y le obliga á cierta asiduidad. Es, además, entre el padre y la madre, un motivo de conversación siempre fácil y abundante y del mismo interés para los dos. En fin; si el marido, como sucede algunas veces, conserva en su nuevo estado algunos recuerdos de su vida anterior; si ha dejado en su círculo, en los salones, en la intimidad de otras mujeres, ciertos hábitos, á los que comienza á volver su deseo con cierta melancolía, se arma de pacien-

cia, se hace cargo de que la situación presente no es más que un accidente, que es cuestión de tiempo, y que lo que está solamente diferido no está perdido. De esta suerte, todo va bien en el nido de los esposos, y ambos están igualmente satisfechos; la mujer porque cree que la situación será siempre la misma, y el marido porque está persuadido de lo contrario.

Sin embargo, para la señora de Vaudricourt, hasta en este primer periodo dichoso de la vida conyugal había de haber amargura. La pobre Alieta, que no ignoraba que Bernardo y su tío habían esperado de ella la perpetuidad de su nombre de familia, tuvo el gran pesar de dar á luz una niña, preciosísima en verdad, pero, en fin, una niña. Pidió perdón, llorando, á su marido, que la consoló con sus gracias habituales, diciéndole jovialmente que otra vez sería otra cosa, y que el error se explicaba per-

fectamente por la emoción inseparable de un *debut*.

La señora de Vaudricourt experimentó también el dolor de no poder criar por sí misma á su hija. Pero le consagró todo su tiempo y sus cuidados con el profundo sentimiento del deber y la ardiente ternura que constituían la base de su carácter. Su hija le sirvió á maravilla de honesto pretexto en los primeros meses para sustraerse á los salones parisienses, donde su matrimonio con el brillante y reputado vizconde de Vaudricourt le aseguraba un éxito, acaso no de viva simpatía, pero de viva curiosidad. Esta circunstancia era también muy apropiada para facilitarle el plan de vida que se había trazado según los consejos de su tío, y en el cual los placeres corrientes del mundo habían de ocupar un lugar muy secundario. Mons. de Courteheuse y su sobrina, sin haber vivido jamás en París sino en muy cortas temporadas y con

largos intervalos, tenían uno y otra demasiada penetración para no apreciar exactamente el carácter de la vida del mundo en París. En esta apreciación no entraban para nada ni las prevenciones sombrías del carácter devoto, ni la gatzmoñería espantadiza del carácter provinciano. Había en su apreciación otra cosa, un poco de inocencia, comprendiendo solamente que la variedad y la multiplicidad de las ocasiones debían introducir en las existencias parisienses una disipación excesiva, que no se conciliaba con la idea que se habían formado uno y otra de lo serio y grave de la vida. La señora de Vaudricourt, que era muy perspicaz, no había tardado en entrever, á medida que penetraba en el medio parisiense, que no solamente la multiplicidad de las distracciones, pero también su calidad, se acomodaban muy poco á su educación y á sus sentimientos personales. Todo esto fué, en esta fase de su vida, sólo una visión

vaga y una percepción indecisa de cosas desconocidas y desagradables. Pero fué lo bastante para afirmarla más estrictamente en el programa de vida que había resuelto adoptar, no solamente porque estaba conforme con sus aficiones, sino porque le parecía el más propio para el objeto que apasionaba su pensamiento, es decir, para la conversión de su marido.

Las instrucciones de su tío, de acuerdo con sus propias inspiraciones, le habían hecho reconocer el peligro de toda tentativa de proselitismo sobre la conciencia de Bernardo.

—No emplees más que el ejemplo (le había dicho el sabio Prelado). No trates jamás la cuestión religiosa con tu marido ni por medio de reproches, ni de exhortaciones, ni siquiera de alusiones. Le fatigarías y le impacientarías. Hazle ver solamente la tranquila dulzura de un hogar cristiano en medio de los desórdenes del mundo. Hazte conocer, amar

y bendecir, á fin de que conozca, ame y bendiga un día al Dios Todopoderoso que te ha hecho lo que eres, niña querida mía.

Después de haber cumplido la fatigosa formalidad de las visitas obligatorias, la señora de Vaudricourt encontró pretexto en sus deberes maternos para limitar sus relaciones al estrecho círculo de sus parientes y de los amigos particulares de su marido. Por lo demás, estaba en casa todo el más tiempo que podía, desplegando para adornar su casa todas sus virtudes de mujercita hacendosa de provincia, y todo su gusto ingenioso de mujer elegante. Su salón y su gabinete, llenos de flores, hábil y misteriosamente colocadas, ofrecían un penetrante atractivo de amable retiro y encantadora intimidad. En estas exquisitas combinaciones, que todos los días dedicaba horas enteras á perfeccionar, se había, hay que confesarlo, separado cruelmente de la se-

verdad del estilo Luís XIV; pero era preciso, ante todo, complacer á su marido y dueño, y acomodarse á sus debilidades. Como correctivo á estas delicadezas, en que se podía hallar algo de molicie, Alietta había convertido en biblioteca uno de sus salones, y había ido colocando respetuosamente, entre bustos romanos, los libros de su padre, traídos de Varaville. Su anhelo era leer frecuentemente aquellos viejos libros amados, con su joven marido muy amado.

Es inútil añadir que la habitación del señor de Vaudricourt reservaba á este caballero sorpresas y atenciones á que no le tenían acostumbrado sus criados. Muy cuidadoso de su persona, pero enteramente desprovisto de orden en todo lo demás, como la mayor parte de los hombres dignos de este nombre, amaba el orden, sin embargo, siempre que no tuviera él que ocuparse en disponerlo y conservarlo. Era, pues, para él una sa-

tisfacción muy viva y muy nueva verle reinar en sus habitaciones con una perfección refinada, y no tomar un pañuelo ó un par de guantes sin respirar el suave perfume que las hadas introducían secretamente en sus armarios.

Entre todas las seducciones que la joven Vizcondesa empleaba para aficionar á su marido al hogar, aquella con que menos contaba, y con la que más debía haber contado, era ella misma. No solamente era bonita; pero su belleza de niña grave y seria, su andar gracioso, su frente de una pureza luminosa, su mirada profunda, que tenía resplandores de esmeralda, le daban una especie de encanto muy original y muy particular. Algunos meses de vida parisiense habían elevado á la perfección su buen gusto natural, y en sus trajes y en su tocado se advertía esa elegancia pura, apacible y correcta, que puede enseñar á las personas que lo ignoran, en lo que consiste

la distinción. Alieta era, en fin, como ya sabe el lector, un carácter seriamente formado, un poco exclusivo quizá, pero en el que no había ni un átomo de vanidad.

El Vizconde no era insensible á todos estos delicados atractivos; pero lo que le amargaba un poco el gusto, era que adivinaba perfectamente la diplomacia de su mujer. Parecíale su mujer infinitamente honrada, graciosa y espiritual; pero no por eso dejaba de conocer que tendía á retenerle en la jaula para apriisionarle poquito á poco, y enseñarle á cantar los aires que ella prefería. Sonreíase pensando esto, y, prestándose á seguir la diplomacia de su dulce compañera con la buena voluntad de un hombre todavía enamorado y naturalmente generoso, no pensaba llevar su complacencia hasta el abandono de su libertad de acción y de pensamiento. Á pesar de la justicia que hacía á los méritos de Alieta,

veía con secreto enojo que se encerraba indefinidamente en sus deberes maternos, sustrayéndose casi completamente á los encantos de la vida parisiense, y aislándose, en fin, en una especie de Tebaida. Estimaba, sin duda, la intimidad de su mujer, los rasgos de su ingenio y los recursos de su conversación; pero no por eso dejaba de hallarse un poco molesto en su compañía, por una razón fácil de comprender. Hay muy pocos asuntos de conversación, y acaso no hay ninguno, en que, por un lado ó por otro, no surja la cuestión religiosa, la cual, en realidad, está en el fondo de todo. Esto no se toma en consideración en una sociedad como la nuestra, compuesta generalmente de indiferentes ó de escépticos; pero cuando uno de éstos se encuentre con un católico ferviente, y le hable de arte, ó de ciencia, ó de literatura, ó de política, ha de sentir á cada momento cierto embarazo, temiendo llegar á la

cuestión de fe, y herir sentimientos que quiere respetar. Así era cómo el señor de Vaudricourt y su mujer, ora en sus conversaciones íntimas, ó en sus lecturas juntos, en el cambio de sus impresiones en el teatro y en los museos, sentían siempre el embarazo de esa cuestión prohibida.

El Vizconde, como se recordará, cuando era pretendiente de la señorita de Courteheuse, se había lisonjeado de lograr que la estancia en París modificaría muy pronto los excesos de piedad de esa mujer, y que rebajaría considerablemente lo que podría llamarse la demasía de sus virtudes, dejando únicamente á la dulce Alieta las necesarias. Pero si se obstinaba en vivir en París en su originalidad salvaje, únicamente ocupada en Dios, su marido y su hija, era cosa de desesperarse. El señor de Vaudricourt comprendía, como hombre de honor, que sería una falta de delicadeza de su parte estimular

á su mujer á la vida superficial y disipada del mundo, y, sin embargo, si podía honradamente separarla un poco de su excesiva austeridad, parecíale que ella ganaría mucho y él también. Una noche, mientras, después de comer, fumaba su habano en la biblioteca, creyó conveniente, sin intención de pervertir á su mujer, proponerle ir á ver, en un teatro de cuarto orden del *boulevard*, una comedia titulada *Las seis mujeres de Mollenchart*, que entonces obtenía un gran éxito, y de la cual se repetían en los salones muchas frases originales y graciosas.

—Porque, en fin, mi querida Alieta (decía Bernardo), eres realmente demasiado extraña á las cosas de este mundo. La mayor parte de las solteras se casan hoy principalmente para poder ir á *Folies-Bergere*: es un exceso, no lo niego; ¡pero no das tú en otro exceso cuando te figuras que todo teatro que no es el teatro Francés ó la Ópera es un lugar de perdición?

—¿*Las seis mujeres de Mollenchart*?.... —preguntó Alieta, muy pensativa.

—Eso es; *Las seis mujeres*.... No es precisamente esa comedia el *Cid* ó *Británico*....; será una farsa....; pero ¿y qué? Consultemos tus oráculos. Ten la bondad de darme el segundo tomo de Moliere, donde está la *Crítica de la Escuela de las mujeres*.... Leo en la epístola dedicatoria á Ana de Austria estas palabras, que parecen dirigidas á la mismísima señora vizcondesa de Vaudricourt: —«Me congratulo de poder aún obtener el honor de divertir á V. M., que demuestra tan prácticamente que la verdadera devoción no es contraria á las honestas diversiones, y no desdeña reír con la misma boca con que tan fervorosamente reza á Dios.» —¿Qué dices de esto, querida mía?

—No puedo negar nada á Moliere ni á ti (respondió jovialmente la Vizconde-

sa). Vamos á ver *Las seis mujeres de Mollenchart*.

Cada siglo tiene su manera de divertir y divertirse. El xvii tenia una manera un poco grotesca, ingenua, á la antigua, pero franca, sana, inofensiva, á manera de Moliere. Nuestro siglo, más adelantado y refinado, gusta de aspirar en los chistes del teatro, y aun del libro, cierto husmillo de libertinaje avanzado. Madame de Sevigné, que no se recataba de reir, se hubiera quedado un poco fría probablemente viendo la representación de *Las seis mujeres de Mollenchart*. La señora de Vaudricourt, educada casi casi en el mismo medio que la ilustre Marquesa, experimentó cierta impresión de hielo, y como una niña bien nacida á quien se traslada de pronto á un mundo inferior y equívoco, estuvo á punto de echarse á llorar. Procuró, sin embargo, sonreír para dar gusto á su marido, pero no lo consiguió, y comprendió el Viz-

conde que esta primera prueba de emancipación había sido un fracaso.

En el transcurso del mismo año, el señor de Vaudricourt creyó haber descubierto una ocasión más propicia de arrancar de su mujer el excesivo rigorismo y despertar en ella la afición á la vida del mundo, que la hallaba siempre rebelde. Hubo, como siempre, hacia el fin del invierno, en la alta sociedad de París, muchas fiestas organizadas con objeto caritativo, y en particular un gran baile en el Trocadero, con acompañamiento de una de esas *hermesses* en que distinguidas y bellas vendedoras se ponen al frente de tiendas y puestos donde se vende á buen precio infinidad de cosas. El vizconde de Vaudricourt, que era muy caritativo, tenia costumbre de tomar una parte activa en estas fiestas, en las que hallaba por dicha la ocasión más propia de ser agradable á los pobres, á las damas y á sí mismo. Le pareció que el objeto emi-

nementemente loable y casi religioso de estas solemnidades mundanas, debía ser en extremo simpático á su austera esposa y desvanecer enteramente todos sus escrúpulos. Y, en consecuencia, le suplicó que aceptase las funciones de dama patrocinadora y vendedora que se le ofrecían por los organizadores de la fiesta, en virtud de su nombre, de su posición y de su belleza. Pero, con grandísima sorpresa de Vaudricourt, su mujer se negó á aceptar este honor.—«Era muy tímida. Era muy joven. Conocía muy poca gente.»—Y como su marido, un poco escandalizado, le reprochaba con cierta viveza que faltaba á sus principios, y aun á su misma fe, negando su concurso á una obra de caridad, acabó por decirle riendo:

—El otro día, querido esposo, me has leído unas líneas de Moliere.... Pues ya tenía yo ganas de devolverte la moneda de tu famosa comedia de *Las seis mu-*

jes de Mollenchart, y voy á leerte un trocito de una página de Pascal:—es la carta sobre *La devoción cómoda....*, del padre Lemoyne.

El señor de Vaudricourt se echó á reír, y no insistió más. Sin embargo, se desesperaba, y después de haber hecho, con el mismo resultado, algunas otras tentativas de igual género para humanizar á Alieta y llevarla al movimiento de la civilización corriente, renunció por completo. Alieta era decididamente una persona de muchísimos méritos, pero una puritana insociable. Era preciso conformarse, y perdonarle sus extravagancias en consideración de sus virtudes, dejándola vivir á su modo feroz, y retirarse del baile, como *Cendrillon*, á la hora de empezar el cotillón.

Pero desde el mismo momento, el señor de Vaudricourt se consideró autorizado, por su parte, á satisfacer sus gustos personales, y poco á poco volvió á hacer

poco más ó menos su vida de soltero, empleando, sin embargo, en lo posible la discreción de un hombre bien nacido, que no quiere en lo más mínimo alterar el reposo y la dignidad de su mujer.

Alieta se vió, pues, cada día más abandonada en aquel encantador hogar, preparado con tan exquisitos cuidados, con tanto amor y tan legítima esperanza de atraer y fijar á su marido.... ¡Qué horas tan tristes pasó esperándole, horas tristes y eternas! ¡Cuántos besos mezclados con lágrimas dados á su querida niña, inútilmente engalanada, como su madre, para recibir á un olvidadizo y á un ingrato! ¡Qué amarguísimo llanto vertido sobre la niña angelical dormida!

Bernardo le sorprendía muchas veces con los ojos enrojecidos y húmedos, y esto le irritaba más y más. ¡Qué pretendía su mujer? Creía, ó afectaba creer, que tenía la pretensión de sustraerle á la vida

de París y á sus placeres, para obligarle á vivir á su lado una especie de existencia claustral. Alieta era bastante sensata para haber dado alguna vez en semejantes imaginaciones. Pero no amaba para su marido ni para ella la violenta disipación mundana: la juzgaba inconciliable con cierta seriedad de ideas. Habría, pues, deseado ardientemente que Vaudricourt renunciase á esa vida para crear con él uno de esos hogares excepcionales, que son raros sin duda en París, pero que los hay; que forman un reducido número y presentan realmente el modelo de una vida digna, inteligente y venturosa. En medio de todo, apreciaba vivamente los goces puros y delicados que una gran capital intelectual como París ofrece incesantemente al espíritu, bajo formas que varían hasta lo infinito. Pero hubiera querido disfrutarlos en una intimidad exquisita, seria, apacible, lejos del torbellino desordenado, de la em-

briaguez mundana y de la fiebre callejera, que eran para ella como la espuma de París.

Cuando dejaba entrever á su marido el género de existencia que soñaba, el Vizconde se contentaba con encogerse de hombros, y murmuraba:

—¡Quimérica!.... ¡Hotel de Rambouillet!....

Sin embargo, continuaba en *creciendo* la mala inteligencia entre los esposos, y estas dos honradas personas empezaban á sufrir profundamente.

Ocurría, que en este penoso estado del joven matrimonio, una misma persona recibía á la vez las dolorosas confidencias de la señora de Vaudricourt y de éste. Era la duquesa de Castel-Moret, antigua amiga de los Vaudricourt, y la única con quien Alieta había intimado desde su llegada á París. La Duquesa no se ufanaba de tener, en materia de moral, y sobre todo de religión, la ortodo-

xia severa y apasionada de su joven amiga. Había sido la suya, en verdad, una vida irreprochable; pero menos por efecto de sus principios que por instinto y por gusto; ella misma decía que era honrada de nacimiento, pero sin ningún otro mérito. Era una anciana muy cuidada y de muy buen aspecto, que olía bien bajo sus cabellos blancos. Simpatizaba con todos por su gracia natural, por su talento y por su erudición mundana, que ponía de muy buena voluntad á disposición del público. Aquí y allí, de cuando en cuando, hacía algún matrimonio; pero su especialidad era venir en auxilio de los mal avenidos, y procurar la conciliación, lo que no era, en verdad, una cosa fácil. Pasaba, pues, así la mejor parte de su tiempo, recomponiendo lo que se había descompuesto.

—La compostura (decía jovialmente), dura luego lo que dura; pero, en fin, también hay algunas composturas que

valen más que las cosas nuevas y son más duraderas.

La buena Duquesa, poco á poco instruida, por las semi-confidencias de Bernardo y de Alieta, del malestar de su situación conyugal, no se sorprendió el día que el señor de Vaudricourt apeló á su competencia general sobre la materia, pidiéndole un consejo sobre su caso particular.

—Querida Duquesa (le dijo): V. sabe lo que ha pasado y ve V. lo que pasa. He hecho absolutamente todo lo que me era posible hacer para apartar á mi mujer de esa especie de existencia monacal en que se complace. Ella ha persistido. Pues bien; yo respeto su manía; pero yo no puedo encerrarme con ella en una celda para pasar mi vida rezando á su Dios, en que no creo...., y sonando á mi hija.

—Querido Vaudricourt (dijo la Duquesa), V. está irritado.

—Perfectamente. Estoy irritado, en-

colerizado, porque nada tengo de que acusarme. Si yo salgo solo y voy solo á todas partes; si he vuelto á mis costumbres de antaño, ¿es culpa mía? Y ahora llora en su rincón día y noche....; y como tengo la inocencia de tener buen corazón, esto amarga mi vida, sin contar los comentarios á que dan lugar las singularidades de mi mujer; los unos dicen que yo soy celoso; los otros que ella está loca. ¿Es esto agradable, querida Duquesa?

—V. es realmente (contestó la Duquesa) un ser extraordinario. Tiene V., por fortuna, en estos tiempos, en pleno París, una mujer que no es una loca.... ¡Y se queja V.!.... Yo quisiera ver á V. nada más que quince días unido á una amable persona que ha hecho mi delicia en Dieppe el verano último, — una verdadera parisiense, lo más selecto de la clase.... Alojábase en el mismo hotel que yo, y no me cansaba de admirarla. Des-

de el amanecer la oía taconear por los corredores... y la veía partir con su corte, es decir, con cuatro ó cinco elegantes como V....., y con su marido, por supuesto.... Salía con la falda recogida, para ir á la playa, ó á la pesca, al bajar la marea, ó al baño. Volvía á la hora de almorzar, seguida por supuesto de aquellos caballeros, y la veía comer, para reparar sus fuerzas, una especie de ensalada de pepinillos, carne asada con mucha mostaza y un plato de fresas. Después del almuerzo, iba á matar algunos pichones en el *shooting*; después al Casino, donde se tomaba dos sorbetes y perdía á la ruleta doscientos ó trescientos francos; de allí á casa del fotógrafo.... Después, se la veía en un *breack* con cascabeles, siempre acompañada de los mismos señores.... Deteníase en Pollet para tomar unos langostinos, y luego á comer en seguida en el *cabaret* de Arques.... Después, vuelta al Casino, donde volvía á recobrar sus

doscientos ó trescientos francos al *baccarat*. Después cenaba, tomaba un bock, se ponía una flor en el cabello, daba unas vueltas de vals, y entraba triunfalmente en el hotel á las tres de la madrugada, siempre con los mismos caballeros, pálidos, fatigados, pero sin su marido, que sin duda se habría muerto.... Pues bien, mi querido Vizeconde: todo el mundo dice que esa es una mujer honrada.... ¿Querría V. que esa mujer fuera la de V.?

—Una mujer así, me haría cambiar completamente de opinión, — observó Bernardo riendo.

—Pues esas son las mujeres de ahora (prosiguió la Duquesa); porque V. sabe que la que he citado no es una excepción, desgraciadamente: ¿y viene V. á lamentarse cuando posee una perla de mujercita, que es prudente, espiritual, instruída, seria, y que no tiene otro defecto que ser una santa! Convengo en que en esto de la santidad habrá un poco de exceso....

Pero ama á V. tanto , que fácilmente modificaría V. su carácter si quisiera V. tomarse ese trabajo.... ¿ No?... Pues bien, yo me encargo.

El señor de Vaudricourt besó la mano de la Duquesa, y se retiró. El día siguiente, la señora de Castel-Moret , prosiguiendo con celo su papel, se presentó en casa de los esposos. Encontró á Alieta profundamente desalentada, abatida, dudando de sí misma, es decir, en las mejores disposiciones del mundo para oír los consejos y hasta las reprensiones. La Duquesa le manifestó dulcemente que la obra de la transformación moral de su marido era, sin duda, una obra muy meritoria, pero muy delicada, que había tenido la mala suerte de emprender de una manera poco acertada. No había empleado bastante paciencia y bastante flexibilidad; no había sabido retener á su marido de una manera hábil y discreta, y éste se le había escapado. Un elegante parisiense, tan

avezado al mundo, tan profundamente escéptico, tan apasionado del *boulevard*, no podía convertirse de pronto á los tranquilos y apacibles placeres del hogar, y menos á los principios de la religión, por un golpecito de varita mágica. Era preciso persuadirse de que había que hacer un verdadero milagro. Alieta era, seguramente, más capaz que nadie de hacer este milagro. Mas para obtener el éxito, la primera condición era evidentemente vivir el más tiempo posible cerca de su marido, unida á él, á fin de hacerle sentir á la vez el encanto y el freno.... Era preciso, en una palabra, inspirarle poco á poco otros gustos, empezar por conformarse con los suyos con alguna complacencia, manera efficacísima de no disgustarle.

La señora de Vaudricourt, abrumada por sus desengaños, enervada por sus luchas secretas, casi loca ante la idea de perder el corazón de su marido, se lanzó

con una especie de desesperación en la nueva vida que le había trazado la anciana Duquesa. El primer paso que dió le costó mucho. Recordaba que después de su alumbramiento, cuando se trató de fijar el método de vida cotidiano, su marido se había mostrado vivamente contrariado de que se negase á acompañarle por la mañana al Bosque de Boloña en sus paseos á caballo. Pero ella creyó que debía renunciar á un placer que amaba con pasión, porque no podía conciliarse fácilmente con una costumbre de su infancia que en manera alguna quería abandonar. Deseaba oír misa todas las mañanas en San Agustín, como acostumbraba oírla en otro tiempo en la iglesia de Varaville. Esta costumbre no era para ella solamente la satisfacción de un deber religioso, sino también un recuerdo particularmente grato á su memoria y á su corazón. En aquella hora, arrodillada en su reclinatorio, apoyada la cabeza en sus manos,

sentía, en medio de sus fervorosas oraciones, todas las impresiones de los años lejanos, de los años de dulce reposo; era aquel el momento en que volvía á ver los senderos que conducían desde el castillo á la iglesia; creía aspirar el olor de los espinos del seto y oír rechinar el alto ciprés del cementerio. Sin embargo, había hecho mal, y lo reconocía. El día siguiente al de la visita de la Duquesa, convencida por las advertencias y amonestaciones de ésta, dijo con la mayor sencillez á su marido que tenía deseos de volver á montar á caballo, y sobre todo de salir con él á caballo por la mañana.

Bernardo, sorprendido, la miró fijamente, y tomándole la mano, le dijo:

— Me agrada mucho lo que me dices, Alieta, porque estoy orgulloso de ti, y quiero que todos te vean conmigo.

Estas palabras, tan extrañas en un marido, sobre todo en un marido reservado é irónico como lo era el señor de Vau-

dricourt, no podían menos de conmover deliciosamente el corazón de la joven esposa, y disponerla á maravilla para otros sacrificios.

Salió, pues, de su retiro, aceptó invitaciones, se la vió más frecuentemente en los teatros en invierno y en las carreras en estío, y no opuso, en fin, resistencia á la vida corriente del mundo. El Vizconde, para animarla, hizo también por su parte esfuerzos generosos; modificó un poco sus costumbres, renunció á algunas distracciones personales, y frecuentó menos su círculo, para acompañar á su mujer á todas partes. Uniéronse otra vez las dos existencias; hubo, pues, en aquellos momentos en su unión una especie de nueva primavera, en sus relaciones una especie de gratitud mutua y de tierna y dulce alegría, que proporcionaren, sin duda, á la señora de Vaudricourt algunos de los días más dichosos de su vida.

II.

Sin embargo, la vida mundana en París es un terrible engranaje, del que es muy difícil librarse cuando una vez se ha dejado uno coger; la señora de Vaudricourt no tardó en sufrir la fatalidad de esa red en que las invitaciones resultan una de otra, en que las relaciones se multiplican como los placeres, y en que las ocasiones pululan extraordinariamente. No tardó en sentir, primero con enojo y luego con espanto, que no podía disponer de su libertad, de su tiempo, de su misma personalidad; que pertenecía al mundo, y no se pertenecía á sí misma.

dricourt, no podían menos de conmover deliciosamente el corazón de la joven esposa, y disponerla á maravilla para otros sacrificios.

Salió, pues, de su retiro, aceptó invitaciones, se la vió más frecuentemente en los teatros en invierno y en las carreras en estío, y no opuso, en fin, resistencia á la vida corriente del mundo. El Vizconde, para animarla, hizo también por su parte esfuerzos generosos; modificó un poco sus costumbres, renunció á algunas distracciones personales, y frecuentó menos su círculo, para acompañar á su mujer á todas partes. Uniéronse otra vez las dos existencias; hubo, pues, en aquellos momentos en su unión una especie de nueva primavera, en sus relaciones una especie de gratitud mutua y de tierna y dulce alegría, que proporcionaren, sin duda, á la señora de Vaudricourt algunos de los días más dichosos de su vida.

II.

Sin embargo, la vida mundana en París es un terrible engranaje, del que es muy difícil librarse cuando una vez se ha dejado uno coger; la señora de Vaudricourt no tardó en sufrir la fatalidad de esa red en que las invitaciones resultan una de otra, en que las relaciones se multiplican como los placeres, y en que las ocasiones pululan extraordinariamente. No tardó en sentir, primero con enojo y luego con espanto, que no podía disponer de su libertad, de su tiempo, de su misma personalidad; que pertenecía al mundo, y no se pertenecía á sí misma.

Pero no fué esta, en medio de su nueva existencia, su sola aprensión y su única tristeza. Había penetrado de lleno en esa sociedad bulliciosa que ella misma se complace en llamarse *todo París*, y que se cree la más distinguida y escogida, porque no ve otra, no oye otra y no se habla de otra, y se habla demasiado de ella en puridad.

Lo que principalmente había de chocar á la joven Vizcondesa, que era por su cuna, por su corazón y por su educación una legítima francesa, era el carácter cosmopolita que parece invadir cada día más la sociedad parisiense. Es evidente, en efecto, la activa representación que en ella tiene el elemento extranjero. No puede negarse que hay gran número de extranjeros, y lo mismo de extranjeras, que son tan perfectamente amables como respetables, aun en Francia. Pero así como se ven ingleses que se presentan en nuestros teatros con trajes que les harían

ser expulsados de los de su país, lo mismo se ve que muchos extranjeros tratan á París como un lugar equívoco, donde se pueden permitir libertades que no se permiten en otra parte, y donde se pueden divertir sin los menores miramientos. Esta franqueza singular, esta excentricidad, esta mala forma, este desprecio de la opinión, son defectos que no tienen su origen en Francia, que no son franceses, pero que tienden á serlo por efecto de la constante importación.

Esta tendencia, tan caracterizada en nuestra época, y que altera cada vez más nuestras cualidades nacionales (Inglaterra, entre paréntesis, sabe guardarse mejor), esta tendencia no era el único lado del mundo de París que ofendía los instintos, las ideas y los sentimientos de Alieta. Á medida que avanzaba en ese mundo y le conocía de más cerca, sentíase fatigada hasta el fastidio, de la charla superficial, tan fácilmente ali-

mentada en la gran capital por las actualidades de cada día, y que parece rebajar todos los entendimientos al mismo nivel de banal mediocridad. Oía diez veces por día, en diez salones diferentes, la misma jerigonza, las mismas habladurías vacías de sentido, los mismos insoportables cuentos y chismes del *boulevard*, los mismos ligeros é imprudentes juicios, las mismas frases estúpidas, las mismas gracias tomadas de la farsa que se representaba en algún teatrillo, y algunas veces del lenguaje chabacano y grosero de los cafés-conciertos. Jamás algo nuevo, espontáneo, ingenioso, delicado y personal en esta fatigosa verbosidad.

Veía con un profundo estupor esta multitud mundana, únicamente ocupada en el movimiento y en el placer, como si estuviera acometida de una especie de baile de San Vito, que la arrastraba desde la cuna al sepulcro en torbellino epilép-

tico. Todo esto la recordaba aquella danza maldita de la Edad Media, aquellas gentes condenadas á danzar hasta la muerte en el cementerio de la iglesia que habían profanado. Y preguntábase con espanto qué podía quedar, en medio de semejante locura, para la vida de familia, para el hogar, para el estudio, para el cultivo de la inteligencia y la reconcentración del pensamiento en las regiones superiores; en fin, para el intervalo entre la vida y la muerte. Aterrábale pensar que ella misma podría sentirse arrastrada en este vertiginoso movimiento, como arrebatada por una ola irresistible, y no poder recobrar su libertad.

Más profundas repugnancias sentía ciertamente cuando, por casualidad, asistía á ciertas conversaciones que el rebajamiento del gusto y del sentido moral, favorecido por extrañas lecturas, ha puesto en moda en los salones; cuando oía, por ejemplo, á mujeres bien nacidas

hablar, como de cosa corriente entre ellas, ó acaso con los hombres, de curiosidades filosóficas, de depravaciones latentes, de desórdenes monstruosos

Y de vicios quizá ignorados en los infiernos.

Sus tristezas y sus repugnancias se exaltaban cuando oía decir que en Francia y fuera de Francia se juzgaba del tono y de las costumbres de la sociedad francesa por las manifestaciones de ese gran mundo parisiense artificial, bullicioso, confuso, cuyas fiestas y cuyos escándalos, y aventuras, y bizarros trajes hacen todos los días la delicia de los *reporters* y el regocijo burlón del público. En los días del siglo en que nos hallamos, y en el estado de los caracteres en Francia, en el momento en que una especie de perversión moral, por de pronto, desarrolla en las masas populares apetitos y codicias sin freno, la se-

ñora de Vaudricourt, sin ocuparse para nada en política; estaba aterrada de ver en la parte más visible de las clases superiores tan notable y descarada indiferencia y una preocupación tan exclusiva de divertirse. Le parecía hallarse sobre la cubierta de un buque perdido, donde los oficiales, en lugar de cumplir su deber, se emborrachan con la tripulación.

Y lo peor era que poco á poco sentía más perturbada su pobre alma inocente. Esta vida frívola, vana, soberbia y sensual, no es sana para nadie, y para una criatura tan noble y tan pura como Alieta era muy despreciable. En este mundo, tan diferente de su manera de ser, tan extraño y tan refractario á los pensamientos elevados de un orden ideal, Alieta llegaba casi á considerarse una persona excéntrica, á quien una educación excepcional había dejado fuera de la realidad. Su fe, evidentemente, no había sufrido menoscabo; pero á las veces le

parecía muy extraordinario ser, en medio de la multitud, la única de su especie. Era indudable, por ejemplo, que la religión, que para ella fué siempre y era tan esencial y tan principal, para la mayor parte de las personas del mundo en que vivía era sólo una especie de tradición de buen gusto y una costumbre de conveniencia, que, al salir de misa los domingos, se dejaba sobre los escalones del pórtico de la iglesia hasta el domingo siguiente, y en el intervalo nadie volvía á pensar en semejante cosa. En medio de una sociedad de locos, la razón más sólida se siente perturbada; y así, preguntábase Alieta con espanto si el escepticismo y la indiferencia de las gentes que la rodeaban no llegaría á contagiarla un día.

En tanto, su hija crecía, y la señora de Vaudricourt empezaba á temer por su hija al mismo tiempo que por sí misma. ¿Cómo podría educarla conforme se lo

dictaba su leal corazón, en un medio en que se respiraba una atmósfera, no sólo de incredulidad, sino de impudor? ¿En una ciudad donde se veían expuestos al público, hasta delante de las puertas de los colegios, y aun de las pensiones de niñas, libros con grabados que en otro tiempo se ocultaban en ciertas ínfimas librerías de Bruselas y de Ginebra? ¿Cómo preservar á la niña angelical de tan nocivos contactos, de tales funestas enseñanzas, de las frases equívocas de los salones y las antecámaras, de la perversidad de los unos y de la indiferencia moral de todos? Á fin de evitar, á lo menos, uno de estos peligros, Alieta había confiado su hija á los cuidados exclusivos de una antigua criada, Victoria Ginest, que la había criado á ella misma, y á la que había traído consigo de Varaville. Esta anciana Victoria, que era de la raza ya extinguida de los criados honrados, adictos á sus amos y regañones, llevaba todas

las tardes á Juana á pasear por el parque Monceau ó por los Campos Eliseos. Una tarde volvió de su paseo más exasperada que de ordinario contra las cosas de este mundo, y á fe que á la pobre no le faltaba razón. Contó á su señora que una de las niñitas que jugaban con Juana había dicho delante de ésta, dirigiéndose á una amiguita un poco más grande, y señalando á una señora que pasaba en coche:

—Mira, mira; esa es una *cocotte*.

—¿Cómo lo sabes?—le preguntó la amiguita.

—¡Toma! Lo sé (contestó la arriscada niña), porque es la querida de mi papá. Incidentes de este género, que, como es sabido, se repiten frecuentemente en París, no eran los más oportunos para calmar las inquietudes maternas de la señora de Vaudricourt.

¡Si aun, en medio de tan amargos cuidados, hubiera tenido el consuelo de

influir algo sobre el carácter de su marido, de ver en él la más leve variación, la más ligera evolución en el sentido que deseaba!.... Pero todo menos eso; sus sacrificios eran estériles; le veía siempre igualmente firme, resuelto siempre en sus negaciones desconsoladoras y su tranquila filosofía escéptica. No se le ocultaba, ciertamente, el rebajamiento social que tanto impresionaba á Alieta; no aprobaba los desórdenes en manera alguna, y no desconocía tampoco los peligros. Pero si veía el mal, no llegaba á distinguir el remedio; se vivía en un periodo de decadencia ó de transformación, y, en uno y en otro caso, era inútil luchar contra la fatalidad de las cosas. Esta no era, como es sabido, la opinión de Alieta, y aprovechando la más íntima familiaridad establecida entre su marido y ella, no temía ya sostener algunas controversias con el Vizconde sobre tan delicadas materias. Pero á él no le agra-

daban, y hasta se mostraba algunas veces agrio é irritado, como un hombre que teme el proselitismo en su casa y que está resuelto á no tolerarlo.

Un día, habiendo recaído la conversación sobre el estado moral de las clases populares, con las que las costumbres caritativas de Alieta la ponían frecuentemente en contacto, la joven y digna esposa se permitió decir que, desgraciadamente, esas clases recibían de arriba las lecciones y los ejemplos de materialismo.

—Tienes muchísima razón (contestó Bernardo); y no sé verdaderamente adónde vamos á parar por este camino, ni qué terribles sucesos nos esperan; pero como no se puede remediar, lo mejor es no pensar en ello.

—Como Luis XV, ¿no es verdad? (repuso Alieta.) Pero, dime, amigo mío: ¿estás bien seguro de que no se puede remediar? ¿No crees que la abolición de

toda creencia religiosa, de toda esperanza más allá de la vida, de toda fe en Dios, entran por mucho en esta ansia furiosa, insaciable y exclusiva de goces inmediatos, que á ti mismo te alarma?...

—Estoy persuadido de eso mismo. Pero, ¿y qué? ¿Qué deducciones pretendes sacar de ello? ¿Tengo yo la culpa de que la tierra dé vueltas? ¿Soy yo responsable de que la incredulidad reine de arriba abajo y todo lo invada? ¿Pretendes convencerme de que yo debo dar ejemplo al pueblo? ¿Y el ejemplo de qué, puesto que yo tampoco creo en nada?... ¿Acaso el ejemplo de la hipocresía y el sacrilegio?

Alieta palideció, y no respondió nada.

—Querida mía (continuó el Vizconde con dureza); te empeñas en un imposible. Tú eres una cristiana de hecho en una sociedad que no lo es más que de nombre.... Tú no puedes, por más esfuerzos que hagas, reformar nuestro siglo.... No puedes hacer del París del siglo XIX

un *Port-Royal-des-Champs*, donde tú serías la madre Angélica.... Renuncia, pues, por caridad....; y, sobre todo, te lo suplico, renuncia á convertirme á tus creencias. Esta manía de mi conversión no te deja vivir, y, francamente, me intriga y molesta un poco...., porque la siento en todas tus palabras como en todas tus acciones.... Creía haberme explicado antes de nuestro enlace bastante categóricamente sobre este punto, y tu tío el Obispo lo sabe mejor que nadie.... He hecho en conciencia todo lo que podía hacer un hombre para que tú no conservaras ninguna esperanza quimérica, para evitarte esta decepción que hallas en el fondo de todos tus dolores, y que es realmente, si quieres ser franca conmigo, tu único dolor. Renuncia, pues, de una vez á ese sueño....; no pienses más en ello...., y verás qué consuelo tan grande encuentran nuestras dos miserables existencias.

Alieta, muda, le miraba con ojos húmedos y suplicantes, con la mayor angustia.

El Vizconde sintió los impulsos de su natural bondad, y sentóse cerca de ella.

—Vamos, querida mía (le dijo con dulzura); he hecho mal.... En materia de conversión, no hay que desesperar jamás de nada ni de nadie. Acuérdate de M. Rancé. ¿No era de tu tiempo preferido ese M. Rancé?... Pues bien: antes de ser el reformador de la Trapa, había sido, como yo, un gran mundano y un gran escéptico....; lo que entonces se llamaba un libertino.... Sin embargo, se hizo un santo.... Es verdad que tuvo para esto terribles razones. ¿Sabes tú en qué ocasión se convirtió?...

Alieta contestó, con un movimiento de cabeza, que no lo sabía.

—Volvió á París después de una ausencia de algunos días....; corrió á casa de una dama á quien amaba, Mad. de

Montbazon, si no estoy equivocado; subió una escalerilla excusada, cuya llave tenía en su poder, y lo primero que vió sobre una mesa, en medio de la habitación, fué la cabeza de su amada, cuya autopsia empezaban á hacer los médicos.

—Si estuviera segura (dijo Alieta) de que mi cabeza tendría la misma virtud, desearía la muerte.

Pronunció esta frase en voz baja, pero con un acento de tan ardiente sinceridad, que su marido, impresionado, sintió una especie de doloroso malestar. Sonrió, sin embargo, y acariciándola, contestó:

—¡Qué locura! Una cabeza tan hermosa como la tuya, no necesita estar muerta para hacer milagros.

III.

En estos mismos términos vivían seis años después de su matrimonio. Alieta continuaba maquinalmente ostentando, en un mundo que detestaba y que no la amaba, su tristeza altiva y su salud fatigada; Bernardo siempre poseído de una secreta cólera y una secreta piedad, y ambos igualmente desgraciados.

Todos los años, en la primavera, mientras llega la fecha fatídica del *gran premio*, el mundo parisiense se complace en adelantar un poco la vida libre del cam-

Montbazon, si no estoy equivocado; subió una escalerilla excusada, cuya llave tenía en su poder, y lo primero que vió sobre una mesa, en medio de la habitación, fué la cabeza de su amada, cuya autopsia empezaban á hacer los médicos.

—Si estuviera segura (dijo Alieta) de que mi cabeza tendría la misma virtud, desearía la muerte.

Pronunció esta frase en voz baja, pero con un acento de tan ardiente sinceridad, que su marido, impresionado, sintió una especie de doloroso malestar. Sonrió, sin embargo, y acariciándola, contestó:

—¡Qué locura! Una cabeza tan hermosa como la tuya, no necesita estar muerta para hacer milagros.

III.

En estos mismos términos vivían seis años después de su matrimonio. Alieta continuaba maquinalmente ostentando, en un mundo que detestaba y que no la amaba, su tristeza altiva y su salud fatigada; Bernardo siempre poseído de una secreta cólera y una secreta piedad, y ambos igualmente desgraciados.

Todos los años, en la primavera, mientras llega la fecha fatídica del *gran premio*, el mundo parisiense se complace en adelantar un poco la vida libre del cam-

po, haciendo algunas excursiones al otro lado de las fortificaciones. Así, en Mayo de 1880, el grupo *selected*, de que formaban parte los vizcondes de Vaudricourt, tuvo un día el capricho de organizar una especie de gira ó *piquenique* á Saint-Germain en Laye. Una tarde, á las seis, dos ó tres enormes *mail-coaches*, con seis caballos cada uno, enjaezados á la calesera, entraban en el patio del pabellón Enrique IV, y de ellos se apeaba una brillante sociedad de treinta á treinta y cinco personas. Se comió alegremente, y después se dió una vuelta por el bosque, mientras se desocupaba el comedor para convertirlo en salón. Volvió la gente al hotel, y se empezó á bailar, con esa alegría familiar que el campo autoriza. En tanto, algunos viejos prácticos de la banda habían descubierto en el hotel la presencia de dos ó tres actrices conocidas de ellos, celebridades de los teatros cantantes del *boulevard*; una de ellas era

cantante de café-concierto, pero que ya gozaba de cierta reputación. Estimulada por estos expertos prácticos, la sociedad, llevada de la efervescencia del momento, y también de la singular curiosidad de las mujeres del mundo elegante por conocer á las mujeres de teatro, decretó por aclamación, menos uno ó dos votos, que aquellas artistas debían ser invitadas á la fiesta. Fueron á buscarlas los delegados nombrados al efecto, y no tardaron en hacer su entrada triunfal en compañía de las tres actrices, que fueron saludadas con una doble salva de aplausos. Los delegados hicieron saber al oído que las tres habían rehusado toda retribución, y esto pareció al principio un poco embarazoso y comprometido; pero ¿qué se había de hacer? La sociedad las rodeó, las cumplimentó, les hizo mil preguntas, y ellas, encantadas de la calidad y de la galantería de todos aquellos señores, no se hicieron de rogar para cantar al piano, acom-

pañándose ellas mismas, algunos *couplets* escogidos con bastante discreción. Era difícil agradecer su amabilidad despidiéndolas después. Los hombres, por lo demás, y aun las mujeres, no se violentaban absolutamente haciendo con las tres artistas más amplio conocimiento, y se las invitó á figurar en el cotillón que se había interrumpido á su llegada, y que continuó en su honor. Dieron al baile grande animación, que se tradujo en cierta desenvoltura coreográfica, amenizada con nuevos *couplets*. Después del baile, vino la cena, á la que naturalmente fueron invitadas galantemente. Excitadas por el movimiento, por el *champagne*, y provocadas, además, por algunos de los convidados, cantaron, esta vez ya sin rubor, la flor y nata de su repertorio público y secreto.... La cena se prolongaba así indefinidamente, en medio de las canciones picarescas, de las exclamaciones joviales y estrepitosas risas de los hom-

bres, de los gritos de las mujeres escandalizadas, y del regocijo de la vecindad....

La señora de Vaudricourt, aprovechando el ruido y el desorden, había abandonado su sitio, murmurando algunas palabras sobre el excesivo calor, y se había aproximado á una ventana abierta. El día alboreaba; el inmenso valle del Sena extendía ante los ojos de Alieta sus profundidades, en que flotaban blancuecinas brumas.... Parecióle de pronto que le faltaba tierra en que pisar, que se hundía en aquellos grandes espacios vacíos, y que se sentía desaparecer entre las brumas. Exhaló un tenue grito, extendió los dos brazos como si fuera á lanzarse en el espacio, y cayó inerte sobre el pavimento.

El golpe de su caída hizo callar las canciones y las risas. El señor de Vaudricourt acudió presuroso. Ayudáronle á levantar del suelo á su mujer inanimada y á llevarla á una de las habitaciones del

hotel. Mientras que iban á toda prisa á buscar un médico, se empleaban en vano las sales, el éter y todos los demás remedios usuales para hacer volver á Alieta del síncope. El médico la encontró rígida é inerte, las mejillas hundidas y sin color. Se le dejó solo en la habitación con el señor de Vaudricourt. Mientras que detenidamente interrogaba el pulso de la enferma, dirigiendo al mismo tiempo al marido algunas breves preguntas, los párpados de Alieta se entreabrían penosamente, y parecía que volvía en sí; pero no fué más que un minuto, porque otra vez su mirada se extravió, su rostro, tan pálido, se coloreó súbitamente, y su frente se puso de color de púrpura.

—Esto cambia,—dijo el médico, grave y reflexivo.

Ordenó una aplicación continua de hielo sobre la cabeza, le hizo poner en las piernas un violento revulsivo, y es-

peró durante dos ó tres horas el efecto de estos remedios. Alieta, aunque ya había salido del síncope, perdió de nuevo el conocimiento; se agitaba febrilmente, murmuraba palabras confusas, y llevaba frecuentemente, con penosa impaciencia, la mano á la frente. Á mitad del día, viéndola más tranquila, el médico se retiró, prometiendo volver por la tarde.

—Caballero (dijo á Vaudricourt): ignoro si hay en esta señora alguna causa de orden moral....; pero me atreveré á dar á V. un consejo: procure V. que su esposa lllore.

El Vizconde pasó todo el día á la cabecera del lecho de su mujer, casi siempre en pie, renovando él mismo el hielo. En vano le prodigaba las más dulces y cariñosas frases; ella no le entendía. Solamente al anochecer la mirada de Alieta se fijó en la de su marido con inteligencia, y al mismo tiempo el pecho de la

pobre víctima pareció desgarrarse, y comenzó á llorar convulsivamente.

El médico la encontró, cuando volvió, en esta crisis. No hizo más que hablar dos palabras con el Vizconde, y se retiró. Como había previsto, la crisis fué calmándose poco á poco, y terminó por el sopor de la enferma. Vaudricourt, consolado al fin en su angustia suprema, y más tranquilo, rendido de fatiga, se durmió también sentado, y reclinando la cabeza sobre el lecho de su mujer.

Despertóle la voz de Alieta, que le llamaba dulcemente:

—¡Bernardo!

—¡Mi querida Alieta!—contestó, levantándose é inclinándose sobre el lecho.

Le enlazó con sus dos bracitos, y atrayéndole, con la violencia de que ella era capaz, sobre su seno, agitado por los sollozos, exclamó:

—¡Bernardo mío, ten piedad de mí!
¡Te lo suplico!

—¡Qué!.... ¿Qué es lo que quieres, niña mía?

—No puedo más; no puedo más, te lo aseguro.... No te salvo...., y me pierdo.... Y luego, mi hija, mi pobre hijita....

Sofocada por las lágrimas, cesó de hablar durante algunos minutos, y luego continuó con vaguedad:

—Yo quiero partir, quiero llevármela.

—¿Quieres abandonarme, Alieta?—le preguntó el Vizconde.

Y ella, enlazándole de nuevo con sus brazos, exclamó:

—¡Jamás! No podría. Déjame sólo que envíe mi hija á casa de mi madre, que me la guardará.... Allí, de seguro, no se perderá.

—Alieta, eso no puede ser; yo no quiero separarte de tu hija. Aunque, á mi juicio, exageras los peligros de la vida de París, tanto para ti como para tu hija, si quieres salir de París con ella, consiento....

Alieta murmuró, moviendo con pena la cabecita rubia, algunas palabras, que se perdieron, confundiéndose con los sollozos.

—Yo iré con vosotras, —dijo Vaudricourt conmovido.

—¿Tú? (exclamó la esposa, interrogándole ansiosamente con la mirada.) ¡Oh! ¿Cómo puedo pedirte ese sacrificio?

—Estoy pronto. Es un sacrificio que te debo. Han pasado esta noche, en tu presencia, cosas que justamente te han ofendido, escenas á que yo no debiera haberte expuesto. Yo no podía prever semejantes locuras, y te pido perdón humildemente.... Hubiera debido sacarte de ese salón; pero hubiera sido como dar una lección á los demás, y era muy delicada esta situación.... En fin, he hecho mal, y te debo una reparación.... Además, cuando nos casamos, me prometí y prometí á tus parientes y á ti misma, hacer todo, excepto lo imposible, para

que fueras dichosa. Cumpliré mi promesa.... Quizá París te hubiera parecido más habitable para ti si yo hubiese elegido mejor tus relaciones.... Ya es muy tarde; con razón ó sin ella, París te es odioso, y saldremos de París. He pensado mucho durante este triste día, y he tomado mi resolución.... Temo, mi querida Alieta, que las dificultades que crea entre nosotros la diferencia de nuestras ideas nos sigan á todas partes; pero confieso que París podría aumentarlas.... Lo único que te pido es que no fijemos nuestra residencia en Varaville.... Aparte de otros inconvenientes, estaríamos muy lejos, y tú misma querrías acaso de cuando en cuando venir á respirar el aire de este desgraciado París, cuando no estuvieras obligada á.... En fin, mañana hablaremos de todo esto con más reposo y más espacio.... Tienes mi promesa. Duerme tranquila.

Alieta le miraba profundamente, fijos

sus ojos en los de su marido, con una expresión de delicioso estupor; luego cogió una de sus manos y se la besó.

—Te amo mucho, esposo, —le dijo.

—Duerme, duerme, —repitió dulcemente Bernardo, abrazándola.

Y se durmió la digna esposa, como un niño inocente.

IV.

El sacrificio tan penoso como meritorio que se había impuesto el señor de Vaudricourt, comprometiéndose á trasladar su residencia fuera de París, había sido apenas un acto de su libre voluntad. Habíasele dictado su corazón, no solamente ante los sufrimientos de su mujer, sino ante la impresión profunda que en su conciencia habían hecho las faltas por él cometidas. Estas faltas revistieron de pronto á sus propios ojos un carácter casi vergonzoso, que había movido todos sus

sus ojos en los de su marido, con una expresión de delicioso estupor; luego cogió una de sus manos y se la besó.

—Te amo mucho, esposo, —le dijo.

—Duerme, duerme, —repitió dulcemente Bernardo, abrazándola.

Y se durmió la digna esposa, como un niño inocente.

IV.

El sacrificio tan penoso como meritorio que se había impuesto el señor de Vaudricourt, comprometiéndose á trasladar su residencia fuera de París, había sido apenas un acto de su libre voluntad. Habíasele dictado su corazón, no solamente ante los sufrimientos de su mujer, sino ante la impresión profunda que en su conciencia habían hecho las faltas por él cometidas. Estas faltas revistieron de pronto á sus propios ojos un carácter casi vergonzoso, que había movido todos sus

sentimientos de generosidad y delicadeza. Cuando Alieta, en su delirio, pronunció estas palabras de desesperación: — «no te salvo y me pierdo», — había comprendido que su digna esposa era demasiado indulgente con él, porque podía haberle dicho con razón: — «Tú me pierdes».

Recordaba confusamente el baile y la cena en el pabellón Enrique IV, aquellas escenas de verdadera orgía que las circunstancias habían producido, y las que, después de todo, había obligado á su mujer á presenciar. Para un hombre como Bernardo de Vaudricourt, moralista muy tolerante, pero firme hasta el escrúpulo en ciertos principios de honor, si había en el mundo alguna cosa absoluta y particularmente infamante, era el hecho de un marido que deprava y envilece á su mujer, y lo que exasperaba su orgullo era la idea de que le pudiera atribuir tan baja infamia una criatura tan honrada y tan noble como Alieta. Así, pues, por un

impulso de piedad generosa y por un movimiento de su pundonor, decidióse, casi sin reflexión, á secar las lágrimas y á recobrar la estimación de su mujer, sacrificándole todos sus gustos personales y las costumbres de toda su vida.

Por supuesto, que había de arrepentirse de tan grave y súbita resolución; pero aun así, era honrosa para quien había sido capaz de adoptarla y mantenerla bajo la inspiración de elevados y dignos sentimientos. Probaba una vez más, por muchos conceptos, que Alieta y su marido eran dignos uno de otro, aunque desgraciados él y ella, ella por él y él por ella. Haremos observar con este motivo que si la historia de los esposos Vaudricourt hubiera sido solamente la historia banal de un matrimonio mal avenido, entre una mujer inteligente y piadosa y un hombre vulgar, no hubiese excitado nuestra atención, y no la hubiéramos creído digna de merecer la del público....

Pero la unión de dos seres de grandes condiciones de carácter perfectamente acordes, y á quienes unen todas las cualidades y sólo separa la cuestión de fe, nos ha parecido que ofrece en el desarrollo de sus consecuencias un estudio de algún interés, si no de alguna utilidad.

Bernardo, dos años después de su matrimonio, había venido á ser, por muerte de su tío, conde de Vaudricourt, y realizado una herencia considerable. Era, pues, en la época á que hemos llegado, dueño de una gran fortuna, que le hubiera permitido, fijando su principal residencia fuera de París, conservar su hotel del parque Monceau. Pero esta especie de resolución á medias, pareciendo reservarse para el porvenir, podía inquietar á su mujer, y no hubiera dejado de ofrecer dificultades incómodas en la práctica. Puso en venta el hotel, queriendo hacer el sacrificio completo y cortar de raíz sus relaciones con París.

Situado en un sitio predilecto de los parisienses, no podía menos de encontrar pronto comprador. Bernardo se entendió perfectamente con su mujer para preferir á la residencia en alguna ciudad de provincia, una definitiva instalación en el campo. Con el mismo perfecto acuerdo (fácilmente se creerá que Alieta no ponía obstáculos), se convino que Bernardo, cuando viniera á pasar en París un día ó dos, se alojaría en su Círculo, y cuando viniera con ella, se alojarían en un hotel, á fin de poder disfrutar de París con entera libertad.

No podía pensarse en ir á establecerse en La Saviniere, que Bernardo había arrendado á personas extrañas después de la muerte de su tío, y que, además, por la distancia, se hallaba en iguales condiciones de exclusión que Varaville. Después de prolijas investigaciones en un radio de veinte ó treinta leguas alrededor de París, el notario del señor de

Vaudricourt descubrió, más allá de Fontainebleau; en la región de Nemours y de Gien, una bella finca, que llevaba el nombre de un distrito vecino, Valmoutiers, y que parecía reunir bastantes ventajas para la preferencia de los esposos. La distancia de París era suficiente para no temer allí la invasión de París y para no estar tampoco demasiado lejos. Había buenos sitios de caza en el país, y la finca estaba rodeada de extensos bosques. La finca era un castillo de noble construcción, estilo Luis XIII, con un patio de honor de gran apariencia y soberbios salones. El último propietario, gran aficionado á caballos como el señor de Vaudricourt, había instalado la caballeriza con el mayor lujo, y al mismo tiempo había cuidado con gran celo en los alrededores hermosas praderas, propias para la cría de sus animales preferidos. Bernardo vió con gusto estas particularidades, que le prometían distracciones muy de su

gusto en aquella tierra de destierro.

Mientras se hacían en Valmoutiers las reparaciones y arreglos necesarios, Alieta iba á pasar algunas semanas con su familia en Varaville, como lo hacía todos los veranos, y su marido, siguiendo su costumbre, iba también algunos días. Siempre era bien recibido. Su exquisita cortesía y su correcta actitud, á pesar del profundo disentimiento en religión, habían vencido todas las preveniciones y conquistado todos los corazones, hasta el de la señorita de Varaville, la anciana tía de Alieta, á quien Bernardo, en otro tiempo, había tratado tan cruel é injustamente en su diario. Nuestros lectores conocen ya muy bien el carácter de Alieta, y comprenderán que una persona de tan elevados sentimientos habría ocultado cuidadosamente á su familia el secreto de las pruebas dolorosísimas que había sufrido desde que se verificó su matrimonio. Por otra parte, había dicho

perfecta verdad repitiendo que su marido era bueno, solícito, respetuoso, generoso; puede ser que no hubiera sido tan perfecto en lo tocante á fidelidad; pero ella lo ignoraba. En cuanto á la diferencia de sus creencias religiosas, causa verdadera de todos sus disgustos interiores, tenía Alieta bastante juicio y bastante altivez para quejarse, después de haberla aceptado casi contra la voluntad de su familia. Mons. de Courtheuse era el único que había recibido algunas de sus confidencias sobre ese punto; no le había disimulado el malestar profundo que sentía en París, en un medio moral tan perturbador y tan inferior al en que había sido educada; y en lo relativo á la conversión de su marido, le había dejado entrever sus decepciones y sus desaliientos. Pero el excelente Prelado, que todos los años se encontraba con Bernardo en Varaville, conservaba, sin embargo, para el hijo pródigo un fondo de predilección,

y se contentaba con llamarle *mala cabeza*. No desesperaba, pues, del porvenir, y desesperó menos cuando supo el sacrificio que hacía en obsequio á su mujer, renunciando á la residencia en París: vió en esto, como toda la familia de Alieta, no solamente un rasgo de abnegación conyugal, sino al mismo tiempo, en un orden de ideas superior, un síntoma precioso y un indicio precursor de mucha importancia. ¿Qué efectos no podrían esperarse en lo sucesivo de la influencia de Alieta, que parecía ejercer ya sobre el ánimo de su marido un imperio tan predominante?

Hacia fines de Setiembre del mismo año, los condes de Vaudricourt se instalaron definitivamente en su castillo de Valmontiers. Era la época de la caza, y esta una feliz circunstancia, porque debía amenizar á Bernardo los primeros tiempos de la transición entre su vida antigua y su nueva residencia. En cuanto á Alieta,

excusado es decir que los primeros días fueron para ella días de pura felicidad. Allí respiraba libremente; le parecía que había entrado en el puerto después de una larga travesía erizada de peligros, de alarmas y de temores. Sentíase, con un delicioso consuelo, dueña de sí misma y de su hija, y al mismo tiempo en posesión absoluta de su marido. Nunca le había amado tanto, y se consagró por completo á complacerle. Paseaba con él á caballo casi todos los días, y hacían largos reconocimientos por aquel país, nuevo para ellos. Aprendió á manejar la escopeta para acompañarle á las cacerías. Pero no fué mucha su habilidad en este ejercicio, porque era muy nerviosa y muy sensible, y le inspiraban profunda lástima los animalitos que caían bajo el plomo de las armas. Invitó á algunos compañeros de caza, elegidos entre los amigos que tenía en París su marido, y entre algunos conocimientos de las fincas ve-

cinas. Se esforzó en aclimatarle dulcemente á los aires del campo, y en no hacerle sentir la pesadumbre de la soledad, reservándose con secretas palpitaciones de placer para las conferencias íntimas de las largas noches de invierno, cuando la nieve cayera sobre los campos.

El señor de Vaudricourt, á quien las largas noches de invierno ofrecían quizá una perspectiva menos halagüeña, gozaba en tanto del presente, porque, en verdad, su vida no se diferenciaba mucho de la de todos los años en la misma época. Solamente había una novedad; hasta entonces había cazado en propiedad ajena, y era la primera vez que cazaba en sus dominios, y por primera vez también los cuidados de propietario amargaban sus placeres de cazador. Vivía temeroso de los cazadores furtivos que sitiaban su propiedad. Día y noche estimulaba el celo de sus dos guardas, y su ira contra esa raza impia era tan pronunciada, que

contrastaba singularmente con su indiferencia en todos los demás asuntos, y divertía mucho á Alieta.

Una mañana, paseándose con su fusil y su perro por el bosque, sonó un tiro á muy poca distancia, y una liebre vino á caer entre las hojas secas, saliendo del matorral. Al mismo tiempo, un personaje de una fisonomía muy particular, franqueaba de un salto la pequeña distancia que separaba el monte del llano, y se presentaba de repente ante el señor de Vaudricourt, á cuyos pies se hallaba el animalillo muerto.

—Perdone V., caballero (dijo el nuevo personaje): esta liebre ha venido á caer en la propiedad de V., pero yo la he tirado desde allí, y creo que me pertenece.

El Conde no contestó inmediatamente á esta intimación, porque le embargaba, no sólo la indignación, sino también la sorpresa; el personaje que se acababa de presentar era una mujer como de unos

veinte años, y singularmente hermosa; llevaba un traje de caza sumamente sencillo; una especie de blusa corta de tela de lana oscura, ancho calzón de igual tela, botas de gamuza hasta las rodillas, y un ligero sombrero tirolés.

—Señora (contestó el Conde); en principio, la cuestión podía ser dudosa, pero presentada por V., está resuelta.... Tome V. su liebre.

Tomó de las manos del Conde la liebre, le saludó con un ligero movimiento de cabeza, y fué á salir del monte.

En el mismo instante el perro del Conde, un poco inquieto por el incidente de la liebre, levantó torpemente una banda de una veintena de perdices. El señor de Vaudricourt armó su escopeta y descargó los dos tiros. Pero estaba distraído, y aunque las perdices estaban á tiro, no cayó ninguna.

La joven, que se había detenido un momento para juzgar de la habilidad del

Conde, dijo sencillamente con su voz grave y armoniosa:

— ¡Erró el tiro!

Y luego, saltando ágilmente la ligera escarpa para bajar al camino, se alejó.

El conde de Vaudricourt la siguió con airada mirada, hasta que hubo desaparecido, murmurando entre dientes:

— ¿Quién es esa original?

Y volvió á cargar el arma, y continuó su paseo, muy pensativo.

A los pocos minutos encontró á uno de los guardas, y se detuvo á hablar con él.

— Cúbrase V., Lebuteux; cúbrase V., hombre. Dígame V.: ¿quién es una señora, vestida de hombre, que caza por estas inmediaciones, y que acaba de matarme una de mis liebres en mis barbas mismas, y ha tenido el aplomo de venir á reclamarla con la mayor frescura?

— ¡Ah, señor Conde! (contestó el guarda con esa triste sonrisa de los soldados

viejos.) Debe ser la señorita de La Saulaye....; la señorita Sabina; esa, esa.

— ¡Ah! ¡Es una señorita! (repuso el Conde.) Entonces es la señorita que habita La Saulaye con ese sabio, con ese médico viejo. ¿No es verdad?

— No es tan viejo (observó el guarda). Pero siempre está allá, encerrado con sus libros; él no es cazador....; pero la señorita esa, todos los días; tiene mucha afición, y no hay que hablarle de tuyo ni mío.... Es como todas las mujeres; lo que se le pone en la cabeza, y nada más.... Siempre está por aquí...., y no tiene reparo en seguir la caza aquí dentro, pelo ó pluma, muerta ó viva, en la propiedad de mi señor.

— ¿Y me lo dice V. tan tranquilamente?.... Eso es intolerable. Es preciso levantar proceso verbal cuando se la sorprenda....

— Eso, si el señor Conde lo manda, se hará naturalmente....; pero esos seño-

res de La Saulaye, ya lo sabe el señor Conde, son personas á quienes no gusta molestar.

—¿Por qué? ¿Son acaso brujos?

—No, señor Conde; y si no fuera por ese vicio que tiene la señorita Sabina de cazar en vedado, se podría decir que son personas que hacen mucho bien en el país.

—Sí, sí, es posible; pero con eso y todo, que no vuelva por aquí la tal *señorita* Sabina. Y adiós, Lebuteux, adiós; y no hay que ser flojo en el cumplimiento de la obligación.

Y el señor de Vaudricourt prosiguió su camino con aire amenazador. Pero no había dado muchos pasos, y ya á la cólera habían sucedido ideas menos violentas, como lo probaba esta observación que se dirigía á sí mismo:

—¡Y es soberbia esa mujer!.... Es rudamente insolente; pero bien formada y hermosa como ella sola.

En el almuerzo refirió alegremente á su mujer y á sus convidados la aventura poco gloriosa de su encuentro con la señorita de La Saulaye.

—¡La Saulaye! (exclamó Alieta.) ¿No es esa casa triste que se ve á la izquierda, en el camino de Cormiers, con grandes sauces que caen sobre un estanque de agua casi negra?

—Eso es (dijo el Conde). La hemos notado al mismo tiempo el otro día. Es una especie de casa inglesa, que tiene un aspecto un poco siniestro en verdad, y ese aspecto tétrico se le dan esos grandes sauces.... ¿Y quién es quien vive en esa casa?

Había entre los convidados tres ó cuatro habitantes del país, que respondieron en términos bastante equívocos. Parecía que los habitantes de La Saulaye eran generalmente mal vistos por la aristocracia de las inmediaciones. El propietario de La Saulaye era un médico,

llamado Tallevaut, que hacía tiempo había recogido en su casa una parienta pobre, una anciana tía enferma, con su hija, de quien era tutor. Había ejercido la medicina en París; y después, habiendo heredado una buena fortuna, renunció á su clientela, ya bastante numerosa, y se había retirado al campo, para satisfacer en completa libertad sus aficiones y consagrarse exclusivamente á la ciencia pura. Absorbido en sus estudios y avaro de su tiempo, no admitía en consulta ni visitaba más que á los más pobres de la comarca, y negaba su asistencia enérgicamente á todos los que tenían medios de pagar al médico. Así había disgustado á muchas personas, venidas á las veces de muy lejos, atraídas por la reputación de ciencia y de habilidad práctica que se había conquistado el médico, y á quienes despedía invariablemente, negándose á oirlas el menor detalle de sus padecimientos. Los tratados

de esta suerte hablaban pestes de él. Sin embargo, no podían negar su mérito, reconocido por el Instituto con un título de correspondiente por sus trabajos científicos. Pero sus doctrinas conocidas de libre pensador, su vida privada un poco misteriosa, la belleza espléndida de su pupila, la educación excéntrica que le daba, todo esto era objeto de comentarios poco favorables, especialmente en las fineas de la vecindad.

Aunque en los días siguientes el Conde multiplicaba sus excursiones por los límites de sus propiedades, no tuvo la suerte de ver otra vez los ojos negros, enérgicos y fríos de la señorita de Tallevaut. Quizá la arriscada cazadora había recibido del guarda Lebuteux algún secreto aviso de las severas disposiciones del Conde, y no se atrevía á arrostrar las prosaicas consecuencias de un proceso verbal; acaso, como sucedía frecuentemente, la tenía ocupada gravemente su

sabio tutor, que le había enseñado á servirle de secretaria en su gabinete ó de preparadora en su laboratorio. Porque los experimentos de química y física eran para ellos, no sólo un trabajo necesario, sino una distracción. Durante el resto de la estación, la señorita Tallevaut fué invisible para su vecino. Una sola vez, pasando á caballo, por la tarde, con Alieta, por delante de La Saulaye, el Conde creyó ver á su hermosa enemiga atravesar como una sombra el jardín de la finca. Alieta, por su parte, participaba de la curiosidad de su marido respecto de los vecinos de La Saulaye. La especie de misterio en que estaba envuelta aquella casa solitaria y silenciosa interesaba en gran manera su fantástica imaginación. La llamaban la casa del alquimista. Era un gran pabellón, construído de ladrillos, precedido y rodeado de grupos de árboles, de parterres y cuadros de musgo, todo bastante mal cuidado, y

abandonado al poco gusto de algún jardinero del campo. Desde que los sauces que rodeaban el estanque habían perdido sus hojas, la habitación parecía menos sombría; pero siempre conservaba su aspecto duro y siniestro, y el estanque, dentro del que se pudrían las hojas caídas, presentaba siempre la misma superficie negra.

Después de haberse hecho esperar un poco, vino al fin el invierno, áspero y duro. Los convidados más complacientes se habían vuelto á París y dejado en su nido, al lado de la chimenea, á los condes de Vaudricourt. Los caminos, cubiertos de nieve, habían interrumpido las pocas relaciones de la vecindad. Las intemperies de la estación hacían la caza casi imposible. Faltaba, pues, toda distracción, y había que armarse de paciencia. Bernardo, que ya había previsto esta prueba, hacía todo lo posible para dominarla con heroísmo. Salía por la mañana á

encontrar al cartero en la avenida que conducía á la entrada de la casa, y así recibía más pronto los periódicos, que leía luego largamente. Se ocupaba con gran actividad en visitar sus caballos y su caballeriza y su magnífico guadarnés. Descifraba, acompañado de su mujer, algunas partituras en el piano, había vuelto á pintar alguna acuarela, estudio que antes cultivó mucho, y daba lecciones á Alieta. Por la noche leían juntos algunos antiguos autores favoritos, memorias curiosas, algunos poetas modernos, los grandes críticos y novelas inglesas. Era una vida dulcísima para Alieta, á quien su correo, los cuidados de su casa, la educación de su hija, y, en fin, sus prácticas piadosas, no dejaban un minuto en que poder aburrirse. Tenía, además, la afición del campo, y las escenas de la naturaleza le ofrecían, aun durante el invierno, un interés poético. Pero en medio de su felicidad tenía una constante preocupación.

¿Su marido era tan dichoso como ella? Á pesar de que el Conde sabía aparentar muy bien la mayor satisfacción, la Condesa sorprendía muchas veces en su fisonomía y hasta en su lenguaje señales de impaciencia y de amargura.

Lo cierto era que se fastidiaba mortalmente. Disimulaba cuanto podía en presencia de su mujer; pero cuando se encerraba en su despacho, fumaba cigarrros, uno tras otro, sin cesar, procurando matar así la negra melancolía que le devoraba. Paseábase por la habitación, y de pronto se detenía delante de la ventana, contemplando la obscuridad profunda de los campos y los montes, oyendo el zumbido del viento que parecía gemir entre los árboles y que formaba un ruido así como el de la marejada lejana, y su pensamiento volaba á su querido *boulevard*, que en aquellos momentos estaría resplandeciente como una vía láctea; veía los peristilos iluminados de los teatros,

la multitud animada que se agrupaba delante de los escaparates de los grandes almacenes, la vida reboando en todas partes; creía aspirar el olor especial del *boulevard*, de noche, el gas, el tabaco, la cocina subterránea y el delicioso aroma de las tiendas de flores; respiraba en la atmósfera particular de los salones del Círculo, del interior de los escenarios, de los vestuarios de las artistas, los efluvios de los coliseos á la salida del espectáculo, los fuertes olores de los abrigos de pieles riquísimas, de las pelisas bordadas de oro y de los hombros desnudos. Todas estas sensualidades más ó menos puras en que se deleita la elegancia parisiense, adquirirían en la imaginación del Conde, en medio de la soledad y del silencio del campo, un poderosísimo atractivo y enardecían su sentimiento.

En este punto daba el Conde en un error singular muy común; se figuraba que París era una necesidad para su in-

teligencia, cuando lo era sólo para sus sentidos. Era hombre de talento, y había sido hombre de estudio hasta el día en que el escepticismo absoluto no le había dejado más que la pasión del placer. Á pesar de todo, como la mayor parte de los parisienses desterrados en provincia, se enorgullecía de su distinción: cuando creía echar de menos la gran vida intelectual de París, realmente sólo echaba de menos la distracción fácil, las voluptuosidades, el aturdimiento mundano, y sobre todo el especialísimo perfume femenino.

Alieta, que adivinaba, y no se equivocaba ciertamente, lo que pasaba en el ánimo de su marido, se armó una noche de valor, y le dijo, poniéndole graciosamente sus dos manitas sobre los hombros:

—¿Sabes, Bernardo, lo que tienes que hacer? Pues tienes que ir á pasar ocho ó diez días en París.

— Pero, si estoy aquí muy bien, — contestó el Conde con cierta confusión.

— Pues por eso (repuso la amabilísima Condesa). No quiero que llegues á cansarte de tu felicidad... Además, tengo muchísimos encargos que hacerte. Necesito primeramente, un gran abanico para la chimenea del salón rojo, un péndulo para el comedor, una mampara Luis XIV....; Luis XIV, ¿oyes?; es decir, que ha de estar cubierta de antigua y hermosa tapicería, para la biblioteca, y otras muchas cosas, cuya lista te entregaré mañana.

— Mejor harías (dijo el Conde) en acompañarme á París, donde todo lo que deseas comprar lo elegirías tú misma.

— No, no; tu gusto es mejor que el mío. Yo iré á pasar seis semanas en París después de la Pascua; pero hasta entonces, serás tú solito quien haga mis encargos. Este es el programa que tengo en mi cabeza, en esta cabeza de niña

mimada, — añadió, dándose palmadas en aquella cabecita rubia encantadora.

El señor de Vaudricourt besó la frente y los dedos de su mujer, y afectando el aire de un hombre un poco contrariado, pero que se resigna, no hizo más objeciones.

Al día siguiente, una hermosa y helada mañana de invierno, emprendía el camino con secreta alegría, y tres ó cuatro horas más tarde se hallaba paseando por el asfalto sagrado que se extiende desde la calle Vivienne hasta el *boulevard* de la Magdalena.

Dos días después iba á ponerse á almorzar en su Círculo, cerca de su ventana favorita, recorriendo, mientras le servían, los periódicos de la mañana.

— ¡ Por vida mía! (pensaba el Conde): esta existencia me parece que al fin la he de encontrar muy soportable... Ocho ó diez días en París cada mes, bastan para impedir á un hombre convertirse en sal-

vaje.... ó, por lo menos, digno de usar almadréñas.... ¿Qué hay, Carlos? ¿Un parte?

—Sí, señor Conde,—respondió el criado, presentando el parte en una bandeja.

El Conde cogió el telegrama, y le abrió. Leyó lo siguiente:

«Juana, muy gravemente enferma.

»ALIETA.»

—¡Vamos! (exclamó).... ¡Naturalmente!

Y haciendo un movimiento de ira, gritó al criado:

—¡Carlos, deme V. un *Indicador*!

El criado trajo el *Indicador*, que el Conde empezó febrilmente á consultar.

—Diga V. á Pedro (añadió, después de un momento) que nos vamos en el tren de las tres; que lo prepare todo.

—Bien, señor Conde.

Á las tres, el señor de Vaudricourt se reunía con su ayuda de cámara en la estación de Lyon.

—¿Ha recibido el señor Conde malas noticias?—preguntó Pedro respetuosamente.

—Mi hija está enferma.

Y montó en el vagón.

—Pues, señor, esto es sabido (pensaba una vez montado en el vagón); siempre que esté yo dos días ausente, Juana se pondrá enferma.... ó se pondrá enferma otra.... Siempre estaré pendiente de los hilos telegráficos. ¡Esto es delicioso!

Y así fué pensando durante la mayor parte del viaje, con la misma irritación y la misma injusticia.... Solamente al acercarse á Valmoutiers su cólera se fué calmando, y comenzó á sentir cierta inquietud. Pensaba, un poco tarde, es verdad, que Alieta no era mujer capaz de cambiar caprichosamente de voluntad de un día á otro, y que era todavía menos

capaz de emplear la mentira y la superchería para realizar sus caprichos. Pensó también el Conde que amaba tiernamente á su hija.

Un *coupé* le esperaba en la estación de Valmoutiers, pues su propiedad estaba á algunos kilómetros. Al punto notó que la fisonomía de su antiguo cochero no tenía el aspecto de impasibilidad ordinaria.

—Y bien (le preguntó el Conde); ¿cómo está mi hija?

—Señor Conde, la señorita no está buena.

—Pues ¡á escape!

V.

La noche misma del día en que su padre partió para París, Juana, que era entonces una donosa é inteligente niña de seis á siete años, había sentido opresión en la garganta, acompañada de algunos estremecimientos y de bastante postración. Se creyó al principio que sería un poco de reuma ó una ligera inflamación de las amígdalas. Pero más avanzada la noche, se declaró una violenta fiebre, y la niña, que no dormía, se quejaba de grandes dolores de cabeza. El

capaz de emplear la mentira y la superchería para realizar sus caprichos. Pensó también el Conde que amaba tiernamente á su hija.

Un *coupé* le esperaba en la estación de Valmoutiers, pues su propiedad estaba á algunos kilómetros. Al punto notó que la fisonomía de su antiguo cochero no tenía el aspecto de impasibilidad ordinaria.

—Y bien (le preguntó el Conde); ¿cómo está mi hija?

—Señor Conde, la señorita no está buena.

—Pues ¡á escape!

V.

La noche misma del día en que su padre partió para París, Juana, que era entonces una donosa é inteligente niña de seis á siete años, había sentido opresión en la garganta, acompañada de algunos estremecimientos y de bastante postración. Se creyó al principio que sería un poco de reuma ó una ligera inflamación de las amígdalas. Pero más avanzada la noche, se declaró una violenta fiebre, y la niña, que no dormía, se quejaba de grandes dolores de cabeza. El

anciano médico de Valmoutiers, doctor Raymond, fué llamado al amanecer, y desde el primer momento se manifestó inquieto y alarmado. No se separó de ella. Los síntomas se acentuaban más durante el día, y por la noche acusaron extrema gravedad; la aparición de falsas membranas en la laringe, la respiración fatigosa, los accesos repetidos de sofocación, y, en fin, la tos ronca y violenta, no dejaron duda alguna sobre el verdadero carácter del mal. Era el *croup*, esa terrible enfermedad de siniestro nombre, que infunde tan natural espanto en las madres.

Como sucede frecuentemente, el mal, después de presentarse poco franco al principio, procedió bien pronto con una rapidez terrible. El doctor Raymond, que era un profesor meritísimo, y que poseía además la sabiduría y la experiencia de sus muchos años, empleó activamente, los dos primeros días, todos los medios

aconsejados por la ciencia para combatir el envenenamiento diftérico. Todos los remedios eran inútiles, y la enfermedad seguía su marcha aterradora. Entonces fué cuando Alieta dirigió el telegrama á su marido.

Cuando el señor de Vaudricourt se acercó al lecho de su hija, la niña, pálida, con los labios morados, la garganta inflamada, se agitaba convulsivamente, en un acceso de sofocación penosísima, que ofrecía ya los caracteres de la agonía.

Sin embargo, la crisis se calmó. Juana, aunque sumida en una especie de embrutecimiento, conoció á su padre, y le miró con una angustia suplicante que le desgarró el corazón. La abrazó sonriendo, procurando dominar su emoción, y luego llevó al médico á una habitación inmediata, que formaba parte del departamento de Juana. Alieta le siguió.

—Doctor (dijo el Conde): hágame V. la merced de decirme la verdad.

—La debo á V., señor Conde. La niña está en gran peligro. Estas terribles sofocaciones van á repetirse cada vez más frecuentes hasta la completa asfixia. Por mi parte, he agotado todos los recursos de mi ciencia; ahora sólo el tratamiento quirúrgico puede salvar á la niña; pero debo confesar á V. francamente, que la operación de que se trata exige una mano más segura, más joven y más hábil que la mía.

—¿Tengo tiempo de telegrafiar á un médico de París?

—Debo decir á V. la verdad; no, señor.

—¿No me puede V. indicar algún colega de V. en Gien ó en Nemours que sea capaz de hacer esa operación?

—Señor Conde, no me atrevería á arrostrar semejante responsabilidad. Por lo demás, no conozco en las cercanías, y muy cerca de aquí, más que un hombre que podría, si quisiera, intentar con alguna probabilidad de éxito, una opera-

ción tan difícil, delicada y peligrosa. Es el doctor Tallevaut.

—¿El doctor Tallevaut?

—¡Tallevaut!.... (exclamó Alieta con desconsuelo.) Pero no vendrá: se negará como se niega á todo el mundo. Bien sabe V. que sólo visita á los pobres que no pueden pagar.

—Es muy de temer que se niegue.

—Yo voy á buscarle (dijo el Conde). ¡Valor y esperanza, Alieta!

Salió presuroso, fué á la caballeriza, y ensilló uno de sus caballos; al mismo tiempo dió orden á su cochero de enganchar sin demora una berlina, y llevarla delante de la verja del jardín de La Saulaye.

Algunos minutos después, el señor de Vaudricourt galopaba, al resplandor de las estrellas, á lo largo de los oscuros bosques, por un camino endurecido por la helada y blanqueado por la escarcha. Eran las nueve cuando llegó á La Saula-

ye; se apeó, franqueó la verja, que estaba abierta, y tocó el timbre de la puerta de la casa. Entregó su tarjeta al criado que salió á abrir, y esperó con ansiedad. El criado volvió inmediatamente.

—Pase el señor,—le dijo.

El Conde le suplicó que tuviera el caballo, y siguió á una camarera que la curiosidad había atraído allí, y que le sirvió de guía.

Le introdujo en un gran salón-biblioteca, inmediato al laboratorio del Doctor, y donde se percibía un fuerte olor á farmacia. La primera mirada del Conde encontró una joven, que estaba sentada frente á la puerta, delante de una mesa, puesta de codos en ésta, y leyendo un libro. La luz de una lámpara iluminaba su hermosura, y á pesar de su continente tranquilo y reflexivo, su vestido serio de faya negra y sus sencillas trenzas á lo virgen, el Conde reconoció en ella inmediatamente á la atrevida cazadora fur-

tiva que halló un día dentro de su propiedad.—Á alguna distancia de la joven, delante de una mesa mayor, llena completamente de libros y papeles, hallábase un hombre de unos cuarenta años, á quien su larga levita negra, adornada de una roseta roja en el ojal, daba la apariencia correcta de un oficial en traje de paisano. Los rasgos de su fisonomía eran un poco gruesos y prominentes, y su cabeza, un poco pesada, presentaba un desarrollo casi desproporcionado, que no dejaba de sorprender; pero en sus ojos brillaba una expresión admirable de vida, de inteligencia y de dulzura. Esta fisonomía y esta actitud eran tan diferentes de la dureza y desabrimiento que el Conde esperaba hallar en el Doctor, que se tranquilizó y confió.

—Doctor (dijo, rehusando la silla que se le ofrecía), vengo á ver á V. para hacerle una súplica con todo mi corazón. Mi hija está moribunda, y se muere del

croup. El doctor Raymond, que la asiste, la considera ya sin esperanzas.... No hay más recurso para salvarla que la operación.... Yo no tengo tiempo ya para telegrafiar á París ni á otra parte. En fin, Doctor, V. sólo puede devolver la vida á mi hija y la tranquilidad á sus padres.

Desde las primeras palabras del Conde, habíase tornado grave el semblante sonriente del doctor Tallevaut.

—Señor Conde (contestó): es para mí una pena muy grande; pero ya sabe V. que me he impuesto el propósito de no ejercer la medicina. Si cediera esta vez, me vería obligado á buscar otro país donde vivir, porque no tendría un día de reposo, y me sería preciso renunciar á mis trabajos....

—Caballero (repuso Bernardo): todo el mundo dice que es V. humanitario y caritativo, y no será V. quien me obligue á llevar á una madre desolada la sentencia de muerte de su hija.

Y enjugó vivamente dos lágrimas, que se habían desprendido, á pesar suyo, de sus ojos, cayendo sobre sus pálidas mejillas.

El doctor Tallevaut le miró gravemente un momento; y luego, dirigiéndose á la joven, que presenciaba la escena con cierta curiosidad, pero con entera calma, le dijo:

—Sabina, prepáralo todo.... Ya has oído de lo que se trata.... Vas á acompañarme, y no hay tiempo que perder, hija mía.

La señorita Sabina se levantó, y salió del salón.

El conde de Vaudricourt, sin decir palabra, cogió la mano del señor de Tallevaut, y la estrechó entre las suyas convulsivamente.

—Señor Conde (dijo el Doctor), no tengo fuerzas para resistir las súplicas de un padre en la situación en que V. se halla....; pero debo prevenir á V. que esta

operación es por sí misma sumamente peligrosa, y que, hasta cuando se hace con éxito, puede tener consecuencias fatales.... No se puede recurrir á ella más que en la última extremidad. ¿Tiene V. coche?

—Sí, Doctor.

—Debo advertir á V. que me hacen falta á lo menos tres ayudantes. Veamos. En primer lugar tendremos á Sabina, mi sobrina....; tendremos también al doctor Raymond....; ¿y el tercero?

—Yo mismo lo seré.

—¿V.?.... ¿El padre de la enferma?.... No, no; eso es imposible.... ¿No tiene V. algún criado de confianza?.... Un hombre robusto y sereno....

—Uno de mis guardas. Al pasar, le mandaré que nos siga.

—Muy bien.

La señorita Tallevaut reapareció, siempre grave y serena, y andando sin que se la sintiera; llevaba en una mano una

caja forrada de tafilete, y en la otra un saco de tela engomada; sobre su brazo había puesto doblados dos delantales de tela fuerte. El doctor abrió vivamente la caja, y examinó rápidamente los brillantes instrumentos de acero; después abrió el saco, en el que había provisión de esponjas, hilos encerados y otros objetos usados en las operaciones quirúrgicas.

—Bien, bien (dijo). No nos detengamos.

Se puso un sobretodo; la joven echó sobre sus hombros una especie de poncho con capucha, y los dos montaron en la berlina, mientras el señor de Vaudricourt se adelantaba al galope de su caballo. Al pasar, llamó á su guarda Lebuteux, cuya caseta estaba muy cerca del castillo, y que corrió tanto como el caballo, porque ya estaba allí cuando llegaron el doctor Tallevaut y la señorita Sabina.

El Doctor, guiado por Alieta, que ha-

bía corrido á la puerta al oír el ruido del carruaje, estuvo muy pronto en la alcoba de Juana. Comenzó por dirigir algunas ligeras preguntas al doctor Raymond. Después llegó al lecho de la enfermita, le cogió el brazo, y la miró fija y detenidamente.

—Aún es tiempo,—murmuró á media voz.

Y dirigiéndose á Alieta y al Conde, continuó:

—Señora, mi buena señora, y V. también, señor Conde, háganme Vds. la merced de permanecer en esta habitación. Vamos á trasladar la niña al salón inmediato. Allí he visto candelabros, una gran lámpara.... Es preciso encender todas las luces, y añadir dos ó tres lámparas más. La mesa en medio, y que levanten el tapete.

El Doctor, yendo de una habitación á otra, continuó dando sus instrucciones en términos breves y claros, y apenas

había pasado media hora desde que había llegado el operador, cuando ya la pobre Juana, envuelta en una colcha de seda, estaba tendida sobre la mesa del salón, iluminado espléndidamente como para una fiesta. Su padre estaba ansioso y lleno de angustia en la puerta que comunicaba con la alcoba, y su madre, de rodillas, cerca del lecho vacío, oraba fervorosamente, pidiendo á Dios el milagro de salvar á su hija.

La niña, casi asfixiada, parecía inconsciente. El doctor Raymond la sostenía fuertemente la cabeza con sus dos manos; en el otro extremo de la mesa, el guarda, de rodillas, pesaba sobre las piernas de la enfermita y le impedía moverlas. Á la derecha, cerca de la mesa, estaba en pie la señorita Sabina; á la izquierda el doctor Tallevaut, teniendo á la mano todo su aparato quirúrgico. Los dos se habían puesto el delantal de tela ceniza de los enfermeros. La anciana

criada Victoria, cuya sangre fría y grande inteligencia había advertido el Doctor durante los últimos preparativos, tenía, muy serena, en la mano una bujía, cuya luz proyectaba sobre el cuello desnudo de la pobre Juana.

Es sabido que la operación de la traqueotomía, uno de los milagros de la cirugía moderna, tiene por objeto evitar en ciertos casos del *croup* la asfixia inminente, restableciendo de una manera artificial la respiración del enfermo, obstruida por las falsas membranas que han invadido la laringe. La operación consiste en abrir la garganta por debajo de la laringe, y hacer penetrar en la tráquea una sonda hueca, que devuelve la libertad á las funciones respiratorias, y que al propio tiempo ayuda al paciente á eliminar las falsas membranas que le ahogan.

Es evidente que el hombre que emprende semejante operación necesita tener una mano muy diestra y una se-

renidad y una firmeza de voluntad extraordinarias. Sin entrar aquí en detalles repugnantes, bien se puede decir que en el curso de tan temible operación, practicada sobre una parte tan delicada, tan compleja y tan vital del organismo, el cortante del bisturí no debe ni detenerse ni torcerse, y, sin embargo, jamás hace su oficio sin provocar efusiones de sangre, que no dejan al operador más guía que el tacto del dedo.

El señor de Vaudricourt, que en aquellos terribles momentos no tenía, como su mujer, el consuelo de la oración, experimentaba la angustia en toda su intensidad. Sin contravenir enteramente á lo mandado por el doctor Tallevaut, y sin penetrar en el salón adonde había sido trasladada la enfermita, se había impuesto el alto deber de no perder de vista á su hija querida en los minutos supremos en que iba á resolverse la cuestión de su vida ó de su muerte. De pie en la

misma entrada de la habitación, inmóvil y pálido como un muerto, contemplaba con estupor, como en un sueño horrible, aquel drama extraño, en que su tierna niña, sujeta, agarrotada por manos de hierro, parecía sufrir al filo del acero el más espantoso martirio. Á pesar de su profunda conmoción, no se le escapaba ningún detalle de la terrible escena; oía claramente todas las palabras, pocas y breves, cambiadas entre el doctor Tallevant y su joven pupila, que le servía de principal ayudante; hablaban poco, porque el Doctor, con una señal, con un gesto, le daba sus órdenes, y aun la joven Sabina no las esperaba, las adivinaba, y le servía con la mayor precisión. Sabina observaba con profunda atención el sangriento trabajo del bisturí, y su mano hábil, ligera y delicada, secundaba al operador, empleando, según convenía, las esponjas, los hilos encebados para las ligaduras, los ganchos

para abrir la llaga: aquella hermosa criatura, en su gracia impasible, parecía estar cumpliendo dulcísimo, con sus manos ensangrentadas, los ritos de alguna religión salvaje.

Hecha la profunda incisión, Sabina presentó á su tío la sonda hueca; él la introdujo inmediatamente en la abertura de la tráquea con la incomparable seguridad de su mano habilísima. En el instante oyóse en el salón un ruido semejante á un sonoro silbido. Sabina ató rápidamente las cintas que sujetaban la sonda, y rodeó con una ligera corbata el cuello de la paciente. Después el Doctor cogió en sus brazos á la enfermita, atravesó rápidamente el salón y la alcoba, y la depositó dulcemente en el lecho.

El padre y la madre, con mortal inquietud, sin saber lo que les pasaba, se lanzaron sobre el lecho; no podían creer lo que veían; el semblante de Juana había perdido súbitamente su angustiada

expresión de mortal ansiedad; expresaba un consuelo profundo y una tranquilidad completa.—Alieta y Bernardo volvieron á un tiempo mismo sus ojos hacia el doctor Tallevaut, que les miraba sonriendo.

—Esto va bien, — les dijo.

Cogiéronle los dos las manos con efusión, queriendo decirle lo que sentían en sus corazones, pero no pudieron, y ambos estallaron en sollozos.

Después de una crisis tan terrible, el doctor Tallevaut quiso dejar toda una noche de reposo y de alegría sin inquietudes al padre y á la madre de Juana. Pero el día siguiente (pasó la noche en el castillo, y también Sabina) no les ocultó que el éxito de la operación no era el término de la enfermedad; que aún quedaba por curar la afección morbosa, bien que se le había quitado su síntoma más grave y su peligro más inminente, y que, además, la misma operación podía ser origen de accidentes consecutivos

muy graves. Era, pues, preciso continuar vigilando y cuidando á la niña con la mayor atención. Por lo demás, debía tenerse completa confianza en su excelente colega el doctor Raymond, que, si sobreviniera alguna complicación, podía consultar con él sobre el caso.

El señor Tallevaut acababa de hacer estas advertencias un poco alarmantes á los Condes, cuando vinieron á avisarle que el coche le esperaba en el patio. Aún no habían dado las ocho de la mañana.

—¿Cómo? (exclamó Alieta): ¿ya nos deja V., mi querido Doctor? ¿No se queda V. siquiera á almorzar con nosotros?

— Mi buena señora (contestó el Médico); sabe V. que soy un hombre medio salvaje, y que hice anoche una excepción en mi propósito, viniendo á esta casa.... Ahora, tenga V. la bondad de

permitirme que me vuelva á mis trabajos, que son bastante urgentes.

Alieta juntó las manos suplicantes, y su rostro encantador expresaba tan profunda pena, que el señor Tallevaut se conmovió.

—Vamos (dijo); es V. una de esas personas á quienes no es posible negar nada en este mundo.... ¿Qué es lo que quiere V., señora?

—Quisiera tener á V. algunos días al lado de mi querida resucitada.

—¡Diablo! ¡Diablo!.... Vamos, querida señora; si le dejase á V. mi sobrina Sabina, aquí presente....: la llamo sobrina, pero es mi prima...., ¿no quedaría V. tranquila? Aseguro á V. que será como si yo mismo estuviese aquí.... Es una enfermera de primer orden mi sobrina, y más que eso....; y tenga V. seguridad de que me llamaría al primer síntoma sospechoso que notara. Además, prometo á V. venir á ver á la niña todas las tardes

hasta su completa curación. ¿Estamos conformes?

Alieta miraba tímidamente á la señorita Sabina, que asistía á esta conversación con su habitual tranquilidad, dispuesta á partir, envuelta en su ancho poncho de camino.

—Señorita (dijo Alieta), lo que propone su tío de V. ó su primo, sería el colmo de la admirable abnegación de que ha dado V. una prueba tan gallarda en esta terrible noche pasada.

—Si V. lo desea, señora, y si mi tío lo permite....,—dijo la joven, inclinando ligeramente su magnífico busto.

—¡Ah! ¡Gracias, señorita!—exclamó Alieta, estrechando sobre su corazón las manos de Sabina.

Hubo en seguida una breve conferencia aparte entre el Doctor y su pupila, y después el señor Tallevaut se despidió de los Condes. El señor Vaudricourt, que le acompañó hasta el coche, le dijo:

—No tengo palabras, señor Doctor, para expresar á V. nuestro agradecimiento.

—No piense V. en eso. Su señora de V., y V., son de esas personas á quienes se sirve siempre con placer. Hasta la tarde.

VI.

Desde este día, la señorita Tallevaut quedó instalada en la residencia de los Condes, donde recibió, comose supondrá, la hospitalidad más confortable y la más cordial y franca. Introducida así, de repente, en la intimidad de dos personas de una distinción superior, y en un interior donde todo era suntuoso y elegante, la joven Sabina no pareció por modo alguno extraña á lo que debía ser nuevo para ella, y más bien parecía que siempre hubiera vivido de la misma manera.

—No tengo palabras, señor Doctor, para expresar á V. nuestro agradecimiento.

—No piense V. en eso. Su señora de V., y V., son de esas personas á quienes se sirve siempre con placer. Hasta la tarde.

VI.

Desde este día, la señorita Tallevaut quedó instalada en la residencia de los Condes, donde recibió, comose supondrá, la hospitalidad más comfortable y la más cordial y franca. Introducida así, de repente, en la intimidad de dos personas de una distinción superior, y en un interior donde todo era suntuoso y elegante, la joven Sabina no pareció por modo alguno extraña á lo que debía ser nuevo para ella, y más bien parecía que siempre hubiera vivido de la misma manera.

Á la perspicacia habitual en las mujeres unía una reserva y una especie de dignidad que le ponían desde luego al nivel de las personas con quienes trataba; su orgullo, que no era escaso, la preservaba severamente de incurrir en asombros y torpezas de provinciana. Solamente en el movimiento rápido de sus párpados ó en la intensidad curiosa de su mirada se adivinaban alguna vez sus sorpresas ante aquellos refinamientos del lujo, indudablemente desconocidos para ella. Usaba, por lo demás, con extrema discreción, sobre todo al principio de su instalación en la casa, el placer de la sociedad de los Condes. Parecía tener propósito de no prodigarse demasiado. Pasaba, con diferentes intervalos, muchas horas del día cerca del lecho de Juana, cuidándola, observándola, y luego se retiraba á su habitación, donde leía algunos libros que le habían llevado de la biblioteca de Alieta. Después de las comidas solamente,

según el estado del tiempo, se paseaba unos momentos por el parque entre Alieta y su marido, y quedaba luego con ellos en el salón. Hablaba poco y bien, en un lenguaje notablemente preciso, claro y firme, dejando ver, sin afectación, un fondo de conocimientos muy vasto, pero al mismo tiempo sobre todas las materias una especie de indiferencia soberana y un poco irónica que tenía algo de alarmante. El señor Vaudricourt volvía á encontrar en aquellas ocasiones la ninfa de los bosques, altiva y burlona, que una vez se le había puesto enfrente como disputándole sus derechos de propietario.

En otras circunstancias, Alieta hubiera podido pensar que una persona de tan peregrina belleza y tan originalmente interesante no era de las que se pueden introducir, obrando prudentemente, en la vida de familia. Pero únicamente preocupada entonces de la salud de su hija, y no segura todavía de su salvación, no

podía sentir respecto de Sabina más que profunda gratitud; no se cansaba de admirar la adorable destreza de sus manos en los cuidados que prodigaba á la angelical convaleciente. Un poco más tarde, cuando ya su espíritu estaba más tranquilo, hablaba jovialmente á su marido de la impresión particular que producía en ella la señorita Tallevaut.

—No puedo decirte que me gusta (decía), porque no es esa la frase propia; me encanta, me parece una maga.... ¿Has notado que anda sin hacer el más leve ruido? Sus pies parece que no se fijan en el suelo...., anda como una sonámbula...., ó como lady Macbeth. Pero es una maga bienhechora, una lady Macbeth hermana de la caridad.

—¡Anda! ¡Anda! (exclamaba Bernardo.) ¡Una maga! ¡Una lady Macbeth! Es una perfecta institutriz, y nada más.

Gracias á los cuidados exquisitos de Sabina y del doctor Raymond; gracias,

sobre todo, á la intervención asidua del doctor Tallevaut, en la convalecencia de Juana no se presentaron los accidentes temibles que casi siempre siguen á las operaciones del género de la que la niña había sufrido.

Al cabo de tres semanas, el señor Tallevaut declaró que había desaparecido todo temor de peligro, y que no había ya motivo alguno para que Sabina prolongase su permanencia en Valmoutiers. En vano Vaudricourt, repitiendo todas sus calurosas protestas de gratitud, intentó hacerle aceptar honorarios.

—No (dijo), por nada del mundo tomaría ni un franco.... Además, no puedo, porque ya no ejerzo la medicina....; sólo alguna vez por caridad ó por amistad.

—Sea (dijo Bernardo) por amistad; y la nuestra será firme, invariable hasta la muerte.

—Sin embargo (repuso el Doctor, viendo entrar á Alieta en el salón), en cuan-

to á honorarios, si esta amable señora me propusiera que le diera un abrazo, confieso que aceptaría con gozo, porque la amo mucho.

—¡Oh! ¡de todo corazón!—exclamó la joven, llegando presurosa adonde estaba el Doctor, que la abrazó conmovido.

Se comprende que dos personas como Bernardo y Alieta no podían olvidar tan gran favor, hecho con tanta espontaneidad y desinterés. Desde aquel momento, él y ella se ingeniarian para dar al doctor Tallevaut y á su sobrina, pruebas, pequeñas ó grandes, de la nobleza de sus sentimientos. En cuanto al señor Tallevaut, personalmente, era muy difícil hallar algún medio de serle agradable; todos sus gustos y todos sus placeres se concentraban en el estudio; y las cortesías usadas entre personas de distinción no podían menos de molestarle y distraerle de una manera enojosa. Es decir, que únicamente á su sobrina podían con-

sagrar los testimonios directos de su gratitud. La señorita Tallevaut, aunque poco expansiva, había hablado á Alieta y Bernardo con algunos detalles de su familia, de su madre, paralítica mucho tiempo hacía, y de su situación personal en la casa del Doctor. Había confirmado por ciertas alusiones el público rumor de su proyectada unión con su tutor. Este matrimonio, que parecía dispuesto para el próximo otoño, época de la mayor edad de Sabina, debía ofrecer á los Condes una propicia ocasión de hacer aceptar á la joven algún espléndido regalo. En tanto, la colmaron de particulares atenciones, de diarios pequeños obsequios, naturales entre vecinos unidos por cordial amistad.

Alieta hacía frecuentes visitas á La Saulaye, y frecuentemente llevaba consigo á Valmoutiers á su hermosa vecina, para pasar un día ó dos. El doctor Tallevaut se prestaba de buen grado, á pesar de que la Condesa le privaba de su útil

colaboradora. Pero le complacía en extremo y le lisonjeaba mucho la intimidad de su prometida con una señora cuyo valor moral había comprendido y apreciaba mucho. Y le satisfacía también que su pupila abandonara frecuentemente la vida austera en la que él conocía que la había confinado.

Entre las distracciones que los Condes se apresuraron á ofrecer á la señorita Sabina, la caza fué una de las que supusieron que más le había de complacer. Anunciando á su bella vecina que podía cazar en su propiedad como quisiera, sin temer al más leve proceso verbal, Bernardo le recordó su primer encuentro, insistiendo en encarecer la ira que le causó su intrusión en el ajeno dominio. Este recuerdo pareció alegrar mucho á Sabina; dos deliciosos hoyuelos se formaron en sus mejillas morenas, mientras que sus labios se abrían como el cáliz de una flor, dejando ver la perfecta hilera

y el purísimo esmalte de sus dientes.

—Es lástima (pensó el señor de Vaudricourt) que se ría tan raras veces, porque esta mujer cuando se ríe está arrebatadora.

Desgraciadamente, también era una mujer arrebatadora cuando no se reía.

La señorita Sabina tomó la costumbre de cazar en compañía de los Condes, y procuró, sin resultado por supuesto, comunicar á Alieta el secreto de su sangre fría y su calma ante las hecatombes de la caza; en cambio, Alieta le daba, con el asiduo concurso de su marido, lecciones de equitación, que eran utilizadas á maravilla por la singularísima joven. Bien formada, elegante, bizarra y atrevida, poseía todas las cualidades para brillar en este género de sport, y el traje de amazona convenía admirablemente á la esbelta y seductora armonía de sus formas. El Conde amaestró por sí mismo uno de los más hermosos caballos

de las cuadras de Valmoutiers, para que de él se sirviera la señorita Sabina exclusivamente, mientras llegaba ocasión de que los Condes se le pudieran regalar, con motivo de la boda.

Estas relaciones casi cotidianas, los incidentes de caza, las lecciones de equitación y algunas lecciones de vals después de comer, no podían menos de establecer poco á poco entre la señorita Sabina y los propietarios de Valmoutiers una gran familiaridad. El señor Conde especialmente, sin prescindir, por supuesto, de las más correctas é irreprochables formas, no había tardado en usar con Sabina su manera acostumbrada de ligera y perpetua ironía. Pero en este punto, como vulgarísimamente se dice, había dado con la horma de su zapato, porque la señorita Sabina se las había con él y le disputaba la palma en materia de intencionados chistes y frases irónicas; su voz grave y bien timbrada era

la más á propósito para acentuar la nota sarcástica, que empleaba ya casi siempre con su profesor de baile y de equitación. Sucedió algunas veces que Alieta, detenida en casa por circunstancias diversas, les dejaba ir solos á caza ó á pasear á caballo, bien que seguidos de dos guardas ó dos palafreneros.

Estos paseos de un casado y una soltera no tenían nada de chocantes para los que sabían que Sabina había sido educada en la completa libertad que se acostumbra en América. Además, lo que pasaba entre ellos no podía dar pretexto alguno á la maledicencia, porque entre el señor de Vaudricourt y la señorita Sabina sólo se trataba de detalles hípicas ó cinegéticos, y cuando no se ocupaban en estos asuntos especiales, era para continuar sus escaramuzas inofensivas de frases oportunas, chistes é ingeniosidades. Así, Bernardo, ante la impassibilidad completa de Sabina presenciando

la agonía de un cervatillo, exclamaba:

—Temo, en verdad, vecina, en vista de mil y un síntomas, averiguar que V. no tiene corazón.

Ella le miraba, y respondía tranquilamente:

—Y yo temo que V. tenga demasiado corazón.

Otro día:

—¿Sabe V., estimable señorita ó incomparable vecina, lo que más me gusta en V.?... Pues, sencillamente; que no tiene V. ninguna de las cualidades de la mujer.

—Es verdad (respondía ella); y, además, espera V. que tenga todos los defectos.

—Es posible.

—Es seguro.

Tal era el tono general de sus conversaciones.

Sin embargo, dos ó tres meses habían pasado desde la completa curación de

Juana, sin que el conde de Vaudricourt hubiese manifestado deseos de ir á consolarse en París de las tristezas del campo. En vano Alieta le estimulaba de cuando en cuando, recordándole el programa convenido tiempo hacía entre ellos.

—Puesto que me encuentro bien aquí (decía Bernardo), es inútil que haga el viaje á París.... Me voy aclimatando perfectamente...., incrustándome á maravilla en esta deliciosa residencia...., y conviene que se opere la completa cristalización. Además, querida mía, como tú irás á París después de Pascua, en Abril, bien puedo esperar hasta entonces para que vayamos juntos.

Llegó Abril, y el viaje no se verificó. Á la sazón, no era buena la salud de Alieta, que se había resentido mucho después de la escena de Saint-Germain, y sobre todo con motivo de la terrible y peligrosa enfermedad de su hija. La po-

bre madre había sufrido mucho. De algún tiempo atrás padecía frecuentes desvanecimientos, que algunas veces afectaban carácter de síncope. Sin embargo, según la opinión del señor Tallevaut, enteramente conforme con la del doctor Raymond, el mal no presentaba ninguna gravedad, pues no estaba interesado ningún órgano vital, y se trataba solamente de un estado anémico, consecuencia de las crisis que el espíritu de la excelente señora había experimentado recientemente. Alieta, sin embargo, insistió en no renunciar á sus propósitos, mostrándose dispuesta á hacer el viaje á París. Pero su marido opinaba de otro modo.

—En realidad (le decía), no quieres ir más que para darme gusto, y no me daría gusto llevarte cuando tu salud no es completamente buena, exponiéndote á que las molestias del viaje te pudieran dañar... Cuidate, fortalécete, procura tranquilizar esos pobres nervios, y este

otoño, cuando vuelvas de casa de tu madre, realizaremos nuestro viaje á París. Cuanto más tardemos en ir, más agradable nos ha de parecer.

La señora de Vaudricourt procuraba, con la mejor voluntad, calmar sus pobres nervios, como su marido tenía la bondad de aconsejarle; pero hubiera sido preciso que él la ayudara, y, desgraciadamente, como el lector comprende, hacía todo lo contrario.

Tranquila ya respecto del estado de salud de su hija, y enteramente dueña de su delicada y segura inteligencia, no era posible que tardase Alieta mucho tiempo en comprender los inconvenientes y hasta los peligros de la intimidad casi forzosamente establecida entre los habitantes de La Saulaye y los de Valmoutiers. La novísima afición de su marido á la vida del campo, su empeño en no interrumpirla ni aun por pocos días, habían acabado de abrir los ojos de la

digna esposa. Era evidente que le retenía algún interés secreto que ocupaba y dominaba por completo su imaginación. La señora de Vaudricourt veía ya con perfecta claridad la seducción particular que debía ejercer sobre un carácter como el de Bernardo, sobre todo en la ociosidad de la vida del campo, la singular y extraña personalidad de la señorita Sabina, su belleza peregrina y original, su genio animoso y varonil, y el aire de misterio que parecía rodearla. No la temía solamente como á una mujer que podía arrebatárle el corazón de su marido; la temía como á un espíritu enemigo, como á un ser irónico y mal intencionado, una especie de ángel malo, que venía á destruir su propia influencia sobre el alma de su marido, y á desvanecer para siempre todos sus sueños y todas sus esperanzas de esposa cristiana. No ignoraba que Sabina había sido educada por su tío en la negación de las creencias que ella, la

pobre, tanto amaba, y, sin saber por qué, esta incredulidad declarada, que no le chocaba en el doctor Tallevaut, le parecía odiosa y repugnante en la señorita Sabina.

¿Y qué podía hacer? El Doctor había salvado á su hija de una muerte segura. La señorita Sabina había tomado parte con gran abnegación y superior inteligencia en la obra de salvación, y era uno de los más grandes tormentos de Alieta la pesadumbre de esta obligación de reconocimiento hacia aquella que consideraba como un genio funesto, introducido en la casa para su perdición.

Todos estos sentimientos contradictorios se chocaban y confundían en el alma de Alieta, la perturbaban poderosamente, y la condenaban á un estado tan violento y tan penoso, que ésta era, á no dudar, la causa de sus frecuentes indisposiciones.

En tanto, el señor de Vaudricourt, sin estar tan dolorosamente afectado, tam-

co estaba tranquilo. No se preocupaba del mal de celos y las aprensiones morales de su mujer, ni éste era el motivo de su intranquilidad, porque ni siquiera los sospechaba. Completamente extraño á la profundidad del disimulo, cuyo privilegio compartía Alieta con todo su sexo, estaba demasiado absorbido por las impresiones que le producía la presencia de Sabina para fijar la atención en todo lo que no fuera esta singular mujer. Como todos los que están dominados por una pasión de esta naturaleza, para todo lo demás sólo tenía una distraída indiferencia; no veía más que su pasión, y, como siempre sucede, estaba persuadido de que sólo él la veía; parecía además que su conducta y su actitud respecto de su peligrosa vecina eran irreprochables; si aprovechaba lo más frecuentemente que podía las relaciones de vecindad y de intimidad que las circunstancias le habían impuesto, si procuraba con la mayor solicitud

todas las ocasiones de acercarse á ella, de sentir su contacto, de oír sus pocas palabras, de respirar su aliento, jamás habían podido hacer público su secreto un acto imprudente ni una sola palabra poco meditada; creía, pues, firmemente ser el único dueño de su secreto, y verdaderamente, exceptuando las dos personas á quienes este secreto interesaba más, su mujer y la señorita Tallevaut, él era solamente quien lo sabía. El señor de Vaudricourt no era seguramente un niño, ni un tonto, ni un loco; era una inteligencia cultivada y despierta, pero estaba enamorado, lo estaba apasionadamente, quizá por la primera vez de su vida, y, por consiguiente, la mayor parte de sus facultades intelectuales experimentaba por el momento un eclipse completamente total.

Por suerte, estaban más enteras sus cualidades morales, y no sucumbiría á su fatal pasión sin combatir antes enér-

gicamente. No se le ocultaba que el amor de la señorita Tallevaut le estaba vedado por las leyes más elementales, no solamente de la moral, sino del honor; era pariente, pupila y prometida del hombre cuya ciencia y cuya generosidad habían salvado á su hija. No podía obligarla á faltar á sus deberes sin hacerse culpable, respecto de aquel hombre, de la más vil ingratitude y de la más baja y cobarde traición. Bernardo sabía todo esto, y hacía en realidad todo lo que podía para evitar caer en estos abismos de vergüenza; todo, excepto lo único que debía hacer, que era huir.

No hallando en sí mismo fuerzas para sustraerse al encanto en que le envolvía la presencia de aquella hermosa y singular mujer, tranquilizaba su conciencia pensando en los obstáculos poderosísimos que los separaban.—Habría experimentado en su vida las emociones de una pasión desgraciada, de un vehe-

mente deseo imposible de realizar. Si sufría más ó menos, era cuenta de él, y de nadie más. Por lo demás, antes se levantaría la tapa de los sesos que faltar grosera y odiosamente á quien había salvado la vida de su hija.

Como para redoblar y fortificar todavía más los obstáculos insuperables que se levantaban entre Sabina y él, uníase cada vez más íntimamente con el doctor Tallevaut, á quien sinceramente estimaba. Sabía por sus guardas y sus renteros, que el Doctor, no sólo repartía entre la gente pobre del país socorros y limosnas muy considerables relativamente á su modesta fortuna, sino que les hacía sacrificios aun más meritorios, consagrándoles todas las mañanas, en visitas y consultas, un tiempo precioso arrebatado á sus estudios. Admiraba tanto más en su vecino esta caridad tan discreta, tan pródiga y tan desinteresada, cuanto que no ignoraba con qué apasio-

nada atención se consagraba á sus estudios científicos y á la obra capital en que debía resumirlos. Esta obra, que se publicaba dos ó tres años hacía, por cuadernos semestrales, y cuyos primeros pliegos le habían valido ya la más alta sanción del Instituto, era una especie de recopilación histórica del progreso de las ciencias naturales, desde el principio hasta el fin de este siglo, y se titulaba: *Inventario científico del siglo XIX*. La idea no más de semejante empresa, realizada en sus condiciones necesarias de desarrollo y método, tiene algo de abrumador para la imaginación. El doctor Tallevaut se había dedicado á esta obra desde su juventud con el entusiasmo de un apóstol, porque, no solamente amaba la ciencia por los profundos goces intelectuales que le procuraba; la amaba con un amor casi piadoso por los grandes resultados que esperaba de ella para el porvenir moral y religioso de la humanidad.

¡ Cosa extraña! Aunque este misionero de la ciencia y del libre pensamiento no podía ser para Alieta más que una especie de peligroso nihilista, no por eso dejaba de sentir en su corazón un dulce afecto hacia el Doctor, y lo mismo el Doctor, que á pesar de sus grandes prevenciones laicas, sentía una afectuosa predilección por su católica vecina. Parecía que estas dos excelentes personas estaban enlazadas por sus virtudes contradictorias pero igualmente superiores. Á la verdad, el doctor Tallevaut se abstenia severamente delante de Alieta de todo concepto que pudiera ofender sus creencias. No observaba, naturalmente, la misma reserva con el Conde, cuyas ideas había adivinado muy pronto.

Quando Sabina estaba instalada momentáneamente en casa de los Condes, el Doctor se quedaba á comer alguna vez; volvíase luego á su casa á pie, y

casi siempre le acompañaba una buena parte del camino. En estas entrevistas, bastante frecuentes y prolongadas, su conversación era cada vez más íntima y más amistosamente franca. Trataron más de una vez la cuestión religiosa, y no sorprendió poco al Conde notar que el lenguaje del Doctor sobre estas materias era tan distinto de la ironía volteriana como del grosero furor anticlerical. En su lenguaje hallábase la gravedad, el respeto y la dulzura de un gran carácter, que está exento de toda pasión odiosa. Su acento mismo era profundamente religioso, porque él tenía su fe, y como ésta era sincera y entusiasta, se dejaba llevar de cierto ardimiento de proselitismo. Lo que él no admitía en manera alguna, en materia religiosa, era la indiferencia, y procuraba hacer comprender á Bernardo sobre este punto verdades bastante delicadas, que éste aceptaba, sin embargo, cordialmente, porque la bondad afectuo-

sa de la forma dulcificaba notablemente la austeridad del fondo.

«Era, á juicio de Tallevaut, indigno de un hombre renunciar á toda creencia ideal por haber perdido el ideal cristiano; era necesario, de toda necesidad, sentir una creencia ideal, si no se quería confundirse poco á poco con los animales. Un hombre bien nacido, que no cree nada y que se resigna, está sostenido algún tiempo por los impulsos primeros de su educación, por las conveniencias exteriores de su clase social; pero, en realidad, el sentimiento del deber y de la dignidad moral, no fundándose en nada, se desvanece en él cada vez más; no tiene más que un objetivo en la vida, el de los fáciles y bajos placeres; desciende así poco á poco, bajo su barniz de hombre civilizado, á la escala moral del negro, y en este descenso, á medida que envejece, va cayendo más bajo. Su misma inteligencia se deprime y se ex-

tingue, y no aprecia de las cosas del espíritu más que lo que pueden tener de fútil, de superficial, y en cierto modo de material. En cuanto á la lectura, no estima más que la de novelas ó periódicos; respecto de teatro, no le gustan otras obras que las de un orden inferior y los espectáculos que sólo tienen por objeto el placer de los sentidos.... ¿No es esta la historia de los hombres ó de los pueblos que han perdido el ideal?

»El sentimiento religioso, la creencia en un ideal, pueden únicamente dar al hombre la voluntad, la fuerza y el gusto de cumplir noblemente su destino, consagrando su vida al culto del bien, de lo verdadero, de lo bello, y depende de todo hombre inteligente llegar á esta creencia ideal por la contemplación y el estudio de la naturaleza; es decir, por la ciencia. Por la ciencia es, pues, por donde se debe conseguir llenar el vacío espantoso que dejan en el mundo moral

las antiguas religiones agotadas. Por la ciencia era por donde el mismo Doctor se había elevado él mismo á esta fe que le sostenía en su ruda labor científica, la cual era al propio tiempo una obra de propaganda: el bien que prodigaba en su derredor, la ciencia era la que se lo inspiraba.»

¿Cuál era, en realidad, esta religión filosófica en que el Doctor adquiría el valor y las virtudes que todos le reconocían? Él mismo la explicaba al Conde, con una elocuencia y una elevación de lenguaje, que quisiéramos poseer en este momento, en que hemos de limitarnos, por carecer de ellas, á resumir brevemente la teoría. El señor Tallevaut había llegado, en el curso de sus estudios, á adquirir la convicción de que la obra divina de la creación se prosigue indefinidamente en el universo; que todo ser inteligente está llamado á contribuir y á colaborar en cierto modo, por su parte, en esta obra de perfección y armonía pro-

gresivas; que es su deber hacerlo, y que debe hallar en el estricto cumplimiento de este deber, y en la conciencia de trabajar por un fin superior, la recompensa y la alegría de su vida.

—Pero (decía el Conde), puesto que se trata de suplir las religiones que se extinguen, ¿espera V. acaso, Doctor, convertir jamás la masa humana, el pueblo, en una palabra, á esa religión filosófica que V. preconiza, y cuya grandeza no niego, pero que exige tan poderosa iniciación intelectual?

—No me forjo esa ilusión (respondía el doctor Tallevaut); pero es inútil: bastará convertir una parte escogida de ese pueblo, y llegará á ser un día bastante importante para dominar la multitud, y obligarla al deber por la autoridad moral ó por la fuerza.

—Pero, Doctor (observaba el Conde jovialmente); veo que es V. un terrible aristócrata.

—Seguramente. ¿Me había V. tomado por un demagogo, porque soy un hombre de ciencia? Es una idea singular, aunque muy generalizada, y es lo contrario de la verdad. La ciencia es la enemiga natural de la democracia, porque la ciencia es la enemiga natural de la ignorancia, y más aún de la medianía.... ¿Y qué puede hacer la democracia más que elevar los ignorantes al rango de mediocres? ¡Es un progreso horroroso! Yo, personalmente, me compadezco de los ignorantes, de los débiles, de los miserables; pero halagar sus pasiones y sufrir su dominio, eso jamás.

Y después, volviendo á hablar de sus sentimientos religiosos, decía:

—Créame V., amigo mío, es infinitamente dulce y consolador sentir que se vive en la verdad, y que se camina por el mundo, por decirlo así, asido de la mano del Eterno, porque se hace su obra con él.... De esta suerte es cómo yo

vivo en una serenidad que puedo decir que tiene algo de la vida del paraíso.... Si alguna vez me siento perturbado, es por el temor de no poder realizar hasta su término la obra á que he consagrado mi existencia.

—¿Y por qué esos temores, mi querido amigo? Está V. en toda la fuerza de la edad.

—Sin duda; pero.... *ars longa vita brevis*. Y además, tengo la cabeza un poco voluminosa y el corazón también; de suerte, que me veo obligado á limitar mis horas de trabajo. Esta es mi única tristeza en este mundo:

VII.

La misma noche en que Tallevaut y el Conde tuvieron la conferencia de que hemos dado una idea al lector, la condesa de Vaudricourt, después de haber tocado un poco el piano á instancias de Sabina, se sintió fatigada, se excusó con la sobrina del Doctor, y abrazándola como todas las noches, se retiró á su habitación. Mediaba entonces el mes de Mayo; el día había sido hermoso, y la noche lo era también. Alieta, antes de comenzar á desnudarse, se había acercado á una

vivo en una serenidad que puedo decir que tiene algo de la vida del paraíso.... Si alguna vez me siento perturbado, es por el temor de no poder realizar hasta su término la obra á que he consagrado mi existencia.

—¿Y por qué esos temores, mi querido amigo? Está V. en toda la fuerza de la edad.

—Sin duda; pero.... *ars longa vita brevis*. Y además, tengo la cabeza un poco voluminosa y el corazón también; de suerte, que me veo obligado á limitar mis horas de trabajo. Esta es mi única tristeza en este mundo:

VII.

La misma noche en que Tallevaut y el Conde tuvieron la conferencia de que hemos dado una idea al lector, la condesa de Vaudricourt, después de haber tocado un poco el piano á instancias de Sabina, se sintió fatigada, se excusó con la sobrina del Doctor, y abrazándola como todas las noches, se retiró á su habitación. Mediaba entonces el mes de Mayo; el día había sido hermoso, y la noche lo era también. Alieta, antes de comenzar á desnudarse, se había acercado á una

de las ventanas de su habitación, para respirar el vago perfume que esparcían en el aire las primeras violetas y los lirios del valle. Sobre las hojas nacientes de la arboleda y sobre la extensión de los campos, el cielo, cuajado de estrellas, derramaba una blanca luz sideral. En medio de la soñadora contemplación en que se absorbía la joven condesa de Vaudricourt, sintió súbitamente un ligero estremecimiento; acababa de ver la sombra esbelta y elegante de la señorita Sabina, atravesando una calle de árboles del parque, y dirigiéndose hacia una larga avenida que llegaba, abreviando mucho el camino, á muy corta distancia de La Saulaye.

Eran cerca de las once de la noche cuando el señor de Vaudricourt, habiéndose separado del Doctor, y volviendo á Valmoutiers, divisó en la penumbra de la avenida una mujer que avanzaba, andando con paso ligero y silencioso, cu-

bierta la cabeza y el busto con una mantilla á la española. Al punto la reconoció: era la misma mujer encantadora cuya imagen perturbadora evocaba en aquel momento mismo, en el cuadro delicioso de aquella hermosísima noche de primavera. La emoción del Conde fué tan grande, que le pareció que su corazón cesaba de latir, y después latía con vertiginosa violencia.

Pronto estuvieron separados por poquisimos pasos de distancia.

— ¡Cómo, señorita! (dijo Bernardo, con aparente tranquilidad.) ¿Es V. misma? Yo creía que era el fantasma de V.

— No (respondió la joven, con la misma calma); no es mi fantasma; soy yo misma. Está tan hermosa la noche, que he sentido deseo de disfrutarla unos momentos, y he venido por aquí, con la vaga esperanza de encontrar á V.

— Eso no lo creo. Lo que creo es que

ha salido V. á coger hierbas mágicas en el bosque, á la luz de las estrellas.

—¿Como una maga?

—Como una joven y hermosa maga.

—Es V. muy amable. — Volveremos: ¿le parece á V.?

—¡Si V. quiere volver!

—Naturalmente, quiero volver.

Y volvió, en dirección á la casa, en compañía del Conde. Parecía, contra su costumbre, dominada por cierta inquietud, y se quitaba y se ponía y se volvía á quitar uno de sus guantes, como distraída y preocupada.

—Es increíble (dijo) todo lo que se oye de rumores extraños en los bosques, de noche.

—¿Ha tenido V. miedo?

—¡Qué gracia! Miedo no; pero me ha parecido antes oír una ó dos veces pasos muy cerca de mí.

—Es posible. Ya sabe V. que por aquí hay muchos cazadores furtivos.

— Y cazadoras, — observó Sabina riendo.

—Con las cazadoras transijo (añadió el Conde jovialmente). ¿Quiere V. apoyarse en mi brazo, señorita?

—No, gracias.

Después de un minuto de silencio, dijo Sabina:

—¿De qué ha hablado V. con mi tutor?

—¡Oh! De cosas muy serias: de ciencia, de filosofía y de religión.

—Todo eso no puede dejar de aprovechar á V.

—Así lo espero (contestó el Conde); pero hasta ahora no hago más que sentir más amargamente la distancia que me separa de un hombre como el Doctor.... Si, como él, hubiera consagrado mi vida al estudio, á la ciencia, en vez de disiparla en estúpidos placeres, sería mejor y más dichoso.

—¿Cree V. eso?.... Mejor, es probable....

porque no sería difícil....; pero más dichoso, lo dudo.... Ya sabe V. que yo he estudiado mucho. No hay una sola de esas constelaciones allá arriba, cuyo nombre y cuyas evoluciones no conozca yo; no hay un insecto dormido en estos matorrales cuyo misterioso organismo no conozca también, así como el género y la especie á que pertenece y sus costumbres; no hay una piedra en este camino cuya edad genealógica no pueda precisar....; no hay una hoja de árbol ni una gota de rocío que no pueda analizar con perfecta exactitud...., y, sin embargo, todavía no he podido persuadirme de que soy más dichosa ni mejor.

—V. sola, en este mundo, creo que sabe lo que pasa en su cabeza y en su corazón.

—Quizá.

—¡Sabina!

—¡Señor Conde!

—¿Puedo permitirme preguntar á V.,

en medio de esta soledad, cuál es su religión?

—La de mi tutor, naturalmente.

—¿Y piensa V. que esa religión le bastaría á V. para resistir á todas las tentaciones de este mundo, aun á las más poderosas, á las más terribles?

—Hasta ahora me ha bastado.

—Debe V., en ese caso, señorita, hacerme participe de ella...., porque el Doctor, á pesar de su convicción y su elocuencia, no lo ha conseguido...., y nunca como ahora he necesitado yo más de la seguridad y de la firmeza de voluntad, que sólo puede encontrarse poseyendo una creencia superior.

—¿Quiere V. formalmente, señor Conde, que le predique mi religión?

—Sí, formalmente.

—Causaría eso un profundo pesar á la amable condesa de Vaudricourt.

—Mi mujer (dijo gravemente el Conde) sabe que me he separado largo tiem-

po hace de sus creencias, y que jamás volveré á ellas.

—¡No! (repuso la señorita Sabina); le causaría profunda pena...., y yo amo mucho á la Condesa...., mucho. Además, distingo ya las luces del castillo, y nos faltaría el tiempo, pues entiendo que no ha de ser cosa de poco momento convertir á V. Y además....

—Además, ¿qué?....

—No está V. iniciado...., no me comprendería V.

—Muchas gracias....; pero pruebe V., por favor.... ¡Amo tanto la voz de V., que aunque no entendiese las palabras, el sonido me enajenaría!....

—Señor Conde, no me diga V. lisonjas, ¿entiende V.?.... Prefiero las impertinencias...., y me gusta devolvérselas...., porque, en realidad, ese es el único tono posible y conveniente entre nosotros.... ¿Me comprende V.?

Había levantado la cabeza, y le mi-

raba con la boca entreabierta por su sonrisa de esfinge, mostrándole el hermoso semblante que los resplandores del cielo hacían palidecer.

El Conde se detuvo, se inclinó un poco hacia ella, y con una mirada apasionada y voz profunda, le dijo:

—¡Oh, Sabina! ¿Por qué ha de haber entre los dos abismos insuperables?....

Como para reprenderle y calmarle, Sabina puso su mano desnuda sobre la del Conde.

—Vamos, señor Conde,—dijo suavemente.

El Conde retuvo la mano de Sabina, que era un poco grande, pero de admirable forma.

—¡Dichoso (exclamó) el que posea para siempre esta mano tan bella, tan fuerte!

Y con un movimiento que Sabina no pudo evitar, imprimió en ella un beso apasionado.

Sabina retiró la mano vivamente, y dió un paso atrás.

— ¡Ah! (exclamó.) ¡Á una joven sin defensa.... que confía en V.!....

— Perdón.

— ¿Me he engañado? ¿No es V. un hombre de honor?

— Puede V. estar segura de que lo soy.

— Veremos.

Continuaron su camino en silencio, y entraron en el castillo sin haber cambiado una palabra más.

Un poco después, la condesa de Vaudricourt entraba también por la puerta de la escalerilla particular que conducía á sus habitaciones, y que había dejado abierta al salir.

El día siguiente volvió Sabina á su casa, después de haber pasado algunos días en la de los Condes. El doctor Tallebaut, que vino á buscar por la tarde á su sobrina, encontró á la señora de Vaudricourt bastante desmejorada. Desde el día

anterior había sufrido algunos desvanecimientos. No había podido comer. El Doctor la interrogó, la examinó y la auscultó con profunda atención. Confirmó de nuevo el diagnóstico del doctor Raymond, asegurando que el mal no tenía ninguna gravedad, y sólo se trataba de ligeras alteraciones nerviosas. Ordenó que se continuara el mismo régimen de los tónicos, ejercicio moderado y alimentación nutritiva.

Sin embargo, antes de salir con Sabina, llevó al Conde á un sitio apartado en el parque, y le dijo :

— Querido vecino, tiene V. que perdonarme; voy á abordar cuestiones muy delicadas; pero creo que cumplo con mi deber de médico y de amigo.

— Pues ¿qué pasa? ¿Teme V. que mi mujer?....

— No, no es nada; pero su estado anémico se prolonga más de lo que yo había previsto. La señora Condesa ha te-

nido ya tiempo de reponerse de las emociones que experimentó durante la enfermedad de su hija.... Parece que debe haber otro motivo, que produce el efecto que ahora notamos.... No veo en la vida de la Condesa más que elementos de felicidad.... Sin hablar de las ventajas y placeres que proporciona una gran fortuna, tiene un excelente marido, una hija preciosísima, una familia y amigos que la adoran, y, sin embargo de todo esto, su enfermedad es la de una mujer desgraciada, de una mujer que sufre moralmente...., que siente algún gran pesar.... ¿V. sospecha algo?.... ¿Puede V. adivinar cuál puede ser su pena, cuál es su tormento?....

— ¡Ah! Sí (contestó Bernardo con acento de profunda y sincera tristeza); lo que le atormenta ahora, es lo mismo que, desde que nos casamos, ha sido el torcedor y la amargura de nuestras dos existencias.... V. conoce bien la piedad,

la fe ardiente de mi mujer; ha comprendido V. que yo no participo de esa fe.... El sueño de mi mujer desde el primer día de nuestra unión, ha sido convertirme á sus creencias....: esta idea se ha apoderado de ella en absoluto, y la martiriza.... Ha creído que eran las distracciones, las depravaciones de París las que me impedían volver á la religión.... Abandoné París para quitarle esa idea, y no puede V. figurarse lo que me ha costado. Ahora comprende que no soy más creyente en el campo que en la ciudad...., y sin duda la desesperación del desengaño es la que de tal manera compromete su salud....; porque, verdaderamente, no puedo imaginar otro motivo que explique la dolencia moral que V. cree que padece.... Pero, en fin, físicamente no habrá peligro, ¿eh?....

— No veo ahora ninguno.

— ¡Ah, Doctor! ¿sabe V. que es muy difícil, por muy buena voluntad que se

tenga, ser feliz en la vida de familia?... Y esto no tiene remedio.... Hoy, generalmente, un hombre que se casa no tiene fe.... Si se casa con una joven educada á la moderna, es decir, á la diablo, está muy en peligro de ser el marido de una cortesana, y si se casa con una señorita educada en las antiguas tradiciones, no tiene intelectualmente nada de común con ella....: el matrimonio no es más que un divorcio moral. ¿Será que está perdida la institución, y habrá que renunciar á ella?

—Lo mejor, amigo mío (contestó el Doctor), sería dar á las mujeres una educación más conforme con el tiempo en que vivimos, y más en armonía con el estado de nuestros conocimientos....; eso sería sustituir en su espíritu un ideal nuevo al ideal cristiano.... Eso será lo que haga el porvenir....; es acaso lo que se hace ya en el presente...., y, si V. me permite que lo diga, es lo que he hecho

yo mismo en mi casa.... Es verdad que las circunstancias me han favorecido, poniendo en mi poder esa joven que V. conoce.... Su padre había muerto arruinado; su madre, poco tiempo después, quedaba paralítica para siempre.... La niña no tenía más protector que yo en el mundo...., y quedó confiada á mi exclusiva dirección.... Es verdad que tenía las mejores disposiciones, y he podido educarla á mi gusto, en mis principios, y formarla poco á poco para ser un día la compañera de mi vida y de mi pensamiento.... No creo necesario decir que he esperado, antes de verificar nuestro matrimonio, que llegara á edad de obrar en completa libertad, y que, para el caso en que sus sentimientos no estuviesen acordes con los míos, he asegurado su porvenir.

—Esa conducta es digna de V. (dijo el Conde); pero he de hacer observar á V. que Sabina es una inteligencia privi-

legiada.... Las mujeres como ella siempre serán una excepción.

—Creo lo contrario; creo que en un porvenir bastante próximo, el tipo intelectual y moral de Sabina, seguramente excepcional hoy, será generalmente el tipo de la joven.... Es preciso tener esta esperanza, si no se quiere admitir la hipótesis inverosímil de que se vuelva á una religión revelada; porque, fuera de estas dos condiciones, el matrimonio, que es una necesidad social, dejaría de ser viable.

El Doctor y Bernardo fueron al encuentro de Sabina, que, después de haberse despedido de Alieta, los esperaba. El tiempo continuaba magnífico, y Sabina prefirió ir á pie. Dirigiéronse, pues, á La Saulaye, acompañándoles Vaudricourt hasta la mitad del camino. Cuando se separó de ellos, Sabina siguió en silencio algunos momentos al lado de su tutor; luego sonó dulcemente, en la tran-

quilidad de la noche, el timbre grave y armonioso de su voz.

—Tío (dijo): temo que la señora Condesa esté gravemente enferma. ¿No lo cree V.?....

—No, no, hija mía, á Dios gracias.... Nadie se muere de nada.

—Ha sufrido hoy un síncope tan profundo y tan largo, que me dió miedo.

—Sí....; nada asusta tanto como un síncope; y, sin embargo, cuando no hay afección orgánica, es un accidente sin gravedad. La Condesa no tiene ningún mal en el corazón....; es anemia sencillamente.

—Pero yo he leído, tío, y no sé dónde, pero lo he leído, que ciertos casos de anemia suelen tener un término fatal.

—Sin duda; se ha visto más de un anémico, cuyas fuerzas estaban agotadas, sucumbir súbitamente en un síncope....; mas estos son casos infinitamente raros; y con una constitución apenas gas-

tada, como la de la Condesa, son imposibles.

—Ella dice que padece esos accidentes hace mucho tiempo....

—Sí....; ¡pobre señora!.... Es un espíritu muy padecido, muy atormentado.... La pobre tiene ideas quiméricas....

—¿Es decir, que V. no teme nada?

—Absolutamente, hasta ahora.

—Mucho lo celebro, tío.

Habían llegado delante de la verja de La Saulaye, y sus sombras se perdieron en la espesa obscuridad proyectada por los enormes sauces.

Á fines de la misma semana, algunos amigos de París, atraídos por lo magnífico del tiempo, llegaron á pasar tres ó cuatro días en Valmoutiers. La antigua amiga de los Condes, la duquesa de Castel-Moret, era quien había organizado y dirigía la caravana. Las cartas de Alieta y de su marido le habían informado de la enfermedad de Juana y de

los incidentes de su milagrosa curación. En cuanto llegó, manifestó la curiosidad de conocer á la joven Sabina, de cuya extraña personalidad había recibido noticias muy interesantes.

—¿Y la hermosa judía? (preguntó al Conde.) ¿No tendremos ocasión de verla?

—¿Qué judía, mi querida Duquesa?

—Pues la que ha curado á Juana.

—¿La señorita Tallevaut?... No es judía.

—¿De veras?... ¿No es judía? Pues yo creía que lo era, como aquellas hermosas judías, de gran turbante, que ejercían la medicina en la Edad Media...., y curaban á los caballeros heridos; como Rebeca en *Ivanhoe*.... En fin, judía ó no, me interesa mucho.... ¿No la podremos ver?

Para complacer á la Duquesa, se envió á La Saulaye un coche, y el cochero llevó un billete escrito por Alieta al doctor Tallevaut. Le pedía perdón por

sustraerle otra vez á su bella sobrina, á quien quería presentar á una amable señora que acababa de llegar á Valmoutiers.

Sabina llegó al mediodía, y obtuvo entre las visitas de los Condes el éxito de belleza y de distinción incomparable que merecía.

—Es (dijo la Duquesa) una Venus severa.

La señora de Vaudricourt, á quien, aparentemente á lo menos, los cuidados de ama de casa habían fatigado bastante con motivo de la llegada de sus amigos, sufrió en la mañana del día siguiente, á la hora en que tenía costumbre de levantarse, una nueva crisis, producida por la debilidad, y tuvo que resignarse, atendiendo el consejo del doctor Raymond, á no salir de su habitación. No recibió durante el día más que á su marido, la señorita Sabina y la Duquesa, la que, suponiendo que en Valmoutiers no iba á

divertirse mucho, por la tarde regresó á París con los amigos que la habían acompañado.

La señorita Sabina se disponía también á volver á su casa, cuando, en el momento de despedirse de Alieta, ésta sufrió un nuevo síncope, que se prolongó muchos minutos y que alarmó mucho á su marido. Suplicó á Sabina que no se separase de Alieta, y no atreviéndose á llamar al señor Tallevaut, de cuya bondad temía abusar, llamó al doctor Raymond. Éste declaró que después de este último ataque había quedado el pulso más débil é irregular que de costumbre. No vió, sin embargo, ningún síntoma alarmante en el estado de la enferma; prescribió sencillamente que se continuara, aumentando un poco las dosis, la medicación tonificante y calmante, á cuyo régimen estaba sometida la digna señora, y cuyos principales elementos eran el vino de Quinquina, el éter y la valeriana.

El día siguiente, aunque la Condesa pudo levantarse, los desvanecimientos se repitieron varias veces, con intermitencias de agitación y de profundo malestar. Por la tarde cayó nuevamente la enferma en un angustioso síncope, del que costó mucho hacerla volver. Cuando recobró el conocimiento, pidió que la llevaran su hija, á la que no había visto desde el día anterior; la sonrió, acariciándola como acaricia á sus hijos una madre, la abrazó y la besó con efusión, y luego dijo á la niña, asombrada de ver lágrimas en los ojos de su madre:

—¡Anda, niña mía; ve á jugar!

El señor de Vaudricourt y Sabina, secundados por la anciana criada Victoria, siempre alerta, estaban día y noche en la habitación de la enferma, la cuidaban con igual solicitud, afectando, para no alarmarla, la mayor tranquilidad. Sin embargo, el Conde comenzaba á alarmarse grandemente, y habiendo podido hablar

sólo con Sabina algunos momentos, le dijo:

—Pero, en fin, Sabina: ¿está V. segura de que no se equivoca? Yo no puedo menos de tener la más completa confianza en el doctor Tallevaut, y, sin embargo, advierto en mi mujer un notable cambio..., una alteración muy pronunciada del semblante.... ¿V. no advierte lo mismo?

—Señor Conde, yo no puedo menos de recordar lo que mi tío me decía hace dos días, que hablábamos de la situación de la Condesa; no tiene ningún órgano interesado, y nadie se muere de nada.

Sabina se separó del Conde en el patio, donde éste quedó paseando con inquietud. De pronto vió aparecer en la puerta de hierro al Cura de Valmoutiers, que llegaba con visible premura; al mismo tiempo vió á la criada Victoria, que en lo alto de la escalinata parecía esperar con ansia la llegada del clérigo.

—¿Es V. (exclamó el Conde, dirigiéndose airado á Victoria) la que ha mandado llamar al Cura?...

—Sí, señor,—respondió Victoria, mirándole con firmeza.

—¿Es que la señora ha pedido el auxilio del Cura?...

—No, señor; pero, digan lo que quieran, yo veo que la señora está muy mal...

—¡Y V., miserable, es quien la va á matar con una emoción tan grande!

Antes de que Victoria pudiera responder, la súbita aparición de la señorita Tallevaut en el vestíbulo puso fin á la discusión entre el señor Conde y la fiel criada.

—Señor Conde (dijo Sabina con una gravedad y una emoción visibles): creo deber rogar á V. que envíe inmediatamente á buscar á mi tío.

El señor de Vaudricourt le interrogó con una mirada, y juntando las manos, lanzó una dolorosa exclamación. Llamó

á un criado, á quien dió sus órdenes, y el criado se dirigió inmediatamente á la cochera.

El Conde, saludando al Cura de Valmoutiers, le dijo:

—Señor Cura, tenga V. la bondad de seguirme....; pero permítame V. que anuncie antes á mi mujer la llegada de V.

El clérigo se inclinó humildemente.

El Conde subió á la habitación de Alieta. Estaba tendida sobre una *chaise-longue*, y parecía dormir. Cuando entró su marido entreabrió los ojos.

—Querida mía (le dijo el Conde, cogiéndole una mano, que ella le abandonó con visible complacencia, en medio de su postración); acabo de reñir á nuestra pobre vieja Victoria...., que empieza ya á perder la cabeza.... Á pesar de las repetidas seguridades de los médicos, se ha asustado la pobre, creyendo que estás muy mala...., y ha hecho llamar al Cura del pueblo.... ¿Quieres recibirle?

—Sí, sí; de buena gana.

Suspiró penosamente, y fijó sus grandes ojos azules en su marido; sus ojos, llenos de una angustia tan profunda y tan extraña, que el Conde sintió frío en los huesos, y quedó aterrado.

No pudo menos de preguntar á Alieta con la más sincera emoción:

—Dime, niña mía: ¿no me amas ya?...

—Siempre, —murmuró la pobre Condesa.

El Conde se inclinó y besó con efusión en la frente á su mujer. Ésta vió lágrimas en los ojos de su marido, y le miró como sorprendida.

El Conde se dirigió á la puerta de la habitación, hizo pasar al Cura que esperaba, y se retiró.

Durante una media hora mortal, el Conde paseó en el gran salón del castillo, deteniéndose repetidas veces delante de las ventanas que daban al patio. La señorita Tallevaut estaba también en el

salón, silenciosa y muy pálida, sentada cerca de un velador, y apoyando, en su postura habitual, el brazo en el mueble y la cabeza en su mano. El Conde, en su agitación, pronunciaba palabras entrecortadas y confusas.

—¡Pero esto no es posible!.... ¿De qué se muere esa infeliz?.... ¡Esto es un rayo!.... ¡No, no es posible!....

—Esperemos á mi tío (dijo Sabina).

Vinieron á avisar al Conde, según él tenía prevenido, que el señor Cura había salido ya de la habitación de la enferma. Volvió al lado de su mujer, y Sabina le siguió. Pero Alieta, que estaba completamente abstraída, pareció no haber notado su llegada. Tomó, sin embargo, de la mano de su marido la poción que éste le presentaba. Victoria dijo al Conde que el Cura, á petición de la enferma, volvería un poco más tarde con los santos Sacramentos.

Á las siete de la tarde llegó el doctor

Tallevaut; en cuanto vió á Alieta, pasó por su semblante, como una ráfaga, la más extraña expresión de estupor. Después, recobrando súbitamente la impasibilidad profesional, levantó dulcemente el brazo helado de la enferma, buscó el pulso apenas perceptible, contempló un momento sus marmóreas facciones, sus ojos medio cerrados, é inclinándose sobre ella, murmuró á su oído algunas palabras de consuelo y esperanza muy dulces y muy tiernas, como si hablara con un niño.

Y llevó al Conde á una habitación inmediata, y estrechándole la mano convulsivamente, le dijo:

—Señor Conde, pido á V. perdón.... Es horrible decirlo ahora....; pero mi miserable ciencia me ha engañado...., y ahora, ahora es impotente.... Su mujer de V. va á morir.

Al mismo tiempo oyóse un grito en la habitación de Alieta, y luego sollo-

zos.... El Conde corrió al lado de su mujer....

¡Alieta estaba muerta!

Después de los primeros momentos de desorden y de agitación, el señor Vaudricourt se repuso de la especie de aturdimiento en que le había sumido una catástrofe tan inesperada, y preguntó de pronto al Doctor:

—Pero, en fin, Doctor, ¿de qué, de qué ha muerto mi mujer?....

—Del corazón, — contestó el Doctor.

Y explicó brevemente que las afecciones anémicas tenían algunas veces este fatal desenlace; pero en casos tan raros y tan excepcionales, que no los podían determinar las previsiones de la ciencia. Añadió que eternamente se reprocharía no haber tenido en cuenta lo inverosímil y hasta lo imposible, cuando se trataba de una salud y de una vida tan preciosas como las de la pobre Condesa.

Eran las once de la noche cuando el doctor Tallevaut y su sobrina se despidieron del Conde. Una berlina les esperaba en el patio. Sabina y su tío montaron en el carruaje, y, absorbidos ambos en sus pensamientos, llegaron á La Saulaye sin haber cambiado una sola palabra. El carruaje rodó sordamente alrededor del sombrío estanque, y les dejó delante de la casa siniestra.

VIII.

Como de costumbre, el señor Tallevaut acompañó á su pupila hasta la puerta de su habitación, la abrazó, la besó en la frente, y se retiró.

Hora y media después, cuando creyó que Sabina estaría ya dormida, el Doctor, que no se había acostado, salió de su cuarto con las mayores precauciones, atravesó el largo corredor, y bajó la escalera. La luz que llevaba en la mano iluminaba la palidez y la contracción de su semblante. Entró en la grande habitación que en el piso bajo le servía de

Eran las once de la noche cuando el doctor Tallevaut y su sobrina se despidieron del Conde. Una berlina les esperaba en el patio. Sabina y su tío montaron en el carruaje, y, absorbidos ambos en sus pensamientos, llegaron á La Saulaye sin haber cambiado una sola palabra. El carruaje rodó sordamente alrededor del sombrío estanque, y les dejó delante de la casa siniestra.

VIII.

Como de costumbre, el señor Tallevaut acompañó á su pupila hasta la puerta de su habitación, la abrazó, la besó en la frente, y se retiró.

Hora y media después, cuando creyó que Sabina estaría ya dormida, el Doctor, que no se había acostado, salió de su cuarto con las mayores precauciones, atravesó el largo corredor, y bajó la escalera. La luz que llevaba en la mano iluminaba la palidez y la contracción de su semblante. Entró en la grande habitación que en el piso bajo le servía de

salón y biblioteca, y de allí, levantando un pesado *portier* de tapicería, pasó á su laboratorio. Dirigióse á una especie de aparador de roble colocado en uno de los ángulos del muro, donde estaban encerradas las substancias peligrosas que empleaba en sus medicamentos ó en sus experimentos. Cerrábase el mueble con una de esas cerraduras que no tienen llave y cuyo mecanismo secreto es preciso conocer para poder abrir. Después que colocó convenientemente la placa giratoria, el Doctor pareció dudar algunos momentos antes de abrir la puertecilla del mueble; luego, con un movimiento violento, abrió. De pronto su pálida frente se puso lívida; en una hilera de frasquitos que estaban colocados en la tabla más alta del armario había visto inmediatamente un hueco. Al mismo tiempo, de sus labios, movidos por una ligera convulsión, salía débil como un soplo esta palabra:

—¡Acónito!

Súbitamente, creyó oír algún ruido en el interior de la casa. Apagó la luz, y aplicó el oído. Algunos minutos después distinguió perfectamente pasos furtivos y el roce de un vestido de seda en la habitación inmediata. Se acercó vivamente á la puerta, y esperó.

La noche, muy hermosa, estaba iluminada por la luna, que esparcía en el laboratorio, penetrando por las ventanas del jardín, algunos resplandores blancuecinos.—Levantóse el *portier*, y apareció Sabina: en el mismo instante, el Doctor asió violentamente el brazo de su pupila.

La joven dió un grito, y dejando caer en su primera sorpresa un frasco sobre el pavimento, retrocedió á la habitación inmediata. Cerca de la mesa enorme que ocupaba el centro, detúvose, se apoyó en el mueble con una mano, y esperó serena á su tutor, que avanzaba hacia ella.

En la biblioteca, lo mismo que en el

laboratorio, las ventanas que daban al jardín no tenían persianas, y la claridad polar del cielo esparcía vagos resplandores. El Doctor adivinó en el rostro, en los ojos de Sabina, una actitud fiera y provocadora.

—¡Pero, desgraciada! (le dijo con voz sorda.) ¡Defiéndete! ¡Dime que te has equivocado!.... La aconitina es también un medicamento.... y me le has visto usar muchas veces....: tú has podido ser imprudente, atrevida...., y temías mis reprobaciones.... Por eso te escondías.... ¿No es verdad? ¡Habla, habla!

—¿Para qué?.... (contestó con un gesto desdeñoso.) V. no me creería...., ni se cree V. mismo.

El desgraciado médico cayó sobre su sillón de trabajo, hablando consigo mismo, en su profunda turbación.

—¡No, no.... es verdad! ¡Es imposible!.... Esta infame es incapaz de tan grosero error. ¡Ah! ¡sabía bien lo que ha-

cía!.... ¡Con qué infernal habilidad ha elegido este veneno, cuyos efectos debían simular los síntomas de la misma enfermedad...., y confundirse con ellos...., y agravarlos lentamente hasta la muerte.... Sí, sí; es un crimen...., un crimen odiosamente premeditado contra esa desgraciada y virtuosa criatura inocente.

Y después de un momento de silencio, exclamó:

—¡Oh! ¡qué miserable desengaño el mío!....

Y luego, mirando fijo á Sabina, añadió:

—Dime, á lo menos, que su marido es tu cómplice...., que él ha sido quien te ha propuesto esa infame acción!....

—¡No! (contestó Sabina): él no sabe nada.... Yo le amo, y sé que él me ama. Nada más.

El Doctor, después de unos minutos de muda postración, repuso con firmeza,

aunque con voz sensiblemente alterada:

—Sabina, si has contado con una criminal debilidad de mi parte, no me conoces; mi deber, desde este momento, es entregarte á la justicia, y por más doloroso y horrible que sea este deber, lo cumpliré.

—Antes lo pensará V., tío (replicó fríamente la joven, que estaba en pie, enfrente de su tutor, al otro extremo de la mesa); porque si me entrega V. á la justicia y da V. al mundo el escándalo de semejante proceso, debe V. prever lo que dirá el mundo; dirá que soy discípula de V., y dirá la verdad.

— ¡ Mi discípula, miserable ! ¿ Te he enseñado jamás otros principios que los que yo mismo practico ? ¿ Te he dado alguna vez de palabra ó con el ejemplo otras lecciones que las de rectitud, de justicia, de humanidad y de honor ?

— Me sorprende V., tío. ¿ Cómo una inteligencia como la de V. no ha adivi-

nado que yo podía deducir de sus doctrinas y de nuestros comunes estudios enseñanzas enteramente distintas de las de V. ?.... El árbol de la ciencia, tío, no produce los mismos frutos en todos los terrenos. ¿ Me habla V. de rectitud, de justicia, de humanidad y de honor ?.... ¿ Se asombra V. de que las mismas teorías que á V. le han inspirado esas virtudes, no me las hayan inspirado á mí ? La razón, sin embargo, es muy sencilla.... V. sabe, como yo, que esas supuestas virtudes son, en realidad, facultativas...., puesto que no son más que instintos...., verdaderas preocupaciones que la naturaleza nos impone...., porque son necesarias para la conservación y el progreso de su obra.... Á V. le agrada obedecer á sus instintos, y á mí no me agrada. Esto es todo.

— Pero ; no te he dicho y repetido mil veces, infeliz, que el honor, el deber y la felicidad misma se fundaban en la su-

misión á esas leyes naturales, á esas leyes divinas?

—Me lo ha dicho V., y así lo cree V. Pero yo creo lo contrario. Yo creo que el deber y el honor de una criatura humana es rebelarse contra esa servidumbre y romper esas trabas con que la naturaleza...., ó Dios, como V. quiera, nos abruma y nos oprime, para hacernos trabajar, á pesar nuestro, con un fin desconocido...., en una obra que no nos importa.... Ciertamente, sí, V. me ha dicho y repetido mil veces que era para V., no solamente un deber, sino una grande satisfacción, contribuir humildemente, con sus trabajos y sus virtudes, á no sé qué obra divina, á no sé qué fin superior y misterioso hacia que camina el universo.... Pero, verdaderamente, son esos placeres para mí muy indiferentes; me seduce poco, se lo aseguro á V., sufrir privaciones y violencias toda mi vida para preparar á no sé qué humanidad futura un

estado de ventura, de perfección, de que yo no gozaré jamás, de felicidades que yo no disfrutaré, y de paraísos en que yo no he de penetrar....

Dominada por las emociones que la agitaban en aquel momento terrible, su voz, antes tranquila y glacial, se había animado poco á poco, y tomaba un carácter de violenta exaltación. Sabina paseaba lentamente de un extremo á otro de la biblioteca, deteniéndose por intervalos para acentuar su lenguaje con enérgica actitud. El Doctor, siempre inmóvil en su sillón, no le contestaba más que con vagas exclamaciones de indignación, y parecía seguir con una mirada de profundo estupor aquella sombra espectral, que de pronto se paraba en las tinieblas y de pronto aparecía siniestramente iluminada por los pálidos resplandores del campo.

—Debo decirlo á V., tío (prosiguió). Yo me hastiaba mortalmente, me has-

tiaba en el presente, en el pasado y en el porvenir. La idea de pasar aquí mi vida, inclinada la cabeza sobre esos libros ó sobre esos hornillos...., con la perspectiva de la perfección final del universo por toda distracción y por toda comodidad...., esa idea me era ya insoponible. Semejante vida puede bastar á un ser que es todo cerebro, como V.; pero á los que tienen nervios bajo la piel, sangre en las venas y pasiones en el corazón...., jamás. Yo soy una mujer, y tengo todas las aspiraciones, todas las pasiones de una mujer; en mí son todavía más poderosas que en otras, porque yo no tengo ni las supersticiones ni las preocupaciones que en otras pueden amortiguarlas.... Yo soñaba grandes amores, una existencia de lujo, de placeres, de elegancia, en medio de las fiestas mundanas. Sentía que había recibido de la casualidad todos los dones que podían hacerme gozar de todo eso...., ¡y á todo era

preciso renunciar para siempre!.... ¿De qué me servía entonces esta independencia de espíritu que había conquistado?.... ¿Para qué me servía toda esta ciencia, si no me proporcionaba ninguna utilidad para mis ambiciones, ni arma alguna para mis pasiones?.... Se ha presentado una ocasión.... He amado á ese hombre, y he comprendido que él me amaba; he comprendido que si era libre se casaría conmigo...., y entonces...., y por eso, he hecho lo que he hecho.... ¡Un crimen!.... ¡Esa es una frase!.... ¿Qué es el bien y qué es el mal?.... ¿Qué es lo verdadero y qué es lo falso?.... En realidad, V. lo sabe bien, el código de la moral humana no es hoy más que una página blanca, donde cada uno escribe lo que quiere, según su inteligencia y su temperamento.... No hay más que catecismos individuales.... El mío es el que la naturaleza me enseña con su ejemplo; la naturaleza elimina con un egoísmo impasible todo

lo que le estorba ; suprime todo lo que se opone á su objeto ; aniquila al débil para hacer lugar al fuerte.... ; y no es cosa de hoy , créalo V. ; qué esta doctrina es la de las inteligencias verdaderamente libres y superiores. En todos tiempos se ha dicho : « ¡ Los buenos se van ! » No ; son los débiles los que se van , y no hacen más que su deber ; y cuando se les ayuda un poco , no se hace más , después de todo , que lo que hace Dios.... ¡ Vuelva V. á leer á su Darwin , tío !....

Pero éste ya no la oía. Al dirigirse á él con tan salvaje apóstrofe , vió que el cuerpo del Doctor se había inclinado pesadamente hacia adelante , y que su cabeza caía inerte sobre la mesa.—No había podido resistir el espantoso golpe que á un tiempo le había herido en el cerebro y en el corazón. Bajo este golpe terrible , sus sentimientos , sus ideas , su fe , su valor...., toda su vida intelectual y moral se derrumbaba. La joven pupila no era para él

solamente una compañera , una prometida adorada ; era , en su éxtraña belleza , como la imagen misma de su religión filosófica ; en ella era donde él veía resplandecer esta religión que le sonreía y le encantaba. Viendo de repente aparecer el monstruo , bajo aquella máscara encantadora é idolatrada , su inteligencia se extinguió , y luego su vida.—Una congestión le mató instantáneamente.

¿ Qué pasó entonces en el alma de aquella joven criatura , á quien una filosofía errónea había arrojado fuera de la humanidad ? No se sabe. Pero después de unos momentos de silencioso estupor , cuando puso la mano sobre el corazón del hombre que desde su infancia le había colmado de beneficios y de ternura , y le sintió frío é inmóvil , Sabina dobló las rodillas , y sollozó convulsivamente.

Levantóse luego súbitamente , y pareció reflexionar un momento , enjugando sus ojos. Dirigiéndose al laboratorio , re-

cogió el frasco que había quedado en el suelo, le puso en su lugar en el armario de roble, y cerró.—Luego salió, subió la escalera con precaución, y se retiró á su cuarto.

A primera hora de la mañana, un ruido de pasos desordenados, de gritos y voces confusas, le advirtió que se había encontrado el cadáver del Doctor: su camarera, asustada, llegó á llamarla. Corrió al laboratorio, y aun vertió algunas lágrimas, quizá sinceras, sobre el cuerpo inanimado de su protector y prometido.

Al doctor Raymond, que no pudo más que certificar la muerte por congestión, Sabina dijo sencillamente que había dejado la noche anterior á su tío en la biblioteca, bajo la impresión profunda y dolorosa que le había causado la muerte de la condesa de Vaudricourt, á quien amaba tiernamente. Le había oído, dijo Sabina al médico, reprocharse con ira haber sido en parte, por su imprevisión,

causa de aquella gran desgracia. Y añadía que á ella misma le había alarmado mucho hallar á su tío dominado por esta idea de una manera tan extraordinaria. El doctor Raymond se persuadió de que su colega Tallevant, fatigado y agotado por los excesos de trabajo, había sucumbido súbitamente á la emoción de una violenta pesadumbre. Esta versión se esparció en toda la comarca, y todo el mundo estableció entre aquellas dos catástrofes, igualmente repentinas é inesperadas, una especie de estrecha relación, que explicaba la una por la otra.

La idea de que la muerte de la Condesa había sido resultado de un crimen, á nadie le ocurrió ni le podía ocurrir; hacía meses que se advertía que la salud de la Condesa era débil, y que la pobre languidecía visiblemente; la afección bien conocida que padecía había parecido seguir su curso normal, y los últimos accesos que le habían arrebatado la vida en

corto tiempo, no diferían sensiblemente de los que había sufrido desde el principio. Una sabia perversidad había sabido elegir y preparar la dosis de la substancia tóxica de una manera infalible para disimular los efectos, bajo los síntomas regulares de la enfermedad, acentuándolos hasta hacerlos mortales. En cuanto á los indicios que hubieran podido revelar la existencia del veneno, sólo la ciencia, la sagacidad incomparable del doctor Tallevaut podían sospecharlos; es, además, sabido que el acónito, entre todos los venenos vegetales, generalmente tan rebeldes al análisis científico, es el que deja menos huellas, así exteriores como interiores, en el organismo.

Mientras la señorita Tallevaut, heredera de su tío, continuaba viviendo en La Saulaye con su madre enferma, el conde de Vaudricourt, después del entierro de su mujer y pasado el novenario, partió con Juana para Varaville. Allí es-

tuvo algunas semanas acompañando á la desconsolada madre y á los parientes de Alietá, y poseído de profundo dolor. Este pesar era sincero. Si el señor de Vaudricourt había sufrido contrariedades y disgustos en su matrimonio; si había maldecido más de una vez el día infausto en que se había unido á una mujer cuyos sentimientos todos y cuyos gustos eran completamente contrarios á los suyos; si había concebido, en fin, una pasión violenta por otra mujer, no por eso dejaba de experimentar, pensando en la que ya no existía, un dolor profundo y angustioso, en el que dominaba una compasión sincera.

En el otoño, el Conde se dirigió á Inglaterra á visitar á los parientes de los Courtoheuse, y allí estuvo una parte del invierno cazando y viajando. De regreso en Francia, y después de otra visita á Varaville para ver á su hija, volvió á Valmoutiers por primera vez desde que

enviudó. Había partido sin ver á Sabina; pero en cuanto llegó á Varaville le escribió, para expresarle, con motivo de la muerte del Dector, sus sentimientos y sus simpatías. Sabina le contestó en el mismo estilo de cortesía y lacónicamente. Más tarde, hallándose en Inglaterra, había escrito de nuevo á Sabina dos ó tres veces, pero ya con más expansión, y volviendo al tono amistoso y franco que caracterizaba en otro tiempo sus relaciones, pero sin aludir á la escena de tierna intimidad que había precedido tan pocos días al de la muerte de Alieta.

Cuando la volvió á ver, todavía estaba de luto, y su traje severo daba aún mayor relieve á su hermosura; aquella hermosura sombría y apasionada, cuya imagen le había acompañado al otro lado del mar, y que poco á poco iba desvaneciéndose en su memoria la de la pobre muerta.

Sin embargo, dudó algún tiempo,

antes de adoptar la resolución que parecía que fatalmente se le imponía. Algo en él se rebelaba contra la idea de su unión con Sabina; pero, á pesar de todo, acabó por persuadirse de que, después de lo que había pasado entre los dos, después de haberle hecho una verdadera declaración, la misma delicadeza y el honor le exigían casarse con ella, una vez que él era libre y ella libre también. Era, además, demasiado joven para no volver á casarse, y después de la dolorosa experiencia de su primer matrimonio, parecía que le convenía elegir, entre todas, aquella joven de una educación excepcional, en la que no encontraría ni los vicios de una precoz depravación mundana, ni la austeridad de las preocupaciones religiosas, sino sencillamente, con una elevada cultura, los sentimientos y los principios de una persona honrada.

Además, sabía que no podía poseerla

sin casarse con ella, y la posesión de aquella mujer soberbia, animosa y fiera, había venido á ser la idea única, el pensamiento ardiente de sus días y de sus noches.

Quiso dejar pasar el aniversario de la muerte de Alieta, y hasta el mes de Junio no volvió á Varaville, para comunicar á la señora de Courteheuse su resolución. Le manifestó que, no teniendo un hijo, creía deber á su nombre y á la buena memoria de su tío el sacrificio de volver á casarse: se casaba con la señorita de Tallevaut, que era una persona distinguidísima, y además le interesaba doblemente por el cariño y la abnegación con que había asistido en sus enfermedades á su hija y á su mujer. Para dulcificar á la madre de Alieta el golpe que le daba, le declaró que pensaba dejarle su hija, contando con que sería siempre bien recibido en Varaville, adonde frecuentemente iría á verla. Mucho le costó, no

obstante, separarse de su hija, á quien amaba tiernamente. Pero este era un secreto tributo que, á pesar suyo, rendía á aquella pobre mártir, que ya no estaba en el mundo para velar por su hija.

Tres meses después, Sabina Tallevaut era la esposa del Conde, y en el invierno del mismo año, después de un viaje á diferentes países de Europa, el conde y la condesa de Vaudricourt se instalaban en París, en una suntuosa casa de la avenida de los Campos Eliseos.

.....

Dos años después de su matrimonio con Sabina, el señor de Vaudricourt creyó oportuno volver á tomar la pluma, y añadió á su diario secreto, tan largo tiempo interrumpido, las páginas siguientes:

CONTINUACIÓN DEL DIARIO DE BERNARDO.

Paris, Febrero, 188....

MI vida ha sido indudablemente una de las más extraordinarias de esta época. Si yo no fuese más que espectador, me interesaría vivamente; siendo el principal actor, se comprenderá que me interese mucho más. Hoy, como hace diez años, estoy atravesando una crisis; esta crisis es muy original, y no resisto al deseo de formularme yo mismo las impresiones que me sugiere; quizá, madurado por la edad, podría enriquecer estas páginas con algunas reflexiones filosóficas de cierta importancia.

Dos palabras no más del triste pasado, que siempre me inspira el más profundo respeto. No fui dichoso con mi primera mujer, y ella no fué dichosa conmigo; tengo además el vivo pesar de que la pena

acabó con su existencia, en la edad en que debía esperar que sería más venturosa. Sin embargo, ¿qué cargos podía hacerme? Que ella tenía fe y yo no la tenía. Nada más. Mi verdadero error fué no haber previsto lo que fatalmente debía resultar de la unión de dos seres que consideraban la vida bajo un punto de vista enteramente distinto: ella considerándola un don de Dios, y yo un don de la casualidad; ella como una prueba y un prefacio; yo como un goce pasajero y una aventura sin día siguiente. Es evidente que el uso que se hace de la vida, según cada uno de estos puntos de vista, debe ser muy diferente.

Pero no pensemos más en esto.

Si mi primera mujer me afligía, la segunda me divierte prodigiosamente. Me permitiré decir — valiéndome de una locución popular — que no es la religión la que le sofoca. Es la ciencia. Sabe infinitas cosas; pero tengo miedo de que no

las haya digerido bien. Soy hombre de mi tiempo, y he leído bastante, ó á lo menos hojeado muchos libros, para seguirla en sus teorías filosóficas. Pero me parece que ella abusa, ó que lleva la lógica un poco lejos. Siempre tiene á mano un argumento científico en apoyo de sus hechos, de sus gustos y de sus enojos. No puedo menos de reirme recordando su respuesta, poco después de nuestra boda, cuando le expresé mi deseo de tener un hijo;—porque algunas de sus acciones me habían chocado un poco, lo confieso.

—Amigo mío (me dijo); no cuentes conmigo para eso. La maternidad es una de las servidumbres que la naturaleza nos impone para su satisfacción particular y en interés de su obra. Ya sabes que yo soy una rebelde respecto de las leyes naturales. Mis principios, que, por lo demás, creo que se parecen mucho á los tuyos, consisten en gozar todo lo más

posible de los placeres de la vida y evitar cuidadosamente los sufrimientos. La naturaleza ha inventado un atractivo cualquiera para cada una de sus leyes opresoras, á fin de hacérselas aceptar. Así ha inventado la voluptuosidad como un encanto de la maternidad. Y lo que hace un carácter emancipado como el mío es utilizar el atractivo, el encanto, y dejar de lado el resto. Me dirás que si los demás pensarán como yo, el mundo se acabaría, y yo te contestaré que eso me tiene sin cuidado. La naturaleza no tiene más que un fin principal: conservar la especie; pero, por lo demás, mira con desprecio al individuo. Pues bien: yo siento, como ella, el desprecio del individuo, pero, además, siento el desprecio de la especie.

Y añadió, con su original gracia femenina y su admirable sonrisa:

—Y, en fin, mi querido Bernardo; la maternidad es la ruina de la belleza, y

como tú me encuentras bella, quiero seguir siéndolo.

Y ha seguido siendo, en efecto, muy bella; pero creo que esto no es únicamente para honra y gloria mía. Resuelto hoy más que nunca á ver todas las cosas del mundo por el lado cómico, abordaré con regocijo esta materia, aunque reconozco que es muy delicada.

Al poner término á nuestro viaje de boda, durante el cual debo confesar que la rara y despierta inteligencia de Sabina me proporcionó las más vivas satisfacciones, vinimos á instalarnos en París, donde me complacía extraordinariamente volver á vivir. Pero temía que mi mujer me siguiera por pura complacencia, y que se habituase difícilmente al desorden de la vida parisiense, para la que su existencia retirada y consagrada al estudio no podía haberla preparado. En este punto, Sabina me causó una sorpresa, que fué para mí muy agradable. Sabi-

na penetró en el mundo parisiense como en su elemento natural. Noté muy pronto que era su entusiasmo por esta vida un poco excesivo, de tal suerte, que no puedo prescindir de compararlo al de una monja escapada de su convento, y que devora con ansia un frato largo tiempo apetecido y largo tiempo prohibido. Entonces recordé, quizá un poco tarde, con qué singular curiosidad la señorita Tallevant me interrogaba en otro tiempo sobre los placeres y las distracciones de los venturosos habitantes de París. Disfrutaba ya estos placeres y estas distracciones, y, si se permite la frase, diré que se atracaba de ellos, como si hubiera querido agotarlos. Banquetes, bailes, teatros, carreras, comedias de salón, conciertos, fiestas mundanas de todo género...., toc as las circunstancias, en fin, de la vida parisiense que pueden interesar los sentidos ó la vanidad, las buscaba con la misma pasión infatigable. No era el suyo

el alocamiento estúpido de la parisiense vulgar; era, y es, una resolución sistemática de conocer y saborear, en su paso por este planeta, todas las sensaciones agradables ó curiosas que pueden encontrarse; resolución sostenida por unos nervios de acero y una voluntad de hierro. Mi mujer es una esfinge. Es también un documento, y este documento le ha estudiado desde el primer día con un interés que, no lo ocultaré, tenía también algo de inquietud y de alarma. Porque no había dejado de advertir que esta singular persona, en lugar de hallar en el estadio y en la ciencia, como su excelente y desgraciado tutor, una especie de fe superior y de elevado misticismo, no había encontrado más que amargas decepciones, con un profundo sentimiento de rebelión y rebeldía contra toda especie de freno natural ó sobrenatural, contra toda ley divina ó humana. Y me preguntaba con espanto qué podría llegar á

ser, en su lógica desenfadada, esta pasión femenina desatada en libertad en medio del mundo. Me preguntaba dónde se detendría su curiosidad insaciable.... Me preguntaba, particularmente, si, en materia de amor, se detendría en mí, le bastaría su marido.

Mi mujer misma, anticipándose á mis deseos, respondió á esta última pregunta.

Sucedió lo que voy á referir, con motivo de un incidente insignificante. Se daba una primera representación con Sarah Bernhardt, y mi mujer, que no falta jamás á solemnidades de este género, me había encargado, según costumbre, que obtuviera un palco á cualquier precio. Confieso que anduve un poco descuidado; mi mujer lleva una vida de día y de noche, que ya comenzaba y, aunque hombre de mundo y avezado trasechador, á sentir así como cierto cansancio. Mi médico me aconsejaba también

que me reservase un poco. No me pesaba, pues, pasar una noche en casa, y sobre todo pasarla con mi mujer, cuya terrible belleza, á pesar de sus genialidades, y quizás por esto mismo, no había cesado de impresionar fuertemente mi imaginación.

Después de la comida, durante la que estuvo enojada y silenciosa, la seguí á su gabinete, donde brillaba el fuego en la chimenea y se respiraba un ambiente delicioso, y le dije:

—¿No vas á ninguna parte esta noche?

—¿Adónde quieres que vaya? Todo París, menos nosotros, está hoy en la representación de Sarah.

—Pues mira (le dije); yo no envidio á todo París, y todo París debe envidiarme, porque estoy á tu lado.

Se había recostado en un diván, casi tendida; se incorporó un poco, y lanzándome una de sus miradas más frías y altivas, me dijo:

—Dime, amigo mío: ¿tú me amas todavía?

Y como yo abrí enormemente los ojos al oír esta pregunta, prosiguió:

—¿De veras?... ¿Me amas?... Pues me llenas de asombro..., porque lo que es yo, francamente, no te amo.

Y volviendo á tenderse, añadió:

—Te digo esto, hijo mío, porque noto hace tiempo que te vuelves celoso, y quiero evitarte que te pongas en ridículo.... Además, advierto que te cansas en acompañarme á todas partes, como mi sombra..., y me va pareciendo que, sin duda por esa inquietud en que vives, se quebranta tu salud. Ahora, después de esta franca declaración, puedes irte á descansar un poco.

—Te doy gracias por tu bondad (le dije). Pero hazme el favor de explicarte aún con más claridad... ¿Quieres decir que desde este momento debo renunciar al honor de tus favores?....

— ¡Oh! Yo te suplico.... — murmuró con aire profundamente desdeñoso.

— Y qué: ¿intentas faltar á la fidelidad que me debes?

— ¿La fidelidad que te debo?... ¿En virtud de qué, amigo mío?... ¿Es en virtud del juramento que nos hemos hecho al pie del altar de un Dios en que tú no crees ni yo tampoco?... ¡Bah, bah! Tú no eres un niño, y sabes bien que no hemos hecho más que cumplir aquel día una fórmula convencional y conveniente. La sociedad, hasta nueva orden, no concede los beneficios del matrimonio más que á los que han pasado por esa formalidad.... Con esta condición solamente les recibe cortésmente, les concede un lugar en sus salones y un rango en el mundo.... Era preciso transigir con la costumbre; pero, por lo demás, veámos: ¿qué es el matrimonio entre personas como tú y yo?... Una sencilla asociación, con objeto de obtener venta-

jas comunes y generales, que empieza, sin duda, por cierto atractivo recíproco, pero que no puede fundarse sobre el absurdo contra naturaleza del amor eterno del mismo hombre á la misma mujer y de la misma mujer al mismo hombre.

— Querida Sabina (contésté), verdaderamente no hay manera de enojarse contigo. Cuando se va sintiendo el peso de los años, como yo, se duerme una alguna vez al lado de la chimenea.... Es un inconveniente que podré evitar, sin duda, pero ¿es tú me honres con tan agradables y regocijadas confianzas.

— Celebro mucho, amigo mío (me dijo), que tomes con tan buena voluntad y tan buen gusto la confianza que te acabo de hacer.... Un tonto se habría incomodado. Confieso que he estado un poco dura en la forma....; pero estaba furiosa por no haber ido á ese espectáculo de esta noche.... ¿Por qué me has impedido ir?...

— ¿Es decir, que debo considerar una

broma, una humorada, todo lo que me has hecho el honor de decirme y predecirme esta noche?

—¡Ah! No, eso no. Y no retiro ni una palabra....; no retiro nada más que mi mal humor...., que ya se ha pasado.... Te he dicho la verdad, y tú lo comprendes bien; el matrimonio debe ser para nosotros lo que era para los caracteres libres del siglo último: un pabellón respetable, bajo el cual cada uno conserva su independencia.... Somos amigos, y espero que lo seguiremos siendo....; pero ¿amantes.... siempre?... ¿Es eso natural? ¿Es eso posible?... Bien sabes que no.... ¿Y entonces?... ¿Nos vamos á engañar recíprocamente con supercherías miserables? No; no hay más que una conducta que sea razonable y digna de nosotros: continuar gozando de los privilegios que el matrimonio nos asegura en el mundo, y aprovechar al mismo tiempo las ventajas de la mutua libertad.

Esa es, amigo mío, la verdadera teoría de la vida: obrar con la sociedad como con la naturaleza, es decir, tomar las ventajas que nos ofrece, rechazando las servidumbres que pretende imponernos.

—Me parece, amable Sabina (constaté), que te equivocas suponiendo que tengo tan buen estómago, que pueda digerir cada veinticuatro horas tus teorías sobre la naturaleza y sus servidumbres.... Soy un hombre demasiado poco instruído para intentar combatir doctrinas que tienen por base los serios estudios que tú has hecho. Así, pues, te pido permiso para besarte las manos, y te deseo muy buena noche.

Y me retiré. Creo poder decir que mi retirada, en una situación tan embarazosa, no dejó de ser oportuna y digna. Pero no estoy orgulloso por eso.

Tales fueron los términos de nuestras relaciones conyugales en aquella deliciosa noche, y tales han sido después. De

una parte y de otra existe una sorda hostilidad, y, mejor dicho, un odio naciente que se disimula más ó menos bajo las formas de una amable ironía. La existencia común ha sido posible hasta ahora, gracias á las distracciones mundanas que acortan mucho los instantes. De todas suertes, existe desde este momento una verdad que se impone, y es que mi segundo matrimonio amenaza ser tan desgraciado como el primero; acaso más... Pero esta vez tengo el dichoso consuelo de tener enfrente de mí un adversario que se defiende...; no es como aquella pobre Alieta, aquella sensible y delicada criatura, que era una crueldad solo mirarla con ojo. Puesto que se dice que el matrimonio es un combate, aún debe uno considerarse favorecido cuando este combate es con armas iguales. Esto anima, esto excita... No es la felicidad, lo confieso; pero, vamos, es la vida.

30 Marzo.

Ayer noche me divertí mucho.... Pero procedamos con orden.

Como consecuencia de las declaraciones tan explícitas de mi mujer, he debido comprender que un día ú otro tendría que sostener la lucha, no por la vida, sino por el honor. He procurado convencerme, como mi mujer me aconsejaba, de que nuestros deliciosos antepasados del siglo último estaban en lo cierto cuando se dispensaban mutuamente, y hasta cuando se confiaban sus travesuras y deslices conyugales. Aunque estoy exento de muchas preocupaciones, no puedo elevarme á tan alto grado de filosofía. Confieso que, en buena lógica, mi mujer tiene razón en sus teorías sobre el matrimonio. Tiene razón en decir que el amor único y perpetuo del mismo hombre á la misma mujer, y reciprocamente, es

un absurdo contra naturaleza. Es verdad que las creencias espiritualistas tienen solamente la virtud de eternizar la fidelidad conyugal, porque no consagran únicamente en el matrimonio el atractivo, el encanto pasajero de dos cuerpos y dos caracteres, sino que pretenden unir dos almas inmortales. Es también cierto que entre dos francos materialistas como mi mujer y yo, el matrimonio, perdiendo su base religiosa, no es más que un comercio social, y que parece razonable entenderse amistosamente los cónyuges para gozar de sus ventajas y evitar los perjuicios. Sí, todo esto es perfectamente científico. Pero hay que creer que los procedimientos de la ciencia no son aplicables á todas las cosas de este mundo, y en particular á las cosas del orden moral.... En cuanto á mí, confieso que había llegado, hace quince días, á fuerza de lógica, á persuadirme de que las teorías de mi mujer eran legítimas, y de que yo da-

ría pruebas de un concepto superior de la vida aceptando el pacto de independencia recíproca que me había propuesto. Pero cuando abría la boca para comunicarle mi resolución, mis palabras se quedaron en la garganta, porque, á pesar de toda la lógica del mundo, sentí que iba á cometer una cobarde infamia. Hay, á no dudar, algunas preocupaciones de que yo no me desprenderé jamás, y siempre seré, respecto de ciertas cosas, un carácter débil.

Dábase anoche en la casa de la vieja Duquesa una representación teatral, que se componía de cuadros vivos, en que mi mujer debía representar muchas figuras.

Su belleza escultural se presta admirablemente á este género de exhibiciones. Yo no la acompañé ya en los salones tan asiduamente como antes; pero aún la sigo algunas veces, para guardar las formas, y también para enterarme de ciertas cosas. Desde aquella advertencia

que tuvo la amabilidad de hacerme, no podía dudar que tuviese en la cabeza algún otro amor, y me preocupaba, con un interés fácil de comprender, cuál sería el objeto de su amor. No me costó mucho trabajo conocerle. Mi mujer, que me ha visto muy enamorado de ella, y que, por consiguiente, me desprecia altamente, no ha creído que debía usar muchos miramientos conmigo. Existe en una de las grandes embajadas en París un joven Príncipe, de notable belleza y apostura, cuyas atenciones y solicitudes respecto de mi mujer no son hace algún tiempo un misterio para nadie. Los encuentros en el Bosque, en el teatro, en el baile y hasta en mi propia mesa, eran demasiado frecuentes para que pudieran parecer casuales é inocentes, ni siquiera á un marido. Sin embargo, en cuanto yo puedo tener competencia sobre ciertas materias, creo que las cosas no han pasado de los límites de la coquetería. Debo decir que no esti-

mo al Príncipe. Aparte todo sentimiento de celos, me desagrada profundamente; es un hombre alto, moreno, con grandes ojos de escarabajo y largos bigotes colgantes, de los que parece estar muy ufano; enseña los dientes á la manera de las figurantas del cuerpo de baile, con una sonrisa perpetua. Su satisfacción de sí mismo es evidente, indiscutible.

El Príncipe figuró en muchos de los cuadros vivos, y su gran presencia, sus soberbios trajes y sus deslumbradores dientes bajo sus bigotes negros, fueron objeto de admiración general. En fin, apareció con mi mujer en un grupo de dos personajes que representaban Judit y Holofernes. En el momento de levantarse el telón, Judit, teniendo en una mano la cuchilla, se apoyaba con la otra en el lecho de Holofernes, y se inclinaba para asegurarse, antes de dar el golpe, de que estaba dormido. Era verdaderamente muy bonito ver á los dos en

esta situación; mi mujer mostrando su mano blanca sobre la piel de oso que cubría el lecho, y fijando sus grandes ojos salvajes en el rostro de la víctima. El Príncipe, con los labios entreabiertos por la sonrisa de un dulce sueño, con sus discos de oro en las orejas, y la barba peinada al estilo asirio.

Se pidió la repetición del cuadro.

Yo estaba en el escenario, donde desempeñaba las importantes funciones de director de escena. Desde mi puesto de privilegio vi, ó creí ver, que en el momento en que bajaba el telón, el rostro de Judit y el de Holofernes, ya muy cerca el uno de otro en el curso de la representación, se acercaban mucho más.

Tuve la suerte, un minuto después, de poder hacer un pequeño servicio al Príncipe. Se trataba de ayudarle á deshacerse de su barba asiria, que había tenido que sujetarse con un aparato de cordones, muy complicado á la verdad. Cogí

con presteza un par de tijeras, y le corté los cordones; pero al mismo tiempo, sin duda por estar distraído, cometí la torpeza de cortar parte de los largos bigotes del Príncipe. Le presenté mis excusas inmediatamente; pero tenía una cara tan graciosa con la parte de bigote que le quedaba, que no pude menos de soltar la carcajada, á la vez que le presentaba mis excusas. No las aceptó.—Nos hemos batido esta mañana en Meudon, y le he dado una estocada que le ha atravesado el hombro. La aventura divierte mucho al público, y parece mortificar un poco á mi mujer.

10 Abril.

Nada nuevo. Siempre el mismo delicioso interior, embellecido por una mutua confianza. Mi mujer medita su revancha con una calma alarmante. Durante la comida me suele lanzar unas miradas, en

las que no encuentro ni sombra de ternura. Pero no importa: yo sigo por mi parte ostentando la misma irónica indiferencia. Porque yo tampoco la amo. Su cinismo pedantesco, su inmoralidad por razón demostrativa, tienen para mí algo repugnante, que priva á mis ojos á Sabina de todo encanto femenino. Además, con sus pasiones sin freno, sus curiosidades sin prudencia y su descoco, me prepara, estoy seguro, mil sorpresas interesantes, contra las que es posible que no siempre me baste la espada para defenderme. La veo intimar mucho con una rusa de quien no se habla bien. Hay que convenir en que tuve una felicísima idea cuando me ocurrió confiar á esta abominable criatura mi reposo, mi nombre y mi honor.

Valmoutiers 20 de Abril.

Á pretexto de algunas reparaciones urgentes en mi finca, he venido á pasar

una semana para respirar un poco el aire.

De orden mía se ha tenido cerrada y sellada la habitación de Alieta desde el día en que salió la desdichada tendida en el ataúd.... He vuelto á entrar en aquella habitación, y he percibido con delicia y con pena el vago olor de sus perfumes favoritos. ¡Pobre Alieta! ¡Si yo hubiera podido, como tú lo deseabas tan ardentemente, mi pobre querida mujercita, participar de tus dulces creencias y asociarme á la vida de paz, de amor y de honradez en que soñabas!.... ¡Esa vida hubiera sido un paraíso para los dos, y mi vida de hoy es un infierno!

¡Qué escena tan horrible en esta habitación! Bien la recuerdo.... Aún veo la última mirada que me dirigió...., una mirada de espanto y terror.... ¡Qué pronto, qué súbitamente murió, como herida del rayo!.... ¡Y el estupor de aquel desgraciado Tallevaut!

Me he instalado en esta habitación.

Pero permaneceré aquí poco tiempo. Pienso ir á pasar algunos días en Varaville. Tengo muchos deseos de ver á mi hija, de ver su amado rostro de ángel, que me recuerda el de su pobre madre.

Valmontiers 22 Abril.

¡Qué cambio tan grande en el mundo desde mi infancia, y aun desde mi juventud! ¡Qué maravillosa mudanza en tan poco tiempo, en el medio moral en que respiramos! Estábamos entonces como impregnados de la idea de Dios, de un Dios justo, pero benévolo y paternal... Vivíamos verdaderamente bajo su mirada protectora, como bajo la protección de un padre, con temor y respeto, pero con la más tranquila confianza... Nos sentíamos sostenidos por su presencia invisible, pero cierta... Le hablábamos, y parecía que nos contestaba. Aho-

ra, ahora nos sentimos solos y como abandonados en el universo inmenso... Vivimos en un mundo duro, feroz, odioso, donde la lucha por la existencia es la ley única y cruel; donde no somos otra cosa que elementos desencadenados, que combaten unos con otros con un egoísmo feroz, sin piedad, sin auxilio, sin esperanza en una justicia final... Y sobre nosotros nada..., ó peor que nada...: una divinidad indiferente, irónica y bárbara..., en lugar del Dios bondadoso de nuestra venturosa juventud.

Valmontiers 23 Abril.

La madre de Alieta, la señora de Courteheuse, estaba enferma hacía mucho tiempo; un parte que recibo con retraso de París, me anuncia su muerte. Parto para Varaville. No puedo dejar allí á mi hija. La única persona de su fami-

lia que queda allí es su anciana tía, la señorita de Varaville, que está caduca. Mi hija va á tener diez años, y no puedo abandonarla en manos mercenarias. Estoy decidido á traérmela, ó para conservarla á mi lado, ó para llevarla á un colegio ó á un convento de París. Trataré este punto con el Obispo, tío de Alieta. La presencia de esta niña me dará fuerzas para soportar muchas cosas.

Varaville 27 Abril.

....Un instante...., un minuto, en esta habitación donde me encerraba con la pobre muerta, un pensamiento horrible se ha apoderado de mí....; pero le había lanzado como un sueño de locura...., y he aquí que este sueño, que esta locura, es la realidad, la horrible realidad.

¿Escribiré yo esto?... Sí, lo escribiré. Debo escribirlo, porque desde ahora, este

diario, tan jovialmente comenzado, no es otra cosa que un testamento, y si llego á morir, es preciso que mi secreto no muera conmigo. Es preciso legar mi secreto á los protectores naturales de mi hija. Esto importa á sus intereses, y acaso á su vida.

He aquí lo que ha pasado. Avisado muy tarde, como he dicho, no he podido llegar á tiempo de asistir al entierro y funerales de la señora de Courteheuse.

La familia se había dispersado ya, y sólo he encontrado aquí al hermano de Alieta, Gerardo de Courteheuse, que es ya capitán de fragata. Le he comunicado mis proyectos respecto de mi hija, y los ha aprobado. Mi intención era llevar con mi hija su antigua criada Victoria Genest; pero esta criada es muy vieja, está enferma, y no me ha inspirado nunca gran simpatía, y, además, su actitud respecto de mí, desde la muerte de mi mujer, ha sido siempre desabrida, rayando

casi en la hostilidad. Sólo en obsequio á la memoria de Alieta sufría con paciencia el avinagrado gesto y el constante desabrimiento de esta mujer.

La he llamado al cuarto de Juana, mientras la niña jugueteaba en el jardín.

—Querida Victoria (la he dicho): mientras la señora de Courteheuse ha vivido, he considerado mi deber dejarla su nieta, á quien tanto quería. Nadie mejor que ella podía cuidarla y educarla. Mi deber ahora es encargarme yo mismo de su cuidado. Voy, pues, á llevar á Juana á París, y espero que V. la querrá acompañar y continuar á su servicio.

En cuanto comprendió mi intención, la vieja se puso pálida, luego lívida, y vi que sus manos se agitaban con un ligero temblor nervioso. Me miró fijamente con sus ojillos grises, y me dijo:

—El señor Conde no hará lo que dice.

—Sí, señora, que lo haré. Aprecio mucho las cualidades de fidelidad y de

lealtad que V. posee, y le he de agradecer en gran manera que continúe dispensando á mi hija sus cariñosos cuidados. Pero, por lo demás, entiendo ser sólo yo el dueño de mi casa, y disponer como crea conveniente la educación de mi hija.

Victoria puso su mano sobre mi brazo.

—¡Por Dios, señor Conde, no lleve V. su hija á su casa de París!

—Pero, mujer, ¿está V. loca?....

—¡Oh! No, señor; no estoy loca...., aunque he tenido motivos para perder la razón.

Su mirada fija y rígida no se apartaba de mis ojos, y parecía querer penetrar con su mirada hasta el fondo de mi alma.

—Jamás lo he creído (dijo); jamás lo he podido creer.... Pero si lleva V. la niña á París, lo creería.

—Pero ¿qué quiere V. decir? Hable V. claro.

Bajó mucho la voz.

—¡ Creería (dijo pausadamente) que sabe V. cómo murió su madre...., y que quiere V. que la hija muera como murió la madre!

—¿ Como la madre?... ¡ Morir como la madre! — exclamé lleno de espanto.

— Sí...., por la misma mano.

Mi frente estaba empapada en sudor, y sentí angustias de muerte. Sin embargo, todavía rechazaba la aterradora luz....

— ¡ Victoria! (le dije): ¡ cuidado!.... No es V. una loca, en efecto....; es V. peor que eso.... El odio que tiene V. á la que ha reemplazado á mi primera mujer, ese odio ciego é implacable, le inspira á V. esas palabras odiosas...., criminales.

— Pues bien, señor.... (gritó la vieja con salvaje energía): después de lo que he dicho á V., lleve V. su hija al lado de esa mujer...., si se atreve V.

Di algunos pasos por la habitación, aturdido, loco, y volví á detenerme enfrente de la anciana.

— Pero ¿ cómo es posible creer lo que V. dice? (le pregunté.) Si tuviera V. la más leve prueba de lo que ahora dice, ¿ cómo era posible que hubiese V. callado tanto tiempo? ¿ Cómo no procuró V. impedir este funesto matrimonio, hablando en ocasión oportuna?

Parecióme que la vieja se tranquilizaba. Su voz se dulcificó.

— Señor (dijo con ternura): la señora, antes de entregar el alma á Dios, me hizo jurar sobre el crucifijo que tenía en las manos, que guardaría el secreto siempre.

— Pero no conmigo...., no conmigo.... ¿ verdad? — le pregunté á mi vez, mirándola fijamente.

Vacilé un poco, y luego murmuró:

— Es verdad...., no con V...., porque la pobrecita creía....

— ¡ Qué! ¿ Qué creía?... ¿ Qué yo lo sabía? ¡ Qué horror!.... ¿ Que yo era cómplice?... Hable V.

Bajó los ojos, y no contestó.

—¡Dios mío! (exclamé.) ¿Es posible, Dios mío?... Siéntate, pobre mujer..., siéntate junto á mí.... y habla....; dímelo todo...., todo lo que sabes...., todo lo que has visto.... ¿Cuándo sorprendiste esa infamia?... ¿En qué ocasión?... Porque la señora estaba enferma hacía bastante tiempo.

—Sí, señor; pero no era nada, nada peligroso. Los médicos lo decían, V. lo sabe...., y yo estaba muy acostumbrada á cuidarla...., la conocía mucho, y no podía equivocarme.... ¡Oh! Bien recuerdo cuando empezó el peligro. El señor Conde recordará el día en que la señora Duquesa llegó á Valmoutiers, y se envió á buscar á la señorita Sabina. Pues aquel día, aquel día, estoy segura, fué cuando comenzó á matar á la señora....; aquel día aumentaron los sufrimientos de mi pobre señora.... Yo no estaba tranquila; el corazón me decía algo que me hacía temblar, y, mire V., yo empezé á observar á

aquella mujer... Una tarde, al anochecer casi, oculta detrás de una cortina del gabinete donde se preparaban las medicinas...., al lado de la alcoba de la señora...., la vi sacar del bolsillo un frasquito y verter una ó dos gotas en la medicina que iba á tomar la señora. De pronto entré en el gabinete.

—«¿Qué es eso, señorita?»—le preguntó resuelta.

Se había puesto un poco encarnada; pero me contestó con su sangre fría de siempre:

—«Son unas gotas que mi tío me ha dicho que ponga en la valeriana.»

Esto me dijo, y mentía, señor Conde. Cuando la sorprendí, era ya quizá muy tarde...., porque no sería la primera vez que lo hacía...., estoy segura.... Mi primera intención fué ir á contar á V. lo que había visto....; pero no me atreví.... Entonces se lo dije á la Señora; tuve el valor de decirsele.... ¡Ah! Me persuadí

de que no decía nada nuevo á la pobre mártir...., y, sin embargo, me reprendió severamente.

—«Tú sabes bien (me dijo) que mi marido está siempre ahí cuando se me preparan las medicinas....: luego tendría que creerle culpable....; y oye, Victoria; antes que creerle culpable, quisiera cien veces recibir la muerte de sus manos.»

Y recuerdo, señor, que en el momento en que me lo decía mi querida enferma, salía V. del gabinete, y se acercaba V. á ofrecerle una taza de valeriana.... La señora me miró de una manera terrible...., que me confundió...., y bebió toda la medicina. Algunos minutos después se puso tan mala, que creyó llegada su última hora.... Me pidió su crucifijo, y entonces fué cuando me hizo jurar que jamás diría yo á nadie lo que habíamos sospechado.... Y entonces fué cuando envié á buscar al señor Cura.... Cuando todo acabó, el señor Tallevaut,

que se mostró tan sorprendido al llegar, ¿lo recuerda V., señor?....; el señor Tallevaut me preguntó, y le dije que las gotas que había encargado á la señorita Sabina que vertiera en la medicina para la señora, le habían hecho mucho mal....

—«¿Qué gotas?» — me preguntó el Doctor, como si no comprendiera lo que le decía.

—«Esas gotas (le contesté) que la señorita Sabina ha traído en un frasquito.»

Se puso pálido, me miró un momento como si no entendiera todavía, movió la cabeza como quien no sabe qué decir, y se marchó seguidamente...., y cuando el día siguiente supe que se había muerto, pensé: — ¡Ese infeliz se ha matado!

• Esto es, señor, lo que sé, lo que vi por mis propios ojos, y juro á V. por el santo nombre de Dios, por mi salvación, que no he dicho una palabra que no sea verdad.

Calló Victoria....., y yo no supe qué decir....: cogí sus manos arrugadas y temblorosas, apoyé en ellas mi frente, y lloré como un niño....

Viva ó muera yo, es preciso que mi hija no tenga jamás contacto con esa miserable. Si mi vida se prolonga, yo lo evitaré; si muero, es preciso que alguien lo evite. Tomo las más seguras precauciones para que estas páginas estén, cuando yo no exista, en poder de Mons. de Courteheuse, tío de Alieta, y, en su defecto, en las de Gerardo, el hermano de la madre de la pobre huérfana. Estas líneas y las que preceden les harán conocer lo que de ellos espero.

Por mi contrato de matrimonio con Sabina Tallevaut, he provisto holgadamente á las necesidades de su existencia, asegurándole el usufructo vitalicio de la mitad de mi fortuna personal, cuya propiedad absoluta dejo á mi hija, que ya es

muy rica por su madre. No había creído lesionar con esto sensiblemente los intereses de mi hija. Sin embargo, cediendo á mi fatal pasión, he añadido en el contrato una cláusula, por la que mi fortuna pasaría en propiedad á Sabina, en el caso de que mi hija fallezca soltera. No es, pues, solamente del contagio moral de una mujer perversa del que se trata de preservar á mi hija, sino también de la mano infame de una criminal.

En cuanto al primer crimen que ha cometido, debo explicar por qué no procuro el justo castigo impuesto por la ley. Mis recuerdos personales, el testimonio indudable y preciso de la anciana Victoria, la muerte repentina y misteriosa del doctor Tallevaut, y, en fin, el conocimiento que he adquirido de los instintos y de los principios de Sabina, no me dejan la menor duda sobre la realidad del crimen. Si le dejo impune, no es porque me espante (por muy horrible que sea esta

idea) la acusación de cómplice que la culpable no dejaría de hacer pesar sobre mí; es que en mi alma y en mi conciencia estoy persuadido de que las pruebas del crimen, bajo el punto de vista legal, serían insuficientes. El veneno, puesto que es preciso pronunciar esta palabra siniestra, ha sido sabiamente escogido para que no dejara la más leve huella. El testimonio de Victoria, tan afecta á mi pobre mujer, y naturalmente tan hostil á la otra, sería sospechoso. En cuanto á los motivos particulares de mi convicción personal, por muy poderosos que sean, no podrían solos servir de base para una acusación criminal. El proceso, si se intentara, no produciría otro resultado que provocar un espantoso escándalo y deshonar mi nombre, el nombre de mi hija.

Lo que es preciso obtener, y á todo trance, es que esa mujer se aleje para siempre de París y de Francia. Habrá

que hacer algún sacrificio considerable de dinero. Ella ama el dinero. Y añadiendo la amenaza, creo que se la podrá decidir. Cuento, por lo demás, intentar la prueba yo mismo, en cuanto haya recobrado fuerzas y sangre fría bastante para afrontar su odiosa presencia.

Esta infame se verá libre de todo castigo...., y otras muchas logran lo mismo...., y otras también, muchas más, lo conseguirán en el porvenir.... Á medida que las pasiones humanas — y entre todas, las pasiones terribles de la mujer — rompen sus antiguos diques y no reconocen otra ley ni otro freno que el Código, los progresos de la ciencia multiplican hasta lo infinito los medios de burlar el Código y cegar á la justicia.

10 Mayo.

¡Ha muerto creyéndome culpable!....
Esta es una idea que me aterra. Yo no

idea) la acusación de cómplice que la culpable no dejaría de hacer pesar sobre mi; es que en mi alma y en mi conciencia estoy persuadido de que las pruebas del crimen, bajo el punto de vista legal, serían insuficientes. El veneno, puesto que es preciso pronunciar esta palabra siniestra, ha sido sabiamente escogido para que no dejara la más leve huella. El testimonio de Victoria, tan afecta á mi pobre mujer, y naturalmente tan hostil á la otra, sería sospechoso. En cuanto á los motivos particulares de mi convicción personal, por muy poderosos que sean, no podrían solos servir de base para una acusación criminal. El proceso, si se intentara, no produciría otro resultado que provocar un espantoso escándalo y deshonorar mi nombre, el nombre de mi hija.

Lo que es preciso obtener, y á todo trance, es que esa mujer se aleje para siempre de París y de Francia. Habrá

que hacer algún sacrificio considerable de dinero. Ella ama el dinero. Y añadiendo la amenaza, creo que se la podrá decidir. Cuento, por lo demás, intentar la prueba yo mismo, en cuanto haya recobrado fuerzas y sangre fría bastante para afrontar su odiosa presencia.

Esta infame se verá libre de todo castigo...., y otras muchas logran lo mismo...., y otras también, muchas más, lo conseguirán en el porvenir.... Á medida que las pasiones humanas — y entre todas, las pasiones terribles de la mujer — rompen sus antiguos diques y no reconocen otra ley ni otro freno que el Código, los progresos de la ciencia multiplican hasta lo infinito los medios de burlar el Código y cegar á la justicia.

10 Mayo.

¡Ha muerto creyéndome culpable!....
Esta es una idea que me aterra. Yo no

puedo habituarme á pensar este horror... Un ser tan débil, tan delicado, tan dulce!.... Sí, ella pensaría:—«Mi marido es un asesino....; la bebida que me da es un veneno...., y él lo sabe.»—¡Y ha muerto pensándolo!.... ¡Y ese ha sido su último pensamiento!.... ¡Y jamás, jamás sabrá que no es verdad...., que soy inocente...., que esta idea me atormenta horriblemente, me mata!....; Que soy el último de los miserables, el más desgraciado de los desgraciados.... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Señor Todopoderoso!.... Si existes...., mira lo que sufro...., y ten, ¡oh Dios!, compasión de mí.

....¡Ah! ¡Qué consuelo tan grande sería para mí creer que todo no ha acabado entre ella y yo!....; Que me ve...., que me oye...., que sabe la verdad!....

¡Pero no puedo; no puedo!

1.º Junio.

Dicen de la oración, lo sé, que es inútil, que es siempre y necesariamente ineficaz, porque Dios — si existe — no interviene jamás en los hechos de este mundo por una acción particular, que no gobierna por milagros, que no altera jamás el orden general por un interés individual.... Sin duda será así; pero me parece muy rígido y absoluto. Desde luego, el que cree en Dios y quien le reza, debe sentirse en comunicación más directa con Él, y debe hallar en este sentimiento mismo un aliento y unos consuelos incomparables.... Pero, además, ¿es cierto que la oración es siempre ineficaz? ¿Quién sabe? Si hay súplicas, ruegos verdaderamente absurdos, porque no podrían concederse sin perturbar el orden divino del universo, ¿no puede Dios reservar, entre sus leyes in-

mutables, un campo libre á la oración? Sin contravenir á sus propias leyes y sin hacer milagros, ¿no puede obrar sobre el pensamiento y sobre la voluntad de quien le implora?... Una madre que ruega por su hijo enfermo, ¿no puede esperar que su hijo será salvo, no por un milagro, sino por sus propios cuidados, providencialmente inspirados y dirigidos?... Un hombre que pide á Dios que le otorgue la fe, que le ilumine con su gracia, ¿le pide acaso que perturbe el orden de la naturaleza, y no puede esperar recibir la luz que invoca, la luz que ansía?...

Junio.

..... ¡ Su último pensamiento fué que yo era criminal!.... ¡ Y jamás sabrá la verdad!....

.... Todo ha acabado cuando se muere.... ¡ Este es el aspecto de la muerte!....

Todo vuelve á los elementos.... ¿Cómo creer en ese milagro de la resurrección personal?... Y, sin embargo, en realidad, ¡todo es milagro y misterio alrededor de nosotros, sobre nosotros y en nosotros mismos!.... El universo entero no es más que un milagro que dura....

.... El renacimiento del hombre del seno de la muerte, ¿sería un misterio más extraño, más incomprendible que su nacimiento del seno de la mujer?....

Estas líneas son las últimas que escribió Bernardo de Vaudricourt. Su salud, de largo tiempo alterada por los pesares, no resistió á las emociones de la terrible y suprema prueba que hubo de sufrir. Una enfermedad, apenas determinada, cuyo síntoma exterior fué un ántrax en la garganta, adquirió en pocos días un carácter mortal.

El Conde, sintiéndose perdido, hizo llamar á Mons. de Courteheuse, y quiso morir en la religión de Alieta.

Viva, la pobre mujer, fué vencida; muerta, triunfó.

POST SCRIPTUM.

Es inútil decir que esta narración, compuesta en vista de documentos auténticos, de los que se han conservado cuidadosamente las líneas principales, ha debido, sin embargo, á causa de la gravedad de ciertos hechos, sufrir modificaciones de nombres, de fechas y de lugares. Se comprenderá también que no se habría publicado si la persona que figura en la segunda parte con el nombre de señora de Vaudricourt, no hubiese, hace bastante tiempo, desaparecido de la escena parisiense, para ir á terminar lejos de Francia su vida aventurera.

FIN.

